A MI DESPACHO

UNA COMEDIA ROMÁNTICA CON JEFE MILLONARIO



JIMENA ALCOR

Jimena Alcor

A mi despacho

Una comedia romántica con jefe millonario

© 2026 Jimena Alcor

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia.

Publicado de forma independiente.

Queda prohibida la reproducción total o parcial sin autorización escrita del autor.

1

Rocío

El señor de Valladolid ha escrito cuatro mil doscientas palabras sobre un desayuno, y yo las he contado, porque contarlas me parecía menos humillante que leerlas por tercera vez, cosa que llevo haciendo desde las siete de la tarde en una sexta planta donde el aire acondicionado se apaga solo a las nueve y nadie de esta empresa sabe dónde está el mando.

Son las once y diez de la noche del dieciocho de agosto y el grupo eran veintidós personas en once habitaciones dobles del Peñalver Malagueta, tres noches, alojamiento y desayuno, y el conflicto entero consiste en que el desayuno se sirve hasta las once y ellos bajaron el último día a las once y cuarto, cosa que el señor de Valladolid considera un incumplimiento grave del contrato de hospedaje y yo considero un martes.

Veintidós.

Ha adjuntado ocho fotos de un bufé recogido, tomadas desde ángulos distintos, y la última la ha hecho desde tan abajo que parece la foto de un delito. Ha adjuntado también el parte

meteorológico del día, no sé para qué, y una copia escaneada de su carnet de socio de una asociación de consumidores de Castilla y León que caducó en marzo. Lo del carnet caducado es lo que más me gusta de toda la carpeta, porque es el gesto de un hombre que sale de casa con la armadura puesta sin mirar si le sigue valiendo.

Llevo ocho años contestando estas cosas y tengo una teoría que no le he contado a nadie, entre otras cosas porque no me la han pedido: la gente no escribe una queja para que le devuelvan el dinero, escribe una queja para que alguien le ponga por escrito que tenía razón, y el dinero es lo único que se le ocurre pedir porque nunca ha aprendido a pedir lo otro. Le contesto que tiene razón. Le contesto que tiene razón en el horario y en nada más, y él va a leer las dos cosas iguales y va a colgar la respuesta en algún foro con la palabra vergonzoso en mayúsculas.

Mi mesa es la última de la fila de la izquierda, pegada a la columna y de espaldas a la pecera, de manera que para saber quién entra en la sala de reuniones tengo que girar la silla entera, y en ocho años a nadie se le ha ocurrido que a lo mejor bastaba con darle la vuelta a la mesa. El portátil tiene una pegatina de un festival de jazz al que no fui, puesta ahí para tapar una grieta de la carcasa que se abre un milímetro más cada verano. Cobro mil novecientos ochenta euros netos. Sé dónde está la llave del cuadro eléctrico de los once hoteles del grupo, incluido el que lleva siete años cerrado, y no figuro en ningún organigrama que se haya impreso jamás en esta empresa.

Apago, cierro y bajo, y como Pepe ya no está en la garita salgo por la puerta pequeña de Muelle Heredia con la tarjeta y el calor me da en la cara igual que a las cuatro de la tarde. Terral. En agosto Málaga no se enfría de noche: se queda quieta, con

el viento seco viniendo de tierra y toda la ciudad a treinta y un grados a las once y media, y los turistas caminando muy despacio por la Alameda con esa cara de estar arrepintiéndose de algo.

Y en la Alameda me encuentro a Yoli.

— Ni lo digas — dice.

— No he dicho nada.

— Estabas cogiendo aire para decir que estás cansada. Te he visto la tripa.

Yoli trabaja en administración, tiene treinta y cinco años, un vestido verde que le he visto tres veranos y un talento sobrenatural para contar las cosas antes de que pasen. Viene del Real con dos primas y va otra vez al Real porque las primas se han dejado el móvil en la caseta.

— Te vienes.

— Yoli, son las once y media.

— Son las once y media de la Feria, quilla. Eso cuenta distinto.

Y ahí es donde yo debería haber dicho que no. No lo digo. Bueno, sí que lo digo, pero lo digo mientras subo a la lanzadera, y eso no cuenta.

La lanzadera de Cortijo de Torres tarda un cuarto de hora y va llena de gente que huele a colonia y a cartojal, y yo voy de pie con el bolso del portátil colgado del hombro, y ese es exactamente el aspecto de una persona que no ha planeado nada de lo que le está pasando. En el Real hay una alfombra de vasos de plástico y una fila de bombillas de colores que no

llega a iluminar nada, y hay una caseta de una peña de Huelin donde Yoli conoce a todo el mundo desde antes de conocerme a mí.

A los diez minutos Yoli se ha ido a bailar con un chico de logística y yo estoy en la barra con un vaso de tinto de verano, que es lo que se pide cuando no quieres beber pero no quieres explicarlo.

A mi derecha hay un hombre con una bandeja de seis cubatas y un problema evidente, y los tiene ahí, en el hueco de la barra, sujetos con las dos manos, y mira hacia una mesa del fondo con la paciencia de alguien que espera un tren que sabe que ha pasado ya. Camisa blanca, remangada, demasiado

buena para una caseta. Un metro noventa mal contados. No suda, y eso en agosto en el Real es prácticamente una ofensa.

— Se te van a calentar — le digo.

— Ya.

— ¿Son para alguien?

— Eran para esa mesa.

— ¿Y qué ha pasado con esa mesa?

— Que se han ido a bailar — dice, y mueve la bandeja dos centímetros a la izquierda sin ningún motivo-. Me dejaron sentarme cuando no había sitio. He querido invitarlos.

— ¿Con seis?

— Eran seis.

Me río en la barra, con el vaso a media altura, y él me mira sin entender nada, y con eso ya me cae bien.

— Mira — le digo-, te voy a explicar una cosa que te va a ahorrar dinero el resto de tu vida. En Málaga, cuando alguien te hace un hueco en la mesa, tú le das las gracias y ya está. Si le pagas, le estás diciendo que le has cogido prestada una silla

y que quieres estar en paz antes de irte. Es la manera más cara que existe de no hacer amigos.

Se queda callado un segundo largo.

— ¿Y qué hago con seis cubatas?

— Empezar.

Coge uno, lo prueba y pone una cara que no le pega nada a la camisa.

— Está malísimo.

— Es que has pagado veinticuatro euros por seis vasos de hielo con una idea dentro.

Y a partir de ahí ya no paramos. Hablamos de la bombilla fundida que hay justo encima de nosotros y de si alguien vendrá a cambiarla, de un señor que baila sevillanas con una muleta y lo hace mejor que todos, de las tres veces que él ha intentado aprender a nadar de mayor y lo mal que se le da. Yo le cuento lo de mi vecino del segundo y la higuera, que se mete por mi terraza y en verano tira hojas y en invierno tira

ramas, y que llevo cuatro años sin decirle nada porque el día que se lo diga se acaba la higuera y a mí la higuera me gusta.

En algún momento me pregunta qué hago en Málaga en agosto.

— Vivo aquí.

— Ah.

— ¿Y tú?

— He venido a arreglar una cosa de mi familia.

Lo dice como quien dice que ha venido a recoger un paquete, y yo no pregunto más, porque tengo la sensación clarísima de que si pregunto vamos a acabar los dos contándonos a qué nos dedicamos, y a qué me dedico yo es lo último que me apetece esta noche.

Entonces se gira hacia mí, se apoya en la barra con el codo y dice:

— Me llamo...

— No — le digo, y le pongo dos dedos en la boca, que es una chulería que no he hecho en mi vida-. Nombres no. Mañana yo vuelvo a ser la que arregla las cosas de todo el mundo y tú vuelves a ser lo que seas. Esta noche no somos nadie.

Tarda en contestar lo que tarda en apartarme la mano, que es despacio.

— De acuerdo.

— Reglas — le digo-. Nombres no. Trabajo no. Nada de a ver si nos seguimos en ningún sitio. Y si mañana nos cruzamos

por Larios, tú miras un escaparate.

— ¿Y cómo te llamo?

— Oye.

— Oye.

— Perfecto.

Se queda mirándome. Tiene una manera de mirar sin parpadear que en un despacho debe de ser insoportable y en una barra a la una de la mañana es otra cosa completamente distinta.

— Oye — dice-. ¿Vives lejos?

— Lagunillas.

— No sé dónde está.

— Cuesta arriba.

Subimos los tres pisos parándonos en dos. En el primer descansillo se para él con la mano en la barandilla y dice que le habían dicho que Málaga era llana. En el segundo me paro yo, me doy la vuelta dos escalones por encima y por una vez en mi vida le saco una cabeza a alguien, y lo beso ahí, con la luz automática apagándose por la mitad y la tele del segundo B a un volumen que debería estar prohibido.

Besa despacio y con las dos manos quietas al principio, y luego deja de estar quieto, y cuando abro la puerta el piso nos devuelve el calor de todo el día de golpe, cincuenta y cuatro metros con la persiana bajada desde las ocho de la mañana y un olor a higuera que sube de la terraza y se queda pegado al techo. Enchufo el ventilador de pie, que hace un clac cada tres

vueltas y lleva haciéndolo desde que lo compré, y lo pongo mirando al sofá.

— Quítate la camisa — le digo-. Y no la dobles.

La dobla.

La dobla entera, por las costuras, y la deja en el brazo del sofá con una precisión que me da una risa que casi lo estropea todo, y él levanta la cabeza y dice «¿qué?» con una camisa doblada en la mano y el pecho desnudo, y yo le digo que nada, que siga, y que se siente.

Se sienta, y el sofá es de dos plazas y está contra la pared de la cocina, y yo me subo encima de él con las rodillas a los lados y las manos en su cuello, y desde arriba se ve mejor todo: la cara, el ángulo de la mandíbula, la manera en que traga cuando le paso el pulgar por debajo de la oreja. Me sujeta por las caderas. No aprieta. Espera.

— ¿Puedo? — dice.

— Puedes.

Me baja la cremallera del vestido con una mano y con la otra me sostiene la espalda, y el vestido se me queda en la cintura,

y él se queda mirándome tanto rato que le tengo que dar en el hombro.

— Es que estaba pensando una cosa.

— Piénsala luego.

— Es sobre esto.

— Entonces dila rápido.

— Que llevas toda la noche diciéndome lo que tengo que hacer — dice, con la boca ya en la clavícula-, y que no me está pareciendo mal.

Me muerde justo debajo, y la risa se me convierte en otra cosa en mitad de la garganta. Le cojo la cabeza con las dos manos y baja, y me pasa la lengua por el pezón, despacio, y luego no despacio, y yo me arqueo hacia atrás y me doy con el codo en la lámpara de pie, que se tambalea y no se cae, y ninguno de los dos hace el menor comentario porque hay cosas que no merecen la pena.

Me levanta en peso y me deja sentada en el sofá, y se pone de rodillas en el suelo entre mis piernas. La mesa baja está justo detrás y se le clava en la espalda y la empuja veinte centímetros con el culo, arrastrándola por las baldosas con un ruido horroroso.

— Perdón.

— Sigue.

Me quita las bragas tirando de un lado y luego del otro, con paciencia, y me pone la pierna izquierda encima de su hombro, y cuando me besa entre las piernas por primera vez

lo hace con la boca abierta y sin ninguna prisa, y a mí se me olvida el nombre del señor de Valladolid, y la sexta planta, y el aire acondicionado que se apaga solo a las nueve. Me lame despacio. Sube, baja, se para justo donde no hay que pararse y se queda ahí esperando a que yo diga algo.

— No pares.

— No estaba parando.

— Estabas negociando.

Se ríe contra mí y la risa me llega a todas partes, y luego me mete los dedos y ya no habla más. Me agarro al respaldo con una mano y a su pelo con la otra, y me corro así, con el talón clavado en su espalda y el ventilador haciendo clac cada tres vueltas, y con un ruido que en este edificio se ha oído en tres pisos.

Cuando puedo hablar, digo:

— En el cajón de la mesa baja. Debajo de las pilas.

— ¿Debajo de las pilas?

— Es un cajón de emergencias.

Saca la caja, saca uno, y yo se lo quito de la mano y le leo la fecha en voz alta con el tono con el que se lee un pliego de condiciones, y él me dice que le está gustando mucho el nivel

de control de calidad de esta casa, y yo le digo que se calle y que se baje los pantalones, y se los baja.

— Ahora levántate.

— ¿Nos vamos a la cama?

— No.

Se levanta, y en cuanto se levanta me acuerdo de que este hombre mide un metro noventa mal contados y de que yo no. Así que me subo de pie al asiento del sofá. Desde ahí le saco medio palmo, y desde medio palmo por encima se le ve una cara que no le había visto en toda la noche, que es la de un hombre esperando a que le digan lo siguiente.

— Cógeme.

— ¿Que te coja?

— En brazos. Ahora.

Y me coge, y lo hace a la primera, y yo le paso las piernas por la cintura y me agarro por detrás de su cuello. Da dos pasos hacia atrás conmigo encima y le mete el talón al ventilador de pie, que se cae de lado en las baldosas y se queda ahí tumbado, soplando al techo y haciendo clac cada tres vueltas igual que si no hubiera pasado nada.

— El ventilador.

— Déjalo.

Me lleva tres pasos y me apoya en la pared de al lado de la nevera, debajo de la balda de los vasos. Me sube diez centímetros con las manos abiertas por debajo de los muslos y entra así, de pie, despacio y de una vez, y a mí se me escapa

un ruido que en esta casa no se había oído en cuatro años. Los vasos de la balda hacen el suyo, a cada empujón y sin fallar uno, y mañana los voy a mirar de otra manera.

— ¿Aguantas?

— Aguanto.

Y aguanta. Yo le muerdo el hombro para no despertar al segundo B y luego me acuerdo de que en el segundo B tienen la tele puesta a las dos de la mañana, y hago el ruido que me da la gana. Le digo que más fuerte y va más fuerte. Le digo que no pare y no para. Y me corro así, de pie, dando con la espalda contra el yeso y con una mano suya abierta detrás de mi cabeza para que no me la dé yo.

Y después le empiezan a temblar los brazos.

— Me estás soltando.

— No te estoy soltando.

— Me estás soltando un poco.

— Te estoy… — dice, y ahí se le acaba la frase.

Y se corre de pie, conmigo encima, con los brazos temblándole de aguantarme el peso, y sin hacer casi ruido, que después de tanto ruido mío resulta hasta educado. Aguanta tres segundos más de los que tiene. Luego bajamos

los dos al suelo de una manera que no tiene ningún mérito y que consiste en resbalar por la pared.

— Esto lo has hecho antes.

— Nunca.

— Mentira.

— Nunca con una balda tan cerca.

Nos quedamos ahí tirados, y el ventilador, desde el suelo y de lado, nos sopla en la cara cada tres vueltas, y hay una hoja de higuera junto a la puerta de la terraza que ha debido de entrar

cuando abrí, y él la coge, la mira y la deja en la mesa baja con muchísimo cuidado, como si fuera un documento.

— Tu higuera — dice.

— La del segundo.

Nos vamos a la cama a las tres. Dormimos poco y mal y bien.

A las cinco y media lo oigo vestirse en el borde de la cama, sin encender la luz, moviéndose por la habitación con esa cautela ridícula de la gente alta en pisos pequeños.

— Tengo un vuelo a las ocho — dice.

— Mm.

— Oye.

— ¿Qué?

— Te dejo mi…

— No.

Se queda con la frase a la mitad y con un zapato en la mano. Yo tengo la cara medio metida en la almohada y los ojos cerrados, y podría abrirlos y decir otra cosa perfectamente, y no lo hago, porque a las cinco y media de la mañana yo todavía soy la que pone las reglas y a las nueve voy a volver a ser otra persona.

— De acuerdo — dice.

Y la puerta de abajo suena antes de que me dé tiempo a arrepentirme. Por la mañana saco el café a la terraza de metro y medio y me siento en el escalón con las rodillas dobladas

porque no cabe una silla, y la higuera del segundo ha tirado hojas, y hay dos vasos boca abajo sobre el trapo, al lado del fregadero, y yo llevo cuatro años sin lavar un vaso a las cinco y media de la mañana. Eso me gusta. No, mentira: eso me molesta.

Y estoy repasando la noche entera, no la parte buena, la otra, la de la barra y la bombilla fundida y los seis cubatas, cuando me suena el móvil de empresa con la mano llena de espuma y contesto sin mirar quién es, porque a las nueve y diez de un miércoles de agosto solo llama Inma. Inma me está contando que el señor de Valladolid ha vuelto al mostrador con una carpeta de anillas y que ahora pide también el importe de los desayunos del segundo día, y yo la oigo con media cabeza mientras con la otra media intento acordarme de una cosa que dijo anoche aquel hombre y que no encaja en ningún sitio, algo pequeño, algo de la familia y de arreglar una cosa,

— ¿Rocío? ¿Que si me oyes?

2

Álvaro

A las seis y media el paseo marítimo está vacío hasta el club náutico. Corro por la derecha, pegado al muro, con el mar a mano izquierda y todavía negro. Aprendí a correr en un internado de la sierra porque era lo único que se podía hacer solo. Sigo corriendo por la misma razón. Hoy hago siete kilómetros en treinta y seis minutos y me paro delante de una gaviota que no se aparta. Nos miramos. Me aparto yo.

En la casa del camino del Aljibe hay ocho habitaciones y yo uso tres. La ducha de arriba, el sofá y la cocina, donde solo funciona el microondas porque no he tenido tiempo de llamar a un técnico para la vitrocerámica. Desayuno de pie. A las siete y veinte estoy en Muelle Heredia con una carpeta y un traje

azul, y el portero me abre la puerta de la calle antes de que yo llegue a tocarla.

— Buenos días, don Álvaro.

— Álvaro.

— Muy bien — dice, y no cambia nada.

Pepe Nadales lleva treinta y un años en esta puerta. Llamaba don Antonio a mi abuelo. Llamó don Antonio a mi abuelo muerto durante el velatorio entero. No voy a ganar esta discusión y no pienso volver a tenerla.

La sede son dos plantas de un edificio rehabilitado, la sexta y la séptima. La sexta es diáfana, en forma de L, con catorce mesas a la derecha del ascensor y a la izquierda un pasillo corto con la sala grande, el archivo y el office. La séptima es más pequeña y está casi vacía. Mi despacho tiene la mesa de mi abuelo, dos sillas, una maqueta del Hotel Zambra hecha en 1997 y una puerta de cristal esmerilado por la que se ven las siluetas del pasillo pero no las caras. Detrás hay un ventanal con las grúas del puerto. La primera decisión que tomo como consejero delegado la tomo a las siete y treinta y cinco de la mañana y es sobre una mesa.

La mesa de fuera. La antesala tiene una mesa con un teléfono, una silla y una planta de plástico. Es el puesto de secretaria de dirección. Lo ocupó la misma señora durante veintidós años y

se jubiló en junio. Bajo a la sexta y le digo a la directora de personas que no voy a cubrirlo.

— ¿Y quién te coge el teléfono? — dice.

— Yo.

— ¿Y quién te filtra?

— Nadie.

Elvira Quesada Pino tiene cuarenta y siete años, una libreta de anillas y una manera de escribir mientras te escucha que da a entender que lo que estás diciendo va a ser usado en tu contra. Apunta. No discute. Escribe la palabra suprimir y hace un círculo alrededor.

— Lo dejamos ahí de momento — dice.

— No hay nada que dejar, es una silla.

— En esta casa nunca es una silla — dice, y por un momento deja de escribir-. Yo entré aquí de administrativa con veinticuatro años y me sentaron en una banqueta sin respaldo. Todavía me acuerdo de quién tenía la silla de al lado.

Y ya está. Se le va la cara a la libreta.

Tiene razón y no se lo digo.

La reunión de bienvenida es a las nueve y media en la sala grande, la que todo el mundo llama la pecera porque tiene un tabique de cristal del suelo al techo. Alguien ha intentado bajar la persiana veneciana para que no se vea desde fuera. La persiana se ha atascado a media altura y se ha quedado

torcida, con una esquina arriba y la otra a la altura del pecho. Sigue así toda la reunión. Va a seguir así en marzo.

Dentro hay doce sillas y hay más de doce personas. Mi primo entra el último con dos cafés y me da uno sin preguntarme si lo quiero. Ignacio Peñalver Salas tiene treinta y nueve años, un bronceado de fin de semana y cuatro años ejerciendo de consejero delegado en funciones sin el cargo ni el sueldo. El consejo me ha puesto a mí. Eso en esta sala no se dice en voz alta y lo piensa todo el mundo. Se pone de pie él solo.

— Bueno — dice-. Con todo el cariño, os presento a mi primo Álvaro, que viene de vender su empresa por una cantidad que no vamos a decir aquí, y que nos va a explicar a los que llevamos veinte años en esto todo lo que hemos estado haciendo mal.

Se ríen. Se ríen bien, sin maldad, porque es un chiste bueno y porque además es verdad y aquí todos lo saben.

Mientras se ríen me miran las manos. Llevan mirándomelas desde que he cruzado la puerta de la calle. En esta casa se miran las manos y después el reloj, en ese orden, y con eso ya han decidido cuánto vas a durar. El reloj me lo regaló mi abuela cuando vendí la empresa y cuesta lo que cuesta un coche pequeño. Me lo he puesto esta mañana a propósito. Quitármelo habría sido mucho peor. Un hombre que se quita el reloj para venir a trabajar contigo te está diciendo que sabe perfectamente lo que ganas.

Me levanto. Me abrocho el botón de la americana. Es un gesto que hago desde los veintiséis años y no sirve absolutamente para nada.

— Buenos días. Vengo de fuera y llevo doce años sin pisar un hotel de esta familia que no fuera de vacaciones. Así que la

primera hora la voy a pasar callado.

No la paso callado. La paso preguntando. Para el que escucha es lo mismo. Once hoteles. Novecientos cuarenta empleados. Ocupación media del ochenta y uno por ciento en los cuatro de costa y del cincuenta y nueve en los de interior. Un hotel cerrado desde 2019 en la calle del Cuartelillo, en el Soho, a siete minutos andando de esta sala, con ciento diez habitaciones, siete plantas y una fachada de gresite ocre que se cae a cachos. El Zambra. El primero. El que mi abuela abrió con mi abuelo en el sesenta y ocho y el que los presentes no han vuelto a nombrar en cuatro años sin bajar la voz.

El director de operaciones me enseña las cifras en una presentación de treinta y una diapositivas. La treinta y una es un agradecimiento con una foto de una playa que no es ninguna de nuestras playas. Le pregunto de dónde ha sacado la foto y me dice que del banco de imágenes. Le pregunto cuánto cuesta el banco de imágenes. En esa sala no lo sabe ni el que ha hecho la presentación.

Pregunto por qué está cerrado. Me contestan tres cosas distintas en dos minutos. Que la reforma no salía. Que hubo un problema con la licencia. Que el consejo prefirió esperar. Las tres son maneras educadas de decir que nadie quiso firmar. La cuarta explicación no sale del comité. Me la da una voz del fondo.

— Se cerró por la instalación eléctrica. En julio de 2019 hubo un informe que obligaba a rehacer la vertical entera y la obra se presupuestó en marzo de 2020, y luego llegó lo que llegó y

ya no se volvió a mirar. La licencia no ha caducado. Está prorrogada hasta enero.

Levanto la cabeza.

Está de pie contra la pared del fondo, entre la puerta y el aparador de los cables, porque no quedan sillas y porque nadie le ha ofrecido la suya. Lleva una carpeta de gomas sujeta con los dos brazos contra el pecho. Un metro sesenta y poco. El pelo recogido con algo que no es una goma. Y no me está mirando a mí, está mirando al director financiero, y ha contestado a la pregunta como se contesta a un compañero.

Y yo sé exactamente de qué me suena. De una barra de la Feria con una bombilla fundida encima. De una escalera de tres pisos. De un ventilador que hacía un ruido raro y de una hoja de higuera encima de una mesa. Hace catorce días. Yo tenía un vuelo a las ocho de la mañana. Fregué dos vasos antes de irme y no encendí la luz.

No digo nada. Es lo más difícil que he hecho en once años y por fuera parece que estoy mirando un informe. Doy las gracias sin nombre. Digo «gracias, muy útil» a una mujer que acaba de darme el único dato verdadero de la mañana y a la que no puedo llamar de ninguna manera, porque no tengo su nombre, y porque yo a la gente la guardo entera, con los dos apellidos, desde los doce años y desde el primer día de internado, cuando lo único que se podía saber de los demás era cómo los llamaba el prefecto en la lista.

Ella tampoco dice nada. Se le queda la cara igual. Igual del todo. Sujeta la carpeta un poco más arriba y sigue de pie. Cuando el director financiero le pregunta si la prórroga de la

licencia está por escrito, ella dice que sí y dice el número de registro de memoria. Nadie apunta el número. Yo sí.

La reunión termina a las once y diez. Sale la tercera por la puerta, detrás de dos personas que van hablando de otra cosa, y en el pasillo se para a bajarle el volumen a un teléfono fijo que lleva sonando toda la reunión.

A las once y veinte entro en el office a por un café. La máquina tiene pegado un folio con celo y en el folio pone YA ESTÁ AVISADO, en mayúsculas, con rotulador azul y con el trazo de alguien que apretaba. La máquina lleva sin funcionar desde febrero. Pregunto quién avisó y a quién, y una chica de reservas me dice que el folio lo puso Inma antes de irse al Malagueta, y que eso fue en marzo. Salgo del office sin café. Es la primera cosa de esta empresa que he entendido entera.

Subo a la séptima por las escaleras de servicio. Cuarenta segundos. El ascensor tarda más porque para siempre en la cuarta. Abro el listado de personal en el portátil. Novecientas cuarenta líneas. Filtro por servicios centrales y me quedan sesenta y una. Miro la columna de puestos y encuentro uno que no había leído en la documentación que me mandaron en junio: coordinación de calidad y experiencia. Una sola persona. Alta en 2018 en el puesto y en la empresa desde hace ocho años. Reporta al director de operaciones, que reporta a mi primo.

Rocío Berrocal Cantos.

Lo leo tres veces seguidas y la tercera ya no estoy leyendo nada. Treinta y dos años, mil novecientos ochenta euros netos, contrato indefinido desde 2019, cero incidencias, cero

solicitudes de traslado, cero peticiones de nada en ocho años. Una persona que no ha pedido nunca nada.

Cierro el portátil. Me quedo mirando la maqueta del Zambra, que tiene una piscina en la azotea pintada de azul con esmalte de uñas. La hizo alguien a mano en 1997 y le puso unas palmeras de plástico más altas que el edificio, que es el único error de escala de toda la pieza. Le doy la vuelta dos veces porque no tengo nada mejor que hacer con las manos.

En la antesala hay una planta de plástico con el sustrato húmedo. Alguien la riega. Llevo cuatro horas en el edificio y esa es la información que no me voy a poder quitar de encima en todo el día.

Repaso lo que sé, que es poco y es raro. Hace catorce noches me explicó que en Málaga, cuando alguien te hace un hueco, tú le das las gracias y ya está. Se sabe de memoria un número de registro. No estaba en la lista de convocados de esta mañana, porque he pedido la lista y la he mirado, y ha entrado igual en una sala donde no la habían llamado, se ha quedado de pie contra la pared y ha esperado por si hacía falta.

Hay una palabra para eso y no es imprescindible.

Elvira aparece en la puerta del despacho a las once y media con la libreta de anillas contra el muslo. No entra. Se queda en

el marco, con medio cuerpo en la antesala vacía y la vista en la mesa del teléfono que he decidido no cubrir.

— Dos cosas — dice-. La silla de fuera me la vas a devolver antes de Navidad y no vamos a discutir hoy. Y el jueves lo aterrizamos.

— ¿Qué aterrizamos el jueves?

— El código de conducta — dice, y da un golpecito en el marco con el bolígrafo antes de irse-. Lo pediste tú en junio. Cuando todavía no conocías a nadie de esta casa.

3

Rocío

A las nueve y media de la mañana yo no tengo que estar en esa sala, y si estoy es porque el expediente de la prórroga de la licencia del Zambra lo tengo yo en un archivador de mi mesa desde hace cuatro años y porque sé perfectamente que a alguien se le va a ocurrir preguntar por él, y en esta empresa las preguntas que se quedan en el aire terminan bajando por el pasillo hasta mi columna igualmente, solo que dos horas más tarde y con la palabra urgente delante. Así que entro con la carpeta y me quedo de pie al fondo, entre la puerta y el aparador de los cables.

Y ahí está. Lo primero que hago es una cosa muy rara con la cara, una especie de reajuste general de todos los músculos a la vez, y lo segundo es apretar la carpeta contra el pecho tan fuerte que me va a dejar la marca de las gomas hasta la hora de comer. Lo tercero es empezar a hacer cuentas. Trece días. Trece días desde una caseta de una peña de Huelin, un vaso de tinto de verano y una bandeja con seis cubatas calientes, y ahora el de los cubatas está sentado en la cabecera de la

pecera con un traje azul y mi primo lo acaba de presentar como consejero delegado del Grupo Peñalver.

Catorce, perdón. Catorce días. Cuento mal cuando me pongo nerviosa, y a lo mejor eso es lo único bueno que se puede decir de mí en este momento, que sigo contando.

No me mira. Me mira, mejor dicho, pero me mira igual que se mira un aparador de cables, y eso se lo agradezco tanto que casi me da la risa, porque durante nueve segundos larguísimos yo estoy convencida de que ese hombre va a decir mi nombre delante de once directores, y no puede decirlo, porque no lo sabe, porque se lo prohibí yo en una barra, con la mano encima de su boca, y esa es la clase de decisiones que una toma en agosto y le duran hasta marzo.

Contesto a una pregunta sobre la instalación eléctrica, y contesto bien, y digo el número de registro de la prórroga de memoria y no lo apunta nadie. Es lo más normal que pasa en toda la mañana. Cuando salgo me tiemblan las manos, y a mí no me tiemblan las manos.

Vuelvo a mi mesa a las once y cuarto y me pongo con las quejas de la semana, que son ciento seis y de las cuales cuarenta y una son del mismo hotel y treinta y ocho de ellas dicen la palabra ruido. Abro un archivo, cierro otro, llamo a la gobernanta de Nerja para preguntarle por unas toallas y me da un parte del tiempo. Contesto once correos. En ninguno de los once pongo una tontería, y eso, si alguien supiera lo que está pasando por dentro de mi cabeza esta mañana, debería figurar en algún sitio.

Entre las ciento seis hay una que me hace parar. Una señora de Jaén escribe para contar que en el Cabo Roldán le pusieron el desayuno en una mesa desde la que se veía la piscina, y que

ella no había pedido ver la piscina, y que quiere que conste. No pide dinero. Quiere que conste, y ya está. La marco en verde, que es el color de las que tienen razón sin saber que la tienen.

A las doce menos cuarto aparece Yoli con dos vasos de agua del grifo, porque la máquina de café lleva estropeada desde febrero y en esta planta el agua del grifo se ha convertido en una forma de vida social.

— Esto no te lo he dicho yo — dice, y se sienta en el borde de mi mesa, encima del cajón de las quejas impresas-, pero el nuevo montó una empresa de software para hoteles a los veintiséis años y la vendió a los treinta y tres a unos alemanes o a unos holandeses, una cosa del norte, y el número que me han dicho no te lo voy a repetir porque no me lo creo ni yo. Vive en El Limonar, en una casa con jardín, solo. Estuvo interno de pequeño en un colegio de la sierra. Y lo primero que ha hecho esta mañana ha sido cargarse el puesto de secretaria de dirección, así que Elvira lleva desde las ocho y media escribiendo en su libreta con una cara que ya te digo yo lo que significa.

— ¿Y tú cómo sabes lo del internado?

— Porque yo hago nóminas, Rocío. Yo lo sé todo de todo el mundo y no lo cuento nunca.

— Yoli.

— A ti no te cuento nada. A ti te informo.

Le doy las gracias por el agua y no le pregunto lo único que quiero preguntarle, que es si el nuevo estaba en Málaga a

mediados de agosto, y no se lo pregunto porque Yoli tiene un radar y porque además ya sé la respuesta.

A la una y media bajo a comer un bocadillo al muro del puerto, mirando las grúas. Por la Alameda pasa el once y yo levanto la cabeza igual que la levanto desde hace trece años, por si acaso, aunque mi padre lleva trece años sin conducirlo. Le dio un ictus leve un martes de marzo a la altura de la Aurora, con el autobús entero lleno, y tuvo la cabeza suficiente para arrimarse, echar el freno de mano y abrir las puertas antes de caerse encima del volante. Lo prejubilaron en septiembre con cincuenta años. Yo estaba en segundo de Turismo y en octubre ya estaba trabajando en la recepción de un hotel de Huelin, y eso no me lo pidió nadie, y no se puede decir en voz alta sin quedar fatal.

Y ahí, con medio bocadillo, tomo la decisión. La decisión es hacer como que no. No como que no pasó, que sería mentira y además una tontería. Como que no pasa nada, que técnicamente es verdad: yo tengo un trabajo que hago bien, él tiene un despacho en la séptima y una empresa de novecientas cuarenta personas, y todo eso cabe perfectamente en la misma ciudad mientras no lo junte nadie en una frase.

Vuelvo a subir, trabajo, se va la gente, y a las siete menos diez en la sexta quedamos tres personas y una de ellas está

recogiendo el abrigo. A las siete en punto me suena el móvil de empresa.

En la pantalla no pone un nombre, pone una extensión, la 701, y yo esa extensión no la he visto marcada desde que se jubiló la secretaria.

— Calidad, dígame.

— Berrocal — dice-. A mi despacho.

Y cuelga.

Me quedo con el teléfono en la mano y con la boca abierta de una manera que me alegro mucho de que no hubiera testigos. Berrocal. Berrocal, como en el ejército. Berrocal, dos palabras, cuatro segundos, sin buenas tardes, sin por favor, sin siquiera el titubeo mínimo que tendría un hombre que ha estado desnudo en el suelo de mi salón hace catorce días entre una mesa baja y un ventilador. Me quedo mirando la extensión 701 en la pantalla ocho segundos más de los que hacen falta para leerla.

Subo por las escaleras de servicio contando los escalones, y en el veintinueve pienso cinco frases buenísimas y en el treinta y siete ya sé que no voy a decir ninguna.

La antesala está vacía y tiene una planta de plástico, y la puerta del despacho es de cristal esmerilado y se ve una silueta grande de pie, moviéndose de un lado a otro con algo en la mano. Llamo con dos golpes. Entro.

No me manda sentarme y yo tampoco me siento, y nos quedamos los dos de pie, él delante de la mesa y yo a metro y

medio, y entre los dos hay una alfombra fea y una silla que ninguno de los dos toca en veinte minutos.

— El martes dieciocho...

— El grupo de veintidós — digo.

— ¿Perdón?

— El grupo de veintidós del Malagueta. Once habitaciones, tres noches, alojamiento y desayuno. El señor reclama el importe íntegro de los desayunos de dos días porque el último bajaron a las once y cuarto y el bufé se recoge a las once. Le he ofrecido los desayunos del último día, que son ciento diez euros, y ha vuelto esta mañana al mostrador con una carpeta de anillas y ahora pide los dos días. Doscientos veinte. La empresa puede pagarlos o no pagarlos. Necesito saber cuál de las dos cosas es esta empresa a partir de hoy, porque llevo ocho años decidiéndolo yo sola y hasta ahora le ha dado igual a todo el mundo.

Silencio.

Se apoya con los nudillos en el borde de la mesa y no se sienta, y por un momento, muy corto, pone la misma cara que puso con la bandeja de los seis cubatas en la mano.

— Págalos — dice.

— No.

— Acabas de preguntarme.

— Le he preguntado qué clase de empresa somos, no le he pedido permiso. Si le pago los dos días, este señor vuelve en diciembre con un grupo de veintiocho y con la carpeta más

gorda, y quien lo va a atender en diciembre voy a ser yo, no usted.

— ¿Por qué me hablas de usted?

— Porque es lo que hago con la dirección.

— ¿Y qué haces conmigo?

Ahí me callo tres segundos. Tres segundos son muchísimo tiempo en una habitación pequeña.

— Contigo hago lo mismo — digo-. Es que resulta que son la misma persona.

Se aparta de la mesa. Da dos pasos hacia el ventanal y se queda mirando las grúas, y desde ahí, de espaldas, con las manos en los bolsillos, dice una cosa que no me esperaba.

— Yo no lo sabía.

— Ya lo sé.

— Habría sido más fácil si me hubieras dejado decir el nombre.

— Habría sido más fácil para ti.

Se gira.

— Explícame eso.

— Si tú me llegas a decir tu nombre en la caseta, yo esa noche me voy a mi casa sola, tú te vas a tu vuelo y hoy no estamos teniendo esta conversación — le digo, y me oigo la voz muy tranquila y muy rara-. Yo no me habría acostado con el consejero delegado del Grupo Peñalver ni loca. Tú no tienes

ninguna culpa de eso. Llevo ocho años trabajando en un sitio donde una mujer que hace algo bien tiene que explicar tres veces por qué lo hizo bien, y a mí esa noche me apetecía no explicarle nada a nadie. Así que el nombre no me lo callaste tú. Te lo callé yo. Y me lo callé para mí.

No dice nada durante un rato largo.

— La eléctrica del Zambra — dice al final-. ¿Se puede rehacer sin tocar los patinillos?

Y ahí, quilla, es donde se me estropea el enfado.

Porque me está preguntando lo único del mundo sobre lo que yo puedo hablar cuarenta minutos seguidos sin respirar, y porque nadie de esta empresa me lo ha preguntado nunca, y porque durante los seis minutos siguientes se me olvida por completo que estoy de pie en el despacho del séptimo hablando con un hombre al que le he visto doblar una camisa por las costuras a las dos de la mañana. Le explico lo de los patinillos. Le explico lo del ascensor de servicio. Le digo que la piscina de la azotea hay que vaciarla antes de las lluvias de finales de octubre o el problema deja de ser el agua y pasa a ser la estructura.

Él escucha sin interrumpir. Toma notas en un papel con letra pequeñísima, y cuando le digo una cifra la repite en voz baja antes de escribirla, cosa que hace la gente que lleva mucho tiempo trabajando sola.

En la mesa auxiliar hay una maqueta del Zambra de cuando yo tenía tres años, con once palmeras de plástico y la piscina de la azotea pintada de azul con esmalte de uñas. En algún momento de los seis minutos yo he cogido una palmera y la

he vuelto a poner en su sitio sin enterarme, y ahora está torcida hacia la calle del Cuartelillo y no pienso arreglarla.

Cuando termino, me mira.

— ¿Y esto por qué no estaba en la presentación de esta mañana?

— Porque la presentación de esta mañana la hace el director de operaciones y yo no soy el director de operaciones.

— ¿Y quién eres?

— Coordinadora de calidad y experiencia.

— Eso no es un puesto. Eso es la descripción de una persona.

Y ese es el momento exacto en el que yo tengo que irme de ese despacho, porque he ganado la discusión de los doscientos veinte euros, he perdido las otras dos, y porque si me quedo treinta segundos más me voy a poner a llorar delante de un señor al que le he dicho que no cuando ha querido dejarme su teléfono. Cojo el pomo y me giro.

— Buenas noches, Álvaro — digo desde la puerta-. Ya sabes dónde tengo la mesa. Es la última de la izquierda, la que mira a una columna. Se ve muy bien desde la pecera, si algún día bajas y te agachas.

4

Álvaro

— Has adelgazado — dice mi abuela-. Y no te favorece.

— Buenos días, abuela.

— Siéntate ahí, que ahí te da el sol.

Doña Carmela de la Riva tiene ochenta y un años, un bastón que no usa y una casa en El Limonar con un porche cubierto donde come desde mayo hasta noviembre. Debajo del toldo hay una mesa de mármol y seis sillas de hierro. Se sientan tres. Las otras tres llevan puestas unas fundas de plástico desde que se murió mi abuelo.

Hoy hay arroz con pollo, y lo ha hecho la señora que viene los jueves, y mi abuela lo va a criticar delante de ella y le va a dar

una propina al salir. Nacho llega diez minutos tarde con el móvil en la mano y la camisa por fuera.

— Abuela, con perdón, pero el arroz de esta mujer se te pasa siempre.

— Se te pasa a ti, que llegas tarde.

Mastico por el lado izquierdo. Llevo tres años masticando por el lado izquierdo porque tengo una muela partida abajo a la derecha y no encuentro el hueco para ir. Mi abuela lo ve al segundo bocado.

— Come por el otro lado.

— Me da igual el lado.

— Te da igual todo lo que tenga que pedir hora.

Comemos. Mi abuela habla del precio del pescado y del precio de la obra que le están haciendo a la vecina, y luego se para en seco a mitad de un plato y me mira a mí.

— ¿Tú sabes lo que costó el Zambra?

— Sé lo que cuesta ahora.

— No te he preguntado eso.

— No, no lo sé.

— Un millón doscientas mil pesetas de préstamo y la casa de mi madre de aval — dice, y no levanta la voz ni una nota-. En el sesenta y ocho. Tu abuelo puso la cara y yo puse a mi madre. Y a los seis años lo teníamos pagado, y aquello eran

veintiocho habitaciones y una bomba de agua que había que darle con un palo.

Nacho se sirve más arroz. Ha oído esta historia cuatrocientas veces. Yo la he oído seis, y las seis desde una silla distinta.

— Abuela.

— ¿Tú comes en tu casa?

— A veces.

— ¿Con quién?

— Solo.

— Ya.

Se calla exactamente el tiempo que hace falta para que yo me arrepienta de haber contestado. Nacho mira el pollo con un interés que no tenía hace un minuto.

— Tu madre también comía sola — dice mi abuela-. Y decía que le gustaba.

— Abuela.

— Te he llamado para eso — dice-. No te he llamado para que arregles nada más. Los otros diez van solos. Ese no.

— El consejo va a querer números.

— El consejo lo presido yo hasta que me muera y luego ya me dará igual todo — dice, y se limpia la boca-. Yo lo que quiero

es entrar por esa puerta con las llaves puestas por dentro y que haya gente en el bar. Y tengo ochenta y uno.

— Eso no es un plazo.

— Semana Santa.

Nacho levanta la cabeza del plato.

— Abuela, eso son seis meses y medio. Yo he tenido ese hotel en la mesa cuatro años.

— Ya lo sé, Ignacio. Por eso se lo pido a él.

Y ahí es donde la comida se convierte en otra cosa. Mi primo no dice nada. Se queda con el tenedor a media altura dos segundos y luego sigue comiendo, y por fuera no pasa absolutamente nada. Ignacio Peñalver Salas lleva cuatro años haciendo el trabajo de consejero delegado sin el cargo, sin el sueldo y sin la firma, y hoy su abuela acaba de explicar delante de él por qué no se lo dieron. No se lo dieron porque él pedía

permiso. Yo no pido permiso. Eso en esta familia se llama tener carácter y en cualquier otro sitio se llama otra cosa.

Quiero decirle algo a mi abuela. Lo pienso durante todo el postre. La frase es fácil y son cinco palabras y no me sale ninguna de las cinco, y lo que digo al final es esto:

— Ciento diez habitaciones y seis meses. Si arranco la semana que viene, llego.

— Pues arranca.

— Va a costar dinero.

— Todo cuesta dinero, Varo. Lo que pasa es que tú solo sabes decirlo de esa manera.

Me levanto a las cuatro y veinte. Me abrocho el botón de la americana sin pensarlo y ella lo ve, porque lo ve todo, y no dice nada, y yo bajo los cuatro escalones del porche con la sensación exacta de haber pagado una cuenta que no era esa.

En el coche, camino del centro, Nacho me manda un mensaje. Doce minutos desde El Limonar hasta Muelle Heredia y me da tiempo a leerlo en tres semáforos. Dice: sin rencores primo, y luego dice: pero el Zambra en seis meses no lo abre ni Dios, y luego dice un emoticono de una cara riéndose que no me creo.

Aparco en Muelle Heredia a las cuatro y treinta y cinco y no subo. Cruzo la Alameda y me meto por el Soho, siete minutos andando, y me planto en la acera de enfrente del Zambra con la americana en el brazo y treinta y un grados.

Es más pequeño de lo que me acordaba. Siete plantas de gresite ocre con dos cuadros enteros caídos a la altura del tercero. La puerta giratoria está tapiada por dentro con un

tablero pintado de blanco y encima han escrito con espray el nombre de un grupo y una fecha de 2021. En la esquina de la calle del Cuartelillo todavía se lee HOTEL ZAMBRA en letras de hierro, y a la letra Z le falta el travesaño de arriba desde antes de que yo naciera.

Me quedo cuatro minutos. Cuando ya me voy, levanto la vista y en la primera planta, en una ventana de la esquina, hay una persiana subida. Todas las demás están bajadas. Esa no.

A las cinco y cuarto pido el expediente del Zambra. Me lo suben en un carro de la limpieza porque no hay otra cosa con ruedas en el edificio. Cuatro cajas y ninguna con nada posterior a 2020. Dentro hay dos proyectos que no se hicieron, tres presupuestos caducados y un informe de la instalación eléctrica atado con una goma que se rompe al tocarla. Llamo al director de operaciones y le pregunto quién lleva el hotel cerrado. Me dice que nadie, porque está cerrado.

Le pregunto entonces quién paga el seguro, quién da de alta la luz de la escalera cuando entra un industrial y quién abre la puerta una vez al año para la inspección del ascensor. Se

queda callado ocho segundos largos. Luego dice un nombre y no es el suyo.

A las cinco y media, Elvira Quesada Pino entra en mi despacho con dos ejemplares grapados y los deja encima de la mesa igual que se deja una multa.

— El código de conducta — dice-. Veintiuna páginas. Lo pediste tú en junio y lo hemos aterrizado con los servicios jurídicos. Está bien. Es duro.

— Duro por qué.

— Porque tú dijiste duro — dice, y se queda un momento con la mano encima de los papeles-. La página once la escribí yo un domingo por la mañana, en mi casa, con la televisión puesta y sin bajarle el volumen. Eso no hace falta que lo apuntes en ningún sitio.

— No lo apunto.

— Mejor.

Me siento. Lo leo entero, y lo leo delante de ella, porque si me lo llevo a casa no lo voy a leer y las dos personas de esta habitación lo sabemos.

Veintiuna páginas. Régimen de regalos y atenciones de proveedores, con un tope de cincuenta euros que va a hacer llorar a más de uno en Navidad. Canal de denuncias interno, el buzón ético, gestionado por dirección de personas y con obligación de respuesta en quince días. Conflictos de interés. Contratación de familiares hasta segundo grado, prohibida

sin acuerdo expreso del consejo, cosa que en esta empresa es prácticamente una declaración de guerra. Y el punto cuarto.

El punto cuarto se llama relaciones personales en el entorno laboral. Lo leo dos veces. Las relaciones entre empleados no se prohíben, faltaría más. Se declaran. Por escrito, a dirección de personas, en un plazo de siete días naturales desde que existan. Y el apartado b dice que ningún miembro de la dirección podrá participar, influir ni decidir en ningún asunto que afecte a la retribución, la promoción, la evaluación o el

encuadramiento de una persona con la que mantenga o haya mantenido una relación personal.

— Una duda — digo-. Si una relación personal existió antes de que esto entre en vigor y ya no existe, ¿hay que declararla?

— Depende de si la otra persona sigue en la empresa.

— ¿Y si sigue?

— Entonces sí. Se declara la afectación. Se declara que hay alguien en esta casa sobre quien tú no puedes decidir.

— ¿Y si no se entera nadie?

Elvira levanta la cabeza del cuaderno por primera vez en veinte minutos y me mira dos segundos largos, con el bolígrafo parado encima de la hoja.

— Esa pregunta no la hace nadie por curiosidad.

— Yo la hago por curiosidad.

— Pues qué bien — dice, y vuelve a bajar la cabeza.

— ¿Esto lo firma todo el mundo?

— Todo el mundo. Novecientos cuarenta.

— ¿Y quién lo firma primero?

— Eso lo has preguntado tú mismo en junio — dice Elvira, y busca una hoja en la libreta de anillas-. Dijiste, y lo apunté: que lo firme el primero el que más pueda saltárselo.

Tiene una manera de citarte que es peor que discutir.

Bajamos a la sexta a las seis y diez. Ha convocado a los

mandos y a media planta porque una firma sin público no sirve para nada, y en eso Elvira y yo estamos de acuerdo aunque ninguno de los dos lo va a decir. Hay dieciocho personas de pie alrededor de la mesa del office. La máquina de café sigue estropeada. Alguien tiene el móvil levantado para hacer la foto del boletín interno.

Y ella está.

Está en la tercera fila, con un vaso de agua del grifo en la mano, y no se acerca y no se aparta. Rocío Berrocal Cantos mide un metro sesenta y tres y en un grupo de dieciocho personas de pie desaparece perfectamente si quiere, y esta

tarde no quiere del todo, porque está justo en el hueco entre dos hombros por el que se ve la mesa.

Elvira lee en voz alta los cuatro puntos gordos. Cuando llega al tope de cincuenta euros en atenciones de proveedores se levanta en el fondo un rumor de calculadora.

— ¿Y las cajas de Navidad de los de la lavandería? — dice alguien.

— Se devuelven.

— Es que traen jamón.

— Se devuelve el jamón.

— Elvira, es un jamón entero.

— Y son cincuenta euros — dice ella, sin levantar la vista del folio-, y un jamón entero no ha valido cincuenta euros en la vida.

Se ríe media planta. Yo también, y me sale a destiempo, porque llevo tres días riéndome media frase tarde en esta empresa. Cojo el bolígrafo de Elvira porque el mío no pinta.

Y firmo el primero, delante de dieciocho personas y de un teléfono levantado, en el mismo sitio donde una máquina de café lleva seis meses estropeada, y firmo bien, con la rúbrica que hago desde los diecisiete años y que no se parece nada a mi letra, y mientras la hago voy pensando que esto está bien y que esto es lo que hay que hacer y que una empresa donde el que manda se apellida igual que el edificio necesita exactamente esto por escrito y firmado y colgado en la intranet, y ya estoy levantando la punta del bolígrafo cuando se me va el ojo otra vez al punto cuarto, apartado b, a la línea

donde pone o haya mantenido, tres palabras en pasado que pedí yo mismo en junio, por correo, desde una casa con los muebles envueltos, para que nadie de esta familia pudiera escaparse por ahí, y no digo nada, y le devuelvo el bolígrafo, y le doy las gracias, y alguien aplaude, y el que aplaude es mi primo.

5

Rocío

El Cuaderno Zambra tiene la goma reventada desde hace dos años, así que lo llevo cerrado con una pinza de tender, y dentro hay siete años de una cosa que no sé muy bien cómo se llama: planos hechos a mano en papel cuadriculado, un listado de proveedores de Antequera y de Vélez con los precios de 2019 tachados y los de ahora escritos encima, tres páginas sobre por qué la recepción está mal puesta, el nombre de las dieciséis personas del Zambra que se recolocaron en otros hoteles cuando cerró y en cuál acabó cada una, y una lista de setenta y cuatro cosas que yo haría si algún día me dejaran. Lo empecé en marzo de 2019, cuatro meses antes de que cerraran.

En julio de aquel año me mandaron al Zambra a hacer el inventario del cierre. Sola, un fin de semana, veinticinco años y mil doscientas cosas que contar antes de que vinieran a llevárselas: seiscientas sábanas, once carros de camarera, un piano vertical que había llegado allí por su cuenta, según todo el mundo y ciento diez llaves de latón con su llavero de bola. El lunes a primera hora entregué el inventario y no lo abrió

nadie. Eso lo sé de verdad, no me lo estoy inventando por pena: el archivo sigue en la carpeta compartida con la fecha de modificación de aquel domingo por la noche.

No me lo ha pedido nadie y no sabe que existe ni una persona de esta casa, y hasta hoy me parecía tan normal que no me había parado a pensar que a lo mejor no lo es.

El comité de dirección es a las diez en la pecera y yo no estoy convocada. Nunca estoy convocada: en ocho años he entrado en esa sala doscientas veces y siempre con algo en la mano y siempre por la puerta, nunca por la convocatoria.

Mi mesa está de espaldas al cristal, así que no veo nada. Oír, en cambio, se oye todo, porque la persiana veneciana lleva desde el uno de septiembre atascada a media altura y torcida, y por el triángulo que queda arriba a la izquierda se escapan las voces igual que se escapa el humo de una olla mal tapada.

A las diez y veinte oigo la palabra Zambra. A las diez y veinticinco oigo la palabra licencia. A las diez y veintisiete oigo a mi jefe decir «eso no lo tengo aquí», y me levanto, cojo el archivador y el cuaderno con la pinza, y me pongo en la puerta antes de que les dé tiempo a llamarme, porque llevo ocho años ahorrándole a esta gente los cuatro minutos de buscar a alguien.

— Perdón. Traigo el expediente de la prórroga.

— Pasa, Berrocal — dice Álvaro.

Y ahí empieza la cosa. No me siento, claro, porque en la pecera hay doce sillas y hay once personas sentadas y una libre, y la libre es la de la esquina, la que está junto al aparador, y esa silla lleva ocupada por un proyector estropeado desde antes

de que yo entrara en la empresa. Me quedo de pie al lado del cristal con el archivador abierto sobre el antebrazo.

— La prórroga — digo-. Concedida el 14 de enero, vigente hasta el 12 de enero del año que viene. Si empezamos obra antes del 12 no hay que pedir nada nuevo. Si empezamos después, volvemos a la cola y son ocho meses.

— ¿Ocho? — dice el director financiero.

— Nueve el año pasado. Ocho es lo que tardó el Malagueta con el office.

Y a partir de ahí ya no me deja hablar el archivador, me deja hablar la sala. Que cuántas habitaciones: ciento diez, pero utilizables ciento seis, porque las cuatro de la séptima planta dan al patinillo de la maquinaria y no se pueden vender ni con descuento. Que cuánta plantilla haría falta: cuarenta y uno en temporada alta y veintisiete el resto del año, y de esos, dieciséis los tenemos ya dentro de la casa repartidos por los otros hoteles y once de ellos volverían mañana. Que qué pasa con el ascensor de servicio: que lleva parado desde 2019 y que el de clientes tiene la ITE pasada por los pelos. Que si la piscina de la azotea aguanta: que la piscina de la azotea tiene ahora mismo dos dedos de agua verde y hay que vaciarla antes de la primera lluvia de verdad, que en Málaga cae a finales de

octubre, porque el agua parada se lleva por delante el forjado. Que de dónde saco yo esos datos. Ahí me paro medio segundo.

— De ir.

— ¿De ir adónde? — dice Nacho.

— Al hotel.

Once caras. Yo no había pensado nunca que aquello fuera raro. Voy dos o tres veces al año desde que cerró, con la llave que me dieron en 2019 para el tema de la inspección del ascensor y que no me han pedido de vuelta, y voy porque el edificio se estropea de una manera distinta cada estación y porque si no lo mira uno, cuando alguien decida abrirlo se va a encontrar una sorpresa de doscientos mil euros. Lo hago porque soy incapaz de dejar una cosa rota sin mirarla, y de eso no se presume.

Siguen preguntando veinte minutos más. Y al final llega la del nombre, porque en esta sala hay quien opina que Zambra suena antiguo y que ya que se hace la obra habría que llamarlo Peñalver Soho. A esa contesto más rápido de lo que debería.

— El hotel se llama Zambra desde el sesenta y ocho y en esta ciudad hay tres generaciones que se han hecho la foto de la comunión en ese vestíbulo. Si le quitan el nombre, la

reapertura la cuenta la prensa local un día. Si lo dejan, la cuentan tres y encima gratis.

— ¿Eso lo has estudiado? — dice el director financiero.

— Eso lo he visto.

Y entonces habla Álvaro por segunda vez en toda la reunión.

— Berrocal. Una última. Si mañana le entregaran ese edificio a alguien, ¿por dónde empezaría esa persona?

— Por el sótano.

— ¿Por el sótano?

— Todo lo que va a salir mal en marzo está ahora mismo en el sótano — digo-. La centralita vieja de la alarma, el cuadro general, el desagüe del office y cuatrocientas cajas sin abrir desde 2017. Arriba solo hay polvo, y el polvo no arruina a nadie.

No contesta y apunta con la letra pequeñísima.

Contesto quince preguntas seguidas. Las cuento después, por la noche, en la cama, porque soy así.

Quince.

Y en la número once, la del coste aproximado del textil, abro el cuaderno con la pinza de tender apoyándolo en el borde del aparador, busco la página de Antequera y leo un precio de hace dos años en voz alta, y ni una sola de las once personas que hay sentadas en esa sala pregunta qué es esa libreta.

Álvaro sí la mira. La mira dos segundos de más y después mira otra vez el orden del día, y no dice nada, y yo cierro el

cuaderno con la pinza y me lo pongo debajo del brazo.

El comité aprueba tres cosas y las aprueba en catorce minutos. Uno: reabrir el Hotel Zambra el Viernes de Dolores, con acto de reapertura y prensa local. Dos: encargar el proyecto ejecutivo a Amalia, la arquitecta técnica que ya trabaja para el grupo, y pedir tres presupuestos de obra. Tres: la reforma del ascensor de clientes del Peñalver Malagueta, que se aprueba por unanimidad y con mucho entusiasmo y que yo sé, mientras levantan la mano, que no se va a hacer nunca. Nacho pide la palabra al final.

— Yo lo voy a decir — dice, y se recuesta-. Seis meses y medio son seis meses y medio, y aquí lo que hay son buenas intenciones y una señora de ochenta y uno con prisa. Yo quiero que conste en acta que los plazos me parecen optimistas.

— Consta — dice Elvira.

— Y que la dirección del proyecto la voy a llevar yo en funciones, porque es lo que hay, y que necesito a alguien de calidad apoyando.

— Consta también.

El director financiero levanta el bolígrafo antes de que empiecen a recoger.

— Una pregunta tonta. Del día a día, ¿quién tira? Porque aquí hay una obra, once industriales, un proveedor de textil en Antequera y una gobernanta que va a querer opinar de todo. ¿A quién llamo yo si el martes se cae algo?

Y hay dos segundos de silencio en los que once personas miran a Nacho, y Nacho hace un gesto con la mano hacia la

puerta, hacia el pasillo, hacia el sitio donde estoy yo de pie con el archivador abierto sobre el antebrazo.

— A calidad.

Y todo el mundo apunta calidad, y nadie apunta un nombre, y a mí se me ocurren en ese momento tres respuestas y no doy ninguna, y esa es la parte que se me va a quedar.

Y así es como sale mi nombre por primera vez en un acta del comité de dirección del Grupo Peñalver, después de ocho años y de quince preguntas seguidas.

Apoyo de calidad.

Salgo la última, bajo dos metros por el pasillo, entro en el office, cojo un vaso de plástico, me acuerdo de que la máquina no funciona desde febrero, me quedo con el vaso vacío en la

mano y me lo bebo igual, o sea, hago el gesto, y es una tontería mía que hago desde marzo. Yoli me pilla.

— ¿Estás bien?

— Estoy contentísima.

— Rocío.

— Estoy contenta — le digo-. Bueno, estoy contenta con el hotel. Con lo otro me da la risa, y no es lo mismo.

Mi jefe me alcanza en el pasillo con la carpeta debajo del brazo y me pone una mano en el hombro, dos golpecitos, como se felicita a un perro que ha traído el palo.

— Muy bien ahí dentro, Rocío. Muy bien. Oye, ¿me pasas el plan de arranque el lunes a primera hora? Con los plazos y eso. Que Nacho lo quiere para el consejo.

— Claro.

Digo claro. Digo claro con la misma voz con la que digo buenos días, y esa es la parte que me va a doler esta noche y no la otra.

Vuelvo a mi mesa, me siento y giro la silla entera para mirar la pecera, que es una cosa que no hago casi nunca, y desde aquí se ve a Álvaro de pie junto a la mesa hablando con Amalia y señalando algo en un plano, y se ve la persiana torcida, y se ve

el proyector estropeado ocupando su silla desde hace nueve años.

Y luego abro un documento en blanco y me pongo a hacer lo que iba a hacer de todos modos, la única parte de todo esto que no me quita nadie.

Ciento ochenta y seis días hasta el Viernes de Dolores. Ciento diez habitaciones, ciento seis vendibles. La licencia son cero días si se empieza antes del 12 de enero y doscientos cuarenta si no, y ahí se acaba la discusión de los plazos. La eléctrica, siete plantas de vertical, cuarenta y cinco días de obra sin contar imprevistos, y hay imprevistos. El ascensor de servicio no se mueve hasta sesenta días después de que alguien firme el pedido, y el pedido sigue sin firmar. En el sótano, cuatrocientos albornoces que llegaron por error en 2017, sin abrir, sin reclamar y sin que se sepa quién los pidió. Y en el acta de hoy, en el apartado de asistentes, once nombres.

6

Álvaro

El Zambra huele a piscina vacía y a periódico mojado.

Son las nueve y diez de la mañana y hemos venido andando desde Muelle Heredia. Siete minutos. Cruzas la Alameda, te metes por el Soho y a la tercera calle está la fachada de gresite ocre con los dos cuadros caídos. Berrocal ha hecho el camino delante de mí sin hablar, con una carpeta debajo del brazo y una libreta cerrada con una pinza de tender. Yo he ido detrás. He tardado los siete minutos en decidir que hoy no voy a decir nada de nada.

En la puerta nos espera la gobernanta. Mari Ángeles Portillo, Marian para todo el edificio desde hace treinta años, tiene cincuenta y ocho, un llavero de conserje con veintitantas llaves y un bolso del que salen cosas durante toda la mañana. Entró en este hotel con veintiséis. Cuando cerró, la pasaron a gobernanta volante y lleva siete años cubriendo bajas en los otros diez, de Nerja a Cabo Roldán, con un coche de empresa y

ochenta kilómetros diarios. Me da la mano y me mira las manos.

— Buenos días, don Álvaro.

— Álvaro.

— Eso lo dicen todos el primer día.

Abre ella. La cerradura de la puerta de servicio va dura y le da con la cadera en el sitio exacto. Entramos por el pasillo del office y salimos al vestíbulo, y ahí se para uno aunque no quiera.

El suelo es de terrazo original del sesenta y ocho, gris con grano oscuro, y en el centro hay dos flores de mármol blanco de metro y medio, una entera y otra partida por una junta de dilatación. El mostrador de recepción está a la derecha según se entra, en madera curva de una pieza, y detrás tiene el casillero de las llaves con ciento diez huecos numerados y ciento diez etiquetas escritas a máquina. A la izquierda, el salón, con las sillas apiladas en una torre de veinte y un piano vertical tapado con una sábana. Al fondo, dos ascensores y la escalera. En el techo hay una lámpara de latón con doce brazos y en ocho de los brazos no hay bombilla.

Faltan cuatro llaves y lo pregunto, porque en esta empresa las cosas que faltan llevan años faltando sin que se lleve la cuenta.

— Una la tengo yo — dice Marian.

— Otra la tengo yo — dice Berrocal.

— Y las otras dos se las llevó gente que se jubiló — dice Marian-. Una de ellas era el jefe de mantenimiento y en su

casa la tienen en un cajón con las medallas.

Marian levanta la sábana del piano por una esquina y toca dos teclas con el dedo índice. Suena una y la otra no. Lo trajo un cliente en el ochenta y nueve, se fue sin él, la hija llamó dos veces y luego dejó de llamar. Vuelve a tapar el piano. En toda la mañana no se habla del piano otra vez. La moqueta de la escalera está levantada en los cuatro primeros escalones y huele a lo que huele.

— La humedad viene del patinillo de la izquierda — dice Berrocal, y ya está subiendo.

Amalia Rus llega a las nueve y veinte con el metro láser y se queda en la planta baja midiendo. Nosotros subimos. Y a partir de aquí lo que pasa es que yo dejo de dirigir la visita a los cuatro minutos.

No lo decido. Ella entra en la primera planta, mira a la izquierda, dice que ahí no, y se va a la derecha. Abre una habitación sin mirar el número. Va al baño, abre el grifo del lavabo, lo deja correr cuatro segundos, lo cierra y dice que la vertical de agua fría se ha quedado con aire pero que el tubo está bien. Sale, cruza el pasillo, empuja la puerta de la 107 con el hombro porque está hinchada, y dentro señala una mancha en el techo del tamaño de un plato y dice que esa es de 2021 y

que no ha crecido, y que las que hay que mirar son las que tienen el borde blando.

Amalia le pregunta desde el hueco de la escalera por la altura libre del pasillo. Ella contesta dos con cuarenta sin medir. Amalia mide. Dos con cuarenta y uno.

En la tercera planta hay una habitación con la cama hecha con una sábana que tiene bordado un escudo, un dibujo de una guitarra y las letras HZ.

— Eso es del setenta y cuatro — dice Marian-. De cuando el bordado se hacía en Antequera. Ya no lo hace nadie así.

— Se puede hacer — dice Berrocal.

— Pues eso lo arreglo yo con un imperdible.

— Marian, que se puede hacer de verdad. Vicente todavía tiene los patrones antiguos.

La gobernanta la mira. Es la primera vez en toda la mañana que alguien le dice a esa mujer una cosa que no sabía, y le cambia la cara y le dura dos segundos, y luego se agacha a recoger un tornillo del suelo y se lo mete en el bolso.

Subimos a la azotea a las diez y media. La piscina son doce metros por cinco y en el fondo queda un charco verde con hojas y con un flotador de corcho hinchado. Alrededor hay ocho hamacas apiladas y una ducha de pie con el latón comido. Desde aquí se ve el puerto entero, la grúa grande, media Alcazaba y, si te giras, el arranque de Gibralfaro con el pinar. Es la mejor vista de los once hoteles de esta empresa y

lleva siete años siendo de las gaviotas. Berrocal se asoma al murete y se queda ahí un rato.

— El 25 de octubre — dice.

— ¿Qué pasa el 25 de octubre?

— Que si esto no está vacío para el 25 de octubre y cae la primera buena, el problema deja de ser mío y pasa a ser del forjado.

Anoto la fecha. La anoto en el móvil, con alarma, y no le digo que la he anotado. Marian baja a abrirle el cuarto de contadores a Amalia. Nos quedamos los dos solos en una azotea de doce metros, a cuarenta grados de sol y con el ruido de la grúa del puerto de fondo. Ninguno de los dos habla de

agosto. Llevamos treinta y siete días sin hablar de agosto y a este ritmo vamos a llegar a Navidad.

— Berrocal.

— Dime.

— ¿Tú por qué no estabas en la lista de convocados del día quince?

— Porque la lista la hace mi jefe.

— Ya.

— Y porque si me convocan me tengo que sentar — dice, y se aparta del murete-. Y si me siento, ya no me puedo ir cuando quiera.

Eso lo ha dicho en tres segundos. Lo lleva pensado desde 2019. Se nota en el sitio donde pone las comas.

Aquí es donde yo debería estar pensando en el presupuesto. Estoy pensando otra cosa. Estoy pensando que llevo tres semanas en esta empresa y que he leído cuarenta documentos, y que todo lo que sé de verdad de este edificio me lo ha dicho una persona que no aparece en el organigrama que me mandaron en junio. Rocío Berrocal Cantos no dirige nada. No firma nada. No tiene equipo. Tiene una llave de 2019 que nadie le pidió y una libreta cerrada con una pinza de tender.

Y esto se arregla en cuatro minutos y con un correo, y yo sé exactamente qué correo. No lo mando. No lo mando porque el día que yo escriba ese correo va a haber una persona en esta empresa que sepa por qué lo he escrito, y esa persona voy a ser yo, y con eso basta para que sea otra cosa. Así que me

callo. Me callo tan bien que hasta a mí me parece que no estoy pensando nada.

Y entonces se mete en la piscina.

Por la escalerilla del rincón, sin avisar y con los zapatos puestos, para verle el desagüe al fondo. Abajo hay un charco verde y siete años de alga seca, que es la superficie más traicionera que existe. Le digo que salga. No sale. Se agacha, mete un dedo por la rejilla, dice que el sumidero está entero y que lo que hay que rehacer es el vaso, y al levantarse pone el pie donde no hay que ponerlo.

La cojo del brazo. Por encima del codo, con la mano entera, desde el borde y con medio cuerpo fuera del murete. No se cae. Se queda de pie en el fondo de una piscina vacía, con la cara a la altura de mi cintura, y desde ahí levanta la vista.

— Ya está — dice.

— Ya.

— Puedes soltar.

No suelto. Ese es el problema entero de la mañana y cabe en dos palabras. La subo tirando del brazo y ella se deja subir, y arriba no se aparta. Se queda a un palmo. Tiene el pelo pegado al cuello, una raya de verde en la mano y olor a hotel cerrado. En el cuello se le ve el pulso. El mío se verá igual.

Y no pasa nada. No pasa nada durante siete u ocho segundos, que a cuarenta grados y con una grúa dando por detrás son una barbaridad. Yo sigo con la mano donde la tenía. Ella tiene la libreta contra el pecho y no la baja, y los dos sabemos que la

está sujetando ahí a propósito. Le miro la boca una vez. Ella lo ve.

— No — dice.

Y no lo dice enfadada. Lo dice como se lee un plazo de entrega.

— No he hecho nada.

— Ya lo sé. Yo tampoco. Y llevo desde el uno de septiembre no haciendo nada, y eso cansa mucho más.

Le suelto el brazo. Se le queda un momento la marca de los dedos y luego se le va, y ella se mira el sitio y se limpia el verde en la pernera del pantalón. Se va hacia la escalera deprisa, y en la puerta se para para dejarme pasar primero, cosa que no ha hecho en toda la mañana.

Habría sido más fácil que se cayera.

Bajamos a la primera.

— Falta una — dice Marian.

— ¿Cómo que falta una?

— Que no la han abierto. La 114.

Se va por el pasillo con el llavero. La 114 está a la derecha del ascensor, cuarta puerta, y hace esquina. Mete la llave. Abre.

Y dentro no hay siete años de nada.

Hay una cama hecha. Colcha estirada, dos almohadas con los cantos metidos, el embozo doblado veinte centímetros. Hay una toalla de manos colgada en el baño, seca y planchada, y un vaso boca abajo sobre un tapete de papel. La ventana del

balcón está entornada y la persiana subida hasta arriba, y por el hueco entra la calle del Cuartelillo y el ruido de un bar que está montando la terraza. No hay polvo. Huele a jabón de hotel.

Se queda todo el mundo callado unos segundos que son bastantes.

— ¿Esto lo hace usted? — digo.

— Yo.

— ¿Desde cuándo?

— Desde que cerraron.

— ¿Cada cuánto?

— Todas las semanas — dice Mari Ángeles Portillo, y lo dice mirando la colcha y no mirándome a mí-. Vengo los martes a primera hora, la deshago, la lavo en el Malagueta y la vuelvo a hacer. Se tarda cuarenta minutos.

— ¿Y por qué?

— Porque yo entré a trabajar en esta habitación.

Se agacha, tira del embozo dos centímetros hacia la derecha, aunque estaba bien, y se levanta.

— Y porque una habitación hecha se puede vender esta misma noche — dice-. Un hotel entero, no. Al señor Ignacio le he pedido siete inviernos seguidos que diera de alta la luz de esta planta.

En la puerta, Berrocal no ha entrado. Se ha quedado en el marco con la libreta contra el pecho, y no ha dicho ni una

palabra, y por la cara que tiene lo sabía desde antes de subir.

En el rellano de la segunda, Marian me para con dos dedos en el codo y no me suelta hasta que termina.

— Don Álvaro, yo le voy a decir una cosa y luego no la digo más. Yo he estado siete años en el coche. Lunes en Nerja, jueves en Cabo Roldán y el fin de semana donde hiciera falta, y a las gobernantas de esos hoteles yo les caigo bien porque les tapo los agujeros y les caigo mal porque cuando me voy se nota. Ochenta kilómetros diarios, cincuenta y ocho años y una hernia. Y nadie me ha llamado nunca para preguntarme cómo se abre este edificio, que yo lo abrí catorce mil veces.

— ¿Se lo estoy preguntando ahora?

— Usted no. Ella.

Y señala con la barbilla el pasillo por el que Berrocal acaba de doblar la esquina con la libreta abierta, contando puertas en voz baja.

Y entonces caigo.

El tres de septiembre estuve en la acera de enfrente cuatro minutos, con la americana en el brazo, mirando una fachada con todas las persianas bajadas menos una. Primera planta, esquina, la que da a la calle del Cuartelillo. Esa.

Bajamos al sótano diez minutos antes de irnos, lo justo para que Amalia nos enseñe el cuadro general y la centralita vieja de la alarma, que es una caja gris de los años ochenta con una llave de latón y un piloto que parpadea sin motivo. Al fondo, contra la pared, hay una pila de cajas de cartón de un metro de alto y siete metros de largo. Cuatrocientos albornoces.

Llegaron en 2017 para un hotel que ya se estaba muriendo. No los pidió la casa y ahí siguen.

— ¿Los devolvemos? — digo.

— Se intentó — dice Berrocal-. Dos veces.

Salimos a las once y cuarto. Amalia se queda midiendo el sótano. Marian se va al Malagueta porque tiene turno a las doce y ochenta kilómetros no se hacen solos, y antes de irse me devuelve el llavero completo menos una llave.

La 114 se queda con la llave puesta por dentro, porque la puerta está desencajada desde que en el noventa y ocho tocaron el marco para meter una tubería, y con la puerta entornada el peso de la hoja tira del bombín y la llave va girando sola un cuarto de vuelta, despacio, hasta que hace un clac y se para. Nadie la toca. Lo hace mientras nos vamos y lo vuelve a hacer cuando ya estamos en la escalera.

Marian se ha llevado la única llave que no me ha devuelto y no lo ha disimulado.

7

Rocío

El discurso me lo sé desde el jueves y tiene cuatro puntos.

El primero es que aquello fue en agosto, que agosto no cuenta y que en esta ciudad hay una tradición de siglos según la cual lo que pasa en Feria se queda en Feria, tradición que yo me he inventado el viernes en la ducha pero que suena tan bien que pienso decirla igual. El segundo es que no va a volver a pasar. El tercero es el importante y me ha costado tres días redactarlo mentalmente sin que me suene ni a súplica ni a amenaza, porque no es ninguna de las dos cosas: si él me mueve de sitio, si me sube, si me pone en un organigrama, si hace una sola llamada por mí, yo me voy de esta empresa el mismo día y no vuelvo. Y el cuarto punto es que el código de conducta que firmó el tres de septiembre delante de dieciocho personas dice, en el punto cuarto, apartado b, la palabra mantenga y también la palabra mantenido, y que yo me lo he leído entero un domingo por la tarde con una infusión, y que él debería preguntarse si se lo ha leído igual de despacio. Cuatro puntos que me llevo el lunes entero en la cabeza, entre

ciento treinta y una quejas y un problema de sobreventa en Nerja.

A las nueve de la mañana hay reunión de arranque del proyecto Zambra en la pecera, y esta vez sí estoy convocada, con mi silla y todo, porque una reunión operativa no es un comité de dirección y en las operativas siempre ha habido sitio para la gente que trabaja.

La preside Nacho. Reparte un documento de nueve páginas con el plan de arranque, los hitos, los plazos y las dependencias críticas. Ese documento se lo mandé yo el viernes a las 20:14 desde mi mesa, con la plantilla del grupo y con el pie de página que pone Grupo Peñalver, Dirección General, y no lleva ninguna firma porque los documentos de esta empresa no llevan firma, llevan membrete.

Lo lee en voz alta muy bien. Hay que reconocérselo: lee mejor que yo, tiene la voz de la gente que ha hecho teatro en el colegio y sabe dónde parar.

En la página cuatro, Amalia pregunta por qué el pedido del ascensor de servicio tiene que salir antes del 20 de octubre si la obra eléctrica no acaba hasta enero.

— Buena pregunta — dice Nacho, y pasa la hoja hacia delante y hacia atrás dos veces-. Eso lo tiene Rocío.

Y no me mira al decirlo. No lo dice con maldad y no le da ninguna importancia: lo dice exactamente igual que cuando alguien dice que las llaves están en el cajón.

— Porque el plazo de entrega del fabricante son sesenta días y en Navidad no montan — digo-. Si el pedido sale el 21 de octubre, el ascensor de servicio se pone en marcha en febrero y toda la carga de textil y de mobiliario de las siete plantas

sube por la escalera. Son ciento seis habitaciones. Son cuatro semanas de peones subiendo colchones a pulso.

— Perfecto — dice Nacho-. Pues eso.

Álvaro está sentado en la esquina, callado, con un bolígrafo que no ha destapado en cincuenta minutos, y en toda la reunión abre la boca dos veces. La segunda es para preguntar quién firma el pedido del ascensor, y Nacho dice que lo firma él, y Álvaro dice que muy bien, y ya está.

Y la ocasión no llega, porque la ocasión nunca llega en una planta diáfana en forma de L donde hay catorce mesas y todo el mundo tiene la oreja puesta aunque esté mirando la pantalla.

A las siete y veinte, desde la ventana del office, lo veo cruzar hacia el ascensor con la americana en el brazo. Bajo por las escaleras de servicio. Siete tramos hasta la menos uno. En el rellano de la cuarta hay un extintor con la revisión caducada en 2023 y, pegado con celo encima, el cartel de la despedida de una tal Puri que debió de jubilarse antes de que yo entrara, porque en ocho años yo no he conocido aquí a ninguna Puri. En el de la segunda huele a tabaco todos los días desde hace años y en este edificio no fuma nadie.

El aparcamiento del edificio está en la planta menos uno y es de esos que se hicieron cuando los coches eran más estrechos, con una rampa mal peraltada y unas columnas pintadas de amarillo que tienen todas la misma marca de golpe a la misma altura. Huele a goma y a garaje de los ochenta, hay nueve plazas y en dos de ellas hay un coche.

Me pongo delante del suyo, que es grande, gris y de una marca que no sabría decir porque a mí los coches me dan exactamente igual, y me apoyo en el capó, y en cuanto me

apoyo el capó del coche del consejero delegado deja de parecerme una postura desde la que se puedan decir cuatro puntos ordenados, así que me despego y me quedo de pie, que es peor, porque de pie parece que estoy esperando el autobús. Sale del ascensor a las siete y veinticuatro.

— Berrocal.

— Tengo que decirte cuatro cosas y las tengo ordenadas, así que déjame llegar al final.

— De acuerdo.

— Uno: lo de agosto fue en agosto.

Y en ese momento se abre la puerta de la escalera y aparece Fali con una caja de cartón en los brazos y un cordón de tarjeta colgando del cuello.

— ¡Rocío! Menos mal. Oye, que me ha dicho Inma que te dé esto, que son las hojas de reclamaciones antiguas del Malagueta, y que te diga que en el PMS, el programa de reservas, o sea donde está todo, aparecen dos NS del sábado, no-show, cuando el cliente no viene y no avisa, pero que ella jura que la gente durmió allí. Buenas noches, Álvaro.

— Buenas noches.

— ¿Le dejo la caja a usted o a...?

— A mí — digo.

Fali me deja la caja en los brazos, se despide llevándose la mano a la sien como un guardia y se va por donde ha venido, y

yo me quedo con doce kilos de reclamaciones de 2016 y el punto uno a medio decir.

— ¿Te la sujeto? — dice Álvaro.

— No.

— Pesa.

— Ya sé lo que pesa. La he pedido yo en marzo.

Dejo la caja en el suelo, entre los dos, y sigo, porque si paro no arranco.

— Uno: lo de agosto fue en agosto y en esta ciudad lo que pasa en Feria se queda en Feria. Dos: no va a volver a pasar. Y lo digo igual que se dice que el martes hay comité. Tres...

— ¿El uno y el dos no son el mismo punto?

— No me interrumpas el discurso.

— Perdón.

— Tres — digo, y aquí me quito el pendiente de la oreja derecha y me lo guardo en el bolsillo del pantalón, y él sigue el gesto con los ojos y no dice nada-. Tres es el punto de verdad. Si tú mueves un dedo por mí, se acabó. Si me subes el sueldo, si me cambias de departamento, si me metes en un organigrama, si le dices a alguien que me tenga en cuenta, si haces una llamada. Cualquier cosa. Yo me voy de esta empresa ese mismo día. Te estoy diciendo el precio antes de que

compres, porque tú eres de los que compran sin mirarlo y luego se sorprenden de la cuenta.

Silencio.

Una moto pasa por la rampa de arriba y el ruido rebota en el techo bajo durante cinco segundos larguísimos.

— Hecho — dice.

— ¿Cómo que hecho?

— Que de acuerdo. Que no voy a mover nada.

— ¿Así, sin más?

— Me acabas de pedir que no haga una cosa. No la voy a hacer. ¿Qué quieres que te diga?

Y aquí es donde yo, que llevo tres días preparando un discurso y he conseguido decirlo entero sin que me tiemble la voz, me pongo de un mal humor espectacular.

Es injusto y lo sé mientras me está pasando, que es la peor manera de que te pase una cosa. Le he pedido que no haga nada y ha dicho que no va a hacer nada, o sea que tengo delante a un hombre escuchando a una mujer y haciéndole caso a la primera, que según todas las revistas que yo he leído en salas de espera es lo que hay que pedir y lo que no se consigue nunca. Pues aquí lo tengo. Y la satisfacción dura cuatro segundos justos y después viene lo otro.

Porque lo ha aceptado en cuatro segundos, sin discutir, sin decir que soy la mejor de la empresa, sin decir siquiera que le parece una pena, y sin ese momento mínimo, ridículo, humillante y absolutamente humano en el que un hombre al

que le has dicho que no lo intente por lo menos hace el gesto de intentarlo.

— Muy bien — digo.

— ¿Muy bien de bien o muy bien de lo otro?

— Muy bien de que ya está todo hablado.

— Berrocal.

— Falta el cuatro — digo-. El cuatro es que el código de conducta que firmaste tú el primero, con la foto y todo, dice en el punto cuarto, apartado b, que ningún directivo puede decidir sobre la carrera de una persona con la que mantenga o haya mantenido una relación personal. Haya mantenido. En pasado. Yo lo he leído. Y yo no pienso declarar nada, porque no hay nada, porque una noche de agosto entre dos personas que no sabían ni cómo se llamaban cabe entera en la palabra noche.

Se apoya en la columna amarilla con el hombro.

— Eso lo has decidido tú sola.

— Lo he decidido yo sola porque el que se sienta delante de Elvira Quesada a explicar una noche de Feria no eres tú, soy

yo. A ti te llaman moderno. A mí me llaman otra cosa en el office y encima me lo van a decir bajito para que no me entere.

— Yo no he dicho que quiera declarar nada.

— Ya lo sé. Es que estoy hablando yo.

— Termina, entonces.

— Ya he terminado.

— No has terminado.

Y tiene razón, y me molesta muchísimo que tenga razón, porque me falta justo la frase que no he ensayado ninguna de las tres noches.

— Lo de agosto estuvo muy bien — digo.

— Ya.

— Lo digo porque llevaba dos años sin acordarme de que existo fuera de este edificio, y me acordé en una noche, y esto no pensaba decírtelo en voz alta porque me da una vergüenza espantosa.

— No te he pedido que me lo digas.

— Ya lo sé. Te lo estoy diciendo igual.

Y en ese momento se vuelve a abrir la puerta de la escalera.

— ¡Rocío! Perdón. Que se me olvidaba: dice Inma que las dos habitaciones OOO de la cuarta, out of order, o sea fuera de servicio, las ha dado ella de alta esta tarde porque ya está el aire, pero que si el mes que viene sale un DTS y te llega a ti la queja, que el DTS es un doble twin sin twin, o sea que hay una

cama de matrimonio donde tenía que haber dos, que no ha sido ella.

— Fali.

— Dime.

— ¿Tú no libras nunca?

— Yo entro a las once. Voy aliquindoi de aquí al Malagueta, tomo algo y entro — dice, tan contento-. Hasta luego, Álvaro.

— Hasta luego.

Se va, y la puerta se cierra sola con un golpe que suena a chapa. Nos quedamos los dos otra vez, con la caja de doce kilos en el suelo entre nosotros y una columna amarilla al lado, y ya no me queda ningún punto por decir, y llevo el pendiente en el bolsillo, y esto ha ido todo lo bien que podía ir.

Ha ido fatal.

— ¿Ya está? — dice.

— Ya está.

— Entonces te llevo la caja al ascensor y me voy.

— No hace falta.

— No he preguntado si hace falta.

Coge la caja del suelo, la lleva ocho metros, la deja en la puerta del ascensor, se sacude las manos y vuelve a por las

llaves. Y cuando ya está abriendo el coche, con medio cuerpo dentro y el brazo en el techo, se para.

— Berrocal.

— Dime.

— Una cosa del punto tres.

— Dime.

— Estabas muy segura de que yo iba a ascenderte.

8

Álvaro

— Aquí se come lo que hay — dice mi primo-. Y hoy hay lo que hay.

Casa Chumi está en Pedregalejo, a quince minutos del centro en coche y a veinticinco en autobús, y es un chiringuito de los de toda la vida con las mesas en la arena y una barca partida por la mitad llena de leña de olivo donde clavan los espetos. Hay una bombilla por cada tres mesas. En la de al lado hay una familia de doce personas celebrando algo y en la de más allá hay un señor solo con un cuaderno.

Nacho pide sin carta. Sardinas, ensalada malagueña, dos cervezas y unas conchas finas que dice que hoy están bien porque se lo ha dicho el hijo de Chumi al entrar. Conoce a los tres camareros por su nombre. A mí aquí no me conoce ni el del hielo, y llevo treinta años viniendo a esta playa dos veces

al año. Esa diferencia es la conversación entera y todavía no ha empezado.

Nacho y yo nos llevamos tres años y dejamos de tener infancia en común a los doce. A mí me metieron interno en un colegio de la sierra y a él lo dejaron aquí. Esa frase la habré dicho en voz alta cuatro veces en mi vida y siempre suena a queja. En el colegio se comía bien y aprendí a correr. Lo que pasa es que cuando volvías en Navidad tu primo ya tenía amigos con mote y tú tenías un uniforme.

Comemos veinte minutos hablando de nada. De la obra del paseo. De que la arena ya no es la de antes, cosa que aquí dice todo el mundo desde 1970. De un compañero del colegio que ha montado una franquicia de tortitas. Nacho cuenta bien las historias. Se ríe él primero y no le importa, un talento que yo no tengo y que en una reunión de doce personas vale más que dos másteres. A los postres se limpia las manos, tira la servilleta encima del plato y cambia de voz.

— Bueno. ¿A qué hemos venido?

— A cenar.

— Álvaro.

— Al Zambra.

— Ya.

Se recuesta. Coge un palillo y no lo usa.

— Yo te voy a decir una cosa y te la voy a decir una vez — dice-. Ese proyecto no lo dirige nadie. En el organigrama pone mi nombre y las decisiones las toma otra persona. El lunes yo leí en voz alta nueve páginas que no había escrito. Lo hice

bien. Pero cuando Amalia me preguntó por el plazo del ascensor, yo no sabía la respuesta, y en la sala había siete personas que sabían que yo no sabía la respuesta.

— Contestó Rocío.

— Contestó Rocío — dice-. Y contestó bien. Y la próxima vez va a contestar bien otra vez y yo voy a estar seis meses siendo el señor que lee.

Pasa un perro entre las mesas y sigue de largo. En la mesa de las doce personas cantan el cumpleaños feliz. Lo cantan mal y lo cantan dos veces, porque a mitad de la primera alguien avisa de que la tarta está delante del cuñado y no delante de la niña. La niña tiene ocho años y se lo toma mucho mejor que el cuñado.

— Un proyecto sin un director con firma se cae solo — dice-. Yo eso lo he visto tres veces en esta casa, primo, y no me lo estoy inventando. Se cae porque llega un jueves en el que hay que decidir en veinte minutos si se pagan cuarenta mil euros de sobrecoste, y la que sabe lo que hay que hacer no tiene poderes, y el que tiene poderes está en Nerja y no coge el teléfono. Y entonces no se decide. Y una semana de no decidir en una obra son tres semanas de plazo.

— ¿Y qué propones?

— Yo propongo lo evidente y tú no me lo vas a dar.

— Dilo igual.

— Que se lo des a ella — dice Ignacio Peñalver Salas, y lo dice sin ninguna amargura, mirando la barca de la leña-. Director del proyecto Zambra, con poderes de firma hasta cincuenta

mil, en el organigrama, con el correo y con la placa. Y a mí me quitas de en medio, que bastante tengo con lo comercial.

— ¿Tú me estás diciendo que te quite el puesto?

— Te estoy diciendo que me quites un puesto que no tengo. Yo firmo. Dirigir no dirijo. Y yo no pienso firmar seis meses lo que decide otra persona, porque el día que eso salga mal el que sale en el acta soy yo.

Eso es lo más honesto que le he oído a un Peñalver en veinte años. Y no puedo hacerlo. No puedo hacerlo por una razón que no le voy a explicar a mi primo en un chiringuito de Pedregalejo con una sardina en el plato. La razón tiene un metro sesenta y tres, se apoyó el lunes en el capó de mi coche, se quitó un pendiente y me dijo que si yo movía un dedo por ella se iba de la empresa el mismo día. La razón es que hace seis semanas nos acostamos sin saber cómo nos llamábamos. Y la razón es un papel de veintiuna páginas con mi firma la primera.

Si yo nombro directora del Zambra a Rocío Berrocal Cantos, hay dos posibilidades, y las dos son malas. O queda entre los dos para siempre y yo he incumplido el punto cuarto apartado b del código que pedí en junio. O alguien lo sabe algún día, y entonces todo lo que ella haga en seis meses se convierte en otra cosa en la boca de esta empresa. Y hay una tercera, que es la que se me ocurre entre el postre y el café.

— No la voy a nombrar — digo.

— Pues entonces no me llores en marzo.

— Espera. No la voy a nombrar y tú no vas a firmar a ciegas. Vamos a hacer otra cosa. Comité de obra semanal, lunes a las ocho y media, en el Zambra y no en la oficina. Lo convoca

calidad, lo levanta calidad y el acta la redacta calidad. Lo que está en el acta se ejecuta. Tú vas, escuchas, y firmas el acta al final de la reunión, delante de todos, sin llevártela a casa.

Nacho me mira con el palillo parado a media altura.

— O sea, que decide ella.

— Decide el comité.

— Álvaro, que decide ella.

— Decide el comité — digo-, y en el comité está la única persona que ha entrado en ese edificio veinte veces en siete años. Si tú no estás de acuerdo con algo, lo dices allí y lo

cambiamos allí. Y si sale mal, el acta la hemos firmado los dos.

— ¿Y a ella quién se lo dice?

— Nadie. Se lo va a decir un correo.

Se ríe. Se ríe de verdad, con la cabeza para atrás.

— Tú eres muy raro, primo.

Pide dos cafés sin preguntarme.

— ¿Tú duermes?

— ¿Cómo?

— Que si duermes. Te lo pregunto porque mandas correos a las dos y cuarto de la madrugada, y yo dejo el móvil boca arriba en la mesilla, y llevo dos broncas por tu culpa.

— Los programo.

— No los programas.

— No los programo.

Se ríe otra vez. Luego se pone serio de una manera que no le pega, mirando la arena.

— Yo tengo dos niñas, una hipoteca y a las nueve y media estoy en mi casa cenando — dice-. Ese es el motivo por el que el puesto te lo han dado a ti. Y no me hace ninguna gracia, y ya

me he peleado con eso todo lo que tenía que pelearme, y fue en junio y fue solo.

Quiero decirle que el puesto me lo han dado porque vendí una empresa y porque me apellido igual que él y que las dos cosas juntas no le pasan a uno por mérito. Quiero decirle también que a mí a las nueve y media no me espera nadie. Digo otra cosa.

— El comité de obra empieza el lunes a las ocho y media.

— Hecho — dice, y se bebe el café de un trago.

A las once y veinte lo dejo pagando la mitad, porque insiste, y salgo al paseo a llamar por teléfono. Elvira Quesada Pino coge a la segunda y me contesta desde una cocina donde alguien está fregando. Se lo cuento en medio minuto. Comité de obra, lunes, convoca calidad, redacta calidad, firma dirección comercial. Silencio de cinco segundos.

— No — dice.

— ¿No qué?

— No lo hagas. O hazlo entero. Si esa mujer va a dirigir la obra, que la dirija con el título, con el sueldo y con el poder de firma. Lo que estás montando es que haga el trabajo de una directora cobrando lo de una coordinadora y sin ninguna protección. Y eso el día que salga bien no se lo va a apuntar

nadie, y el día que salga mal va a tener nombre y apellidos, y no van a ser los tuyos.

— Ella no quiere el título.

— ¿Te lo ha dicho ella?

— Sí.

— ¿Y tú desde cuándo le preguntas a la gente lo que quiere?

Eso no me lo esperaba.

— Elvira.

— Te he dado mi opinión profesional y la voy a poner por escrito, que para eso me pagas — dice-. Buenas noches, Álvaro.

Cuelga. Podría llamarla otra vez. Podría decirle que tiene razón. Tiene razón en todo menos en una cosa, y esa cosa no se la puedo contar, y sin esa cosa su razonamiento es perfecto y no sirve. Eso es lo que pasa cuando el que decide se guarda un dato: los demás te dan consejos buenísimos para un problema que no es el tuyo.

Repaso lo que estoy protegiendo. Estoy protegiendo el plazo del hotel de mi abuela. Estoy protegiendo a una empleada de que la señalen en un office. Estoy protegiendo a mi primo de firmar a ciegas y a la empresa de un incumplimiento del código. Y todo eso es verdad, y es una lista muy bonita, y lo que no está en la lista es preguntarle a nadie.

Me quedo en el paseo de Pedregalejo con el móvil en la mano, delante de una playa negra y con una moto pasando por detrás, y hago lo que llevo haciendo desde los veintiséis años

cada vez que alguien me dice que no: lo pienso durante dos minutos y lo hago igual.

Mando el correo desde el móvil, de pie, tecleando con el pulgar. Ocho líneas. Comité de obra del proyecto Zambra, lunes a las 8:30 en la calle del Cuartelillo, convocatoria y acta a cargo de coordinación de calidad y experiencia, firma de acuerdos a cargo de dirección comercial. Copia a siete personas.

Y en el asunto no pongo su nombre, porque no hace falta, y porque escribirlo me habría llevado dos segundos más de los que estoy dispuesto a estar mirando esas tres palabras esta noche.

Lo mando a las 23:31. La confirmación de envío tarda lo que tarda la cobertura en Pedregalejo, que es un rato, y durante ese rato hay una versión de esta noche en la que yo cancelo el correo, subo mañana a la sexta, me pongo delante de una mesa que mira a una columna y le pregunto a una persona qué quiere hacer con su vida laboral. Esa versión dura once segundos y luego sale el aviso de enviado. Nacho sale del chiringuito con el cambio en la mano y las llaves en la boca.

— Con todo el cariño, primo — dice, y se pasa las llaves a la mano-. Tú no sabes darle una cosa a nadie sin quedarte la llave de la puerta. Eso lo has sacado de la abuela y a ella al menos se le nota. Anda, llévame a por el coche, que lo he dejado en un vado.

9

Rocío

El correo llegó el miércoles treinta de septiembre a las 23:31 y yo lo leí a las siete y diez de la mañana siguiente, de pie en la cocina, con el café en una mano y sin haberme puesto todavía el segundo calcetín.

Ocho líneas: comité de obra del proyecto Zambra, lunes a las 8:30 en la calle del Cuartelillo, convocatoria y acta a cargo de coordinación de calidad y experiencia, firma de acuerdos a cargo de dirección comercial, copia a siete personas. Y en ninguna de las ocho líneas aparece mi nombre, porque en esta empresa las personas se llaman por su departamento y los departamentos de una sola persona son un chiste que aquí no se ha hecho en voz alta.

Me quedé mirando la pantalla un rato largo. Un rato largo no: cuatro minutos, que a las siete y diez de la mañana de un jueves son una barbaridad.

Porque lo entendí a la primera, y él sabía que lo iba a entender a la primera, y ahí está el problema. No me ha ascendido. No

me ha cambiado de departamento, ni me ha subido el sueldo, ni me ha metido en ningún organigrama, ni ha hecho ninguna llamada, y si yo bajara hoy al despacho a decirle que ha incumplido el punto tres de mi discurso del aparcamiento, él podría enseñarme el correo, señalarme las ocho líneas y preguntarme educadamente cuál de ellas.

Ninguna. Todas.

Lo que ha hecho es ponerme a dirigir una obra de tres millones de euros sin darme nada, y encima lo ha hecho de una manera tan limpia que si algún día sale mal, en el acta no va a haber ni una línea con mis dos apellidos, y si sale bien tampoco. Y lo peor de todo, lo verdaderamente insoportable, es que es la mejor decisión que se ha tomado en esta empresa en cuatro años.

Así que el lunes convoqué. Y el lunes vinieron once personas a las ocho y media de la mañana a un hotel cerrado con la luz dada de baja en tres plantas, y se sentaron en sillas de plástico traídas del Malagueta, y yo levanté un acta de cuatro páginas y Nacho la firmó al final delante de todos, y cuando salí a la calle del Cuartelillo a las diez y veinte me tuve que apoyar en la pared un segundo, porque llevaba hora y media de pie y hasta ese momento no lo había notado nadie, y yo la primera.

El jueves ocho hacemos el inventario. De noche, porque de día están los industriales, y esta semana, porque Amalia necesita saber qué mobiliario se salva antes de cerrar el proyecto ejecutivo. Con linternas: la luz de las tres primeras plantas lleva dada de baja desde 2019 y darla de alta cuesta más que dos noches de linternas.

Y tenemos que ser dos porque a las nueve de la noche de un jueves no queda en esta empresa una sola persona a la que se

le pueda pedir esto sin que pregunte por qué. Marian nos abre a las ocho y veinte y no se queda, porque mañana entra a las siete en Cabo Roldán.

— Ahí tenéis las llaves. La de la puerta de servicio es la que tiene la cinta azul, y hay que darle con la cadera. La del sótano no tiene cinta y es la más gastada. Y el llavero de las habitaciones lo dejo en el mostrador, en el hueco del ciento diez, que es el único que no tiene la etiqueta despegada.

— Gracias, Marian.

— La linterna grande no funciona. Le baila el muelle del contacto — dice, y se agacha, y le pone algo dentro-. Ea. Eso lo arreglo yo con un imperdible.

Y funciona. Funciona toda la noche. Se va, la puerta de servicio hace su ruido y luego el edificio se queda con el ruido que tiene un hotel cerrado por la noche, parecidísimo al de una nevera grande apagada, con la calle del Cuartelillo entrando por las rendijas y un bar montando sillas en la acera

de enfrente. Álvaro llega a las ocho y media con dos linternas más y una bolsa de papel.

— ¿Qué es eso?

— Cena.

— No he pedido cena.

— Ya lo sé. Son las ocho y media y vamos a estar aquí cuatro horas.

— ¿Y qué has traído?

— Lo que había abierto en la calle Casas de Campos.

Hay dos bocadillos de lomo en manteca, dos botellas de agua y una servilleta de papel con el nombre de un bar. Nos los comemos de pie en el vestíbulo, apoyados en el mostrador de madera curva, con las dos linternas puestas de canto sobre el terrazo apuntando al techo, y la lámpara de latón de doce brazos nos devuelve una sombra en el techo que parece otra cosa.

Y a partir de ahí trabajamos cuatro horas seguidas y no nos tocamos ni una vez, dato objetivo que yo podría defender delante de un tribunal.

El inventario lo escribí yo en julio de 2019 en un fin de semana y tiene mil doscientas líneas. Lo llevo impreso, en dos tomos, con las anotaciones a boli de hace siete años y las de hace tres en otro boli. Vamos por plantas, de arriba abajo, y el

procedimiento es este: yo canto la línea, él busca el objeto, yo apunto el estado.

— Séptima. Office de planta. Un carro de camarera, un aspirador, dos cubos.

— Hay un carro, un aspirador, tres cubos y una silla de oficina con una rueda.

— La silla no es mía.

— ¿Cómo que no es tuya?

— Que no está en el inventario. Esa silla ha entrado en este hotel después de 2019.

Se queda mirando la silla con la linterna, como quien mira a un intruso, y luego dice muy serio que la va a apuntar al final en un apartado nuevo, y le pregunto cómo va a llamar al apartado, y dice: cosas que han venido solas.

En la sexta hay veintiocho colchones apilados y ninguno vale. En la quinta, la moqueta está mejor que abajo y se salva. En la cuarta, el falso techo del pasillo se ha caído en dos tramos y hay una tubería a la vista con una brida nueva, y esa brida no

la ha puesto esta empresa, porque en la ficha de mantenimiento no hay ninguna intervención desde 2020.

— Alguien ha entrado aquí — dice.

— Marian.

— Marian no pone bridas.

— Marian pone lo que haga falta.

En la tercera está la habitación de la sábana. La sacamos entera y la extendemos encima de la cama para verla con las dos linternas: lino grueso, y en el embozo, bordado en hilo ocre, un escudo con una guitarra dentro y las letras HZ enlazadas de una manera que hoy no aprobaría ningún diseñador, y funciona precisamente por eso.

— Esto es de 1974 — digo-. Y ha estado durmiendo siete años. Se lava tres veces y vuelve.

— ¿Cuántas quedan?

— Sesenta y una. Las conté en 2019 y las he vuelto a contar hace veinte minutos, y siguen siendo sesenta y una, o sea que

en siete años no ha desaparecido ninguna, y en un hotel abierto eso no pasa jamás.

— Sesenta y una para ciento seis habitaciones.

— Sesenta y una para las sesenta y una camas que van a tener una historia. Las otras cuarenta y cinco llevan sábana normal y no se entera ni el que duerme.

No dice nada. Coge una punta del lino, la dobla mal, se le queda torcida, la vuelve a doblar peor.

— Trae — le digo.

Y ahí es la primera vez en cuatro horas que nos rozamos, en un pliegue de una sábana de 1974, y los dos hacemos como que no.

A las diez y cuarto nos sentamos veinte minutos en el descansillo de la segunda, porque llevamos hora y media de pie y porque el termo del café me lo he dejado en un coche que no ha traído ninguno de los dos. Él se sienta tres escalones más abajo que yo, con la espalda contra la pared y las piernas larguísimas ocupando el rellano entero.

— ¿Por qué volviste? — le digo.

— Me llamó mi abuela.

— Eso es lo que le dices al comité.

— Es verdad.

— Es verdad y no es la respuesta.

Se queda callado. Arriba, en la tercera, la puerta que no cierra bien da un golpe con la corriente y los dos levantamos la

cabeza a la vez y luego la bajamos a la vez.

— Vendí mi empresa hace tres años — dice al final-. Ochenta y una personas. El lunes siguiente me levanté a las seis y media, corrí, me duché y a las ocho y diez estaba sentado en una cocina en la que solo funciona el microondas. Y así estuve dos años y medio.

— ¿Haciendo qué?

— Cosas.

— Álvaro.

— Aprendiendo italiano. Muy mal. Y comprando una casa que no uso.

Y ahí se calla. No va a decir más de golpe y no insisto, porque yo tampoco cuento las mías a la primera y porque este hombre acaba de darme más información en dos minutos que en cinco semanas de comités.

— ¿Y tú? — dice.

— Yo qué.

— Ocho años aquí. Ninguna solicitud de traslado.

— ¿Tú has mirado mi expediente?

— Yo miro los novecientos cuarenta expedientes.

— Eso es mentira y encima es una mentira mala.

Se ríe con la boca cerrada, que es como se ríe él. Bajamos al sótano a las once y veinte. El sótano del Zambra huele a lejía vieja y a hormigón, y tiene el techo bajo, y las tuberías van

vistas por el pasillo pintadas de un verde que ya no se fabrica. Al fondo, contra la pared del este, están las cuatrocientas cajas: siete metros de largo, un metro de alto, tres filas.

Abrimos una con la navaja de él, que por supuesto lleva navaja. Dentro hay veinte albornoces doblados en bolsa individual, todos de la misma talla, todos del mismo color, y el color es mostaza.

— Mostaza — dice.

— Mostaza.

— ¿Cuatrocientos?

— Cuatrocientos, y todos XL. En 2017 el Zambra tenía una ocupación media de sesenta y dos y una clientela de setenta años. Aquí no ha cabido un XL en la vida, y menos en mostaza.

— ¿Y el albarán?

Está grapado a la primera caja, dentro de una funda de plástico, y lleva nueve años ahí. Fecha: 14 de marzo de 2017. Cantidad: cuatrocientas unidades. Referencia: una que no existe en ningún catálogo. Y en el hueco de la firma del que

hizo el pedido hay un garabato que podría ser cualquier cosa y un sello de goma corrido.

— Nadie — dice.

— Nadie.

— ¿Y no los ha reclamado el proveedor?

— El proveedor cobró en abril de 2017. El proveedor está encantado.

Deja el albarán donde estaba y cierra la caja, y a mí me da una risa tonta ahí abajo, a las once y media de la noche, en un sótano con cuatrocientos albornoces mostaza, y me río de una manera que hace mucho tiempo que no me río, con la mano en la boca y sin poder parar, y él no se ríe pero se le pone una cara rarísima.

— ¿Qué?

— Nada.

— Dime qué.

— Que llevo cuatro horas buscándole el fallo a esto y no se lo encuentro.

— ¿A qué?

— A estar aquí — dice.

Y ahí ya no hay bocadillo, ni inventario, ni acta que firmar el lunes. La centralita de la alarma está a tres metros, en la pared, en una caja gris metálica de las que ya no se hacen, con una llave de latón puesta y un piloto rojo que parpadea cada

cuatro segundos desde hace siete años y al que no le ha hecho caso ni un técnico.

Subimos por la escalera porque el ascensor de servicio no va y no va a ir hasta que llegue el pedido que Nacho firmó el lunes. Dos tramos. La linterna grande la lleva él y la pequeña la llevo yo, y vamos hablando de la fachada, y de si el andamio se puede montar sin cortar la calle, y de que en Semana Santa esa acera es zona de paso de una cofradía y que si el andamio sigue puesto en marzo nos comemos una multa y un disgusto.

Salimos al pasillo de la primera planta. Y nos callamos los dos a la vez. No pasa nada especial. Es un pasillo de hotel a oscuras con una moqueta granate y once puertas, y al fondo, a la derecha del ascensor, cuarta puerta, hay una raya de luz en el suelo, porque la 114 tiene la persiana subida y la farola de la calle del Cuartelillo entra por el balcón.

— Marian ha venido el martes — digo.

— Ya.

Andamos los once metros. No sé cuál de los dos empieza a andar más despacio, y sé perfectamente que los dos sabemos que estamos andando más despacio, y esa es una de las cosas que pasan a las doce menos veinte de la noche en un edificio de siete plantas con dos personas dentro.

Llego a la puerta y pongo la mano en la madera. Y no la abro. Me giro y él está justo detrás, más cerca de lo que se pone nadie para nada, con la linterna apagada en la mano y sin

decir absolutamente nada, y yo levanto la cara y le digo la única frase sensata que se me ocurre.

— Esto es una idea malísima.

— Sí.

— Lo digo en serio.

— Yo también.

— Álvaro.

— Dime.

— Que me lo digas tú.

— No — dice-. Yo llevo cinco semanas sin decir nada. Hoy dices tú.

Y lo digo.

— Ven aquí.

Y viene.

Y no es un beso de los que empiezan pidiendo permiso, porque el permiso lo hemos estado dando los dos por escrito durante cuatro horas, en un descansillo, en un pliegue de lino y en un sótano lleno de albornoces mostaza.

Me besa con la espalda contra la puerta de la 114 y con la llave puesta clavándoseme en el omóplato, y no se parece nada a lo de agosto, porque en agosto no sabíamos nada y ahora lo sabemos todo, y porque en agosto había una caseta y un ventilador y ahora hay una empresa entera con novecientas cuarenta personas dentro. Me sujeta la cara con las dos

manos. Yo le agarro la camisa a la altura del cuarto botón. Su boca baja al cuello y a mí se me cae la linterna pequeña al suelo y rueda hasta la pared de enfrente y se queda ahí encendida, apuntando al zócalo, y ninguno de los dos va a por ella.

— Espera — digo.

— Espero.

— No, espera un segundo de verdad.

Y se para. Se para del todo, con la boca a dos centímetros de mi cuello y las manos donde estaban, y espera. Y yo me quedo callada tres segundos, y en esos tres segundos me callo lo único sensato que tengo en la cabeza, que es que mañana a las ocho y media hay obra, y que él es el consejero delegado, y que el acta la firmo yo.

Lo que digo es:

— La llave se me está clavando en la espalda.

Y él se ríe contra mi cuello, y me levanta veinte centímetros con un brazo por debajo, y me pone dos pasos a la izquierda contra la pared lisa, y ahí ya sí, ahí ya me besa como se besa cuando se ha esperado cinco semanas, y yo le meto la mano por dentro de la camisa, y la moqueta granate, y las once puertas, y la raya de luz de la farola en el suelo.

Y entonces, a dos plantas de distancia y detrás de una llave de latón, una caja gris metálica que lleva siete años parpadeando sin motivo decide que este es el momento.

La alarma antiincendios de un hotel de 1968 no pita. Aúlla. Aúlla en las siete plantas a la vez, y el hueco de la escalera se

lo pasa de una a otra, y las palomas de la azotea salen todas de golpe, y en la calle del Cuartelillo un perro empieza a contestarle.

Álvaro tiene la mano debajo de mi camiseta y no la quita.

— No he sido yo — dice.

Bajamos las dos plantas con una linterna, corriendo, con la otra todavía encendida en el suelo del pasillo de la primera apuntando al zócalo, y en el último tramo yo me acuerdo de que la centralita está en la pared del sótano, a dos metros y medio de cuatrocientas cajas de cartón.

10

Rocío

Los bomberos no vinieron. Lo cuento yo otra vez, y lo cuento a la mañana siguiente, con el pelo todavía mojado y el mismo nudo en el estómago que traigo desde las doce menos veinte de anoche.

Vino un señor de la empresa de mantenimiento de sistemas contra incendios, en furgoneta, a las doce y treinta y cinco de la noche, con una linterna frontal y un humor excelente para la hora que era, y estuvo once minutos delante de la caja gris del sótano antes de decirnos que el detector óptico del pasillo de instalaciones lleva desde 2019 comiendo polvo y que lo que ha pasado esta noche es que se ha hartado. Lo limpió con un pincel, rearmó la centralita y nos dijo que eso lo teníamos que haber revisado hace cinco años y que si abrimos el hotel en marzo con esa instalación no nos lo firma nadie, y luego se despidió muy amablemente y se fue.

Yo llegué a mi casa a la una y cuarto y me quedé sentada en el borde de la cama nueve minutos con un zapato puesto. Nueve

minutos pensando. O nueve minutos sin pensar en nada, que a esa hora yo ya no lo distingo.

Y a las nueve menos diez de la mañana siguiente estoy en la sexta planta rellenando el parte. Porque hay un parte. Claro que hay un parte. La centralita, aunque sea de 1986, manda la señal a la central receptora, y la central receptora abre un registro, y el registro dice: aviso 23:52, causa técnica, verificación presencial, dos personas autorizadas en el interior del inmueble. Y la persona que redacta el informe interno de cierre de cualquier incidencia de cualquiera de los once hoteles del Grupo Peñalver, incluido el que está cerrado, soy yo.

Así que aquí estoy, escribiendo con mis dos manos un documento oficial en el que consta que la noche del ocho de octubre había dos personas autorizadas dentro del Hotel Zambra, y decidiendo si pongo los nombres o pongo los cargos.

Pongo los cargos.

Bueno, pongo los cargos y luego pongo los nombres, porque los partes se rellenan como se rellenan y porque el día que yo empiece a maquillar un parte por una cosa así ya no soy la que arregla nada, soy otra persona.

Lo firmo a las nueve y veinte, lo archivo y me pongo a trabajar. Y lo que no sale en ningún sitio es la parte administrativa. En las películas la gente se besa contra una puerta y a la mañana siguiente sale de casa con una gabardina y una banda sonora. Aquí me he besado contra una puerta a las doce menos veinte de la noche y a las nueve y veinte de la mañana he tenido que teclear la hora exacta en la que sonó la alarma que nos interrumpió, en un formulario con

desplegables, y elegir la causa en una lista donde no está la causa.

No se lo puedo contar a nadie, y lo raro de verdad es eso mucho más que lo de anoche. Llevo ocho años en esta planta y a Yoli le he contado cosas que no le he contado a mi padre, y hoy tengo la cosa más grande que me ha pasado en cuatro años metida en el pecho y me la tengo que tragar entre ciento diecinueve quejas, con la cara de todos los días y contestando al teléfono con el mismo tono.

Y no pasa nada en todo el día. Eso es lo que hay que entender de este viernes: que no pasa absolutamente nada. Él no baja. Yo no subo. Ni correo, ni llamada, ni una de esas apariciones casuales en el office que se le ocurren a todo el mundo cuando quiere ver a alguien y no quiere que se note. Yo me paso la mañana esperando algo y a las doce y media me doy por vencida y me pongo con las quejas de la semana, que son ciento diecinueve.

A la una y cuarenta bajo a comer y coincidimos en el ascensor. Somos seis. Él, yo, dos de comercial, la chica nueva de reservas y un chico de una empresa de fotocopiadoras con un carro. El ascensor del edificio de Muelle Heredia baja de la séptima a la calle en cincuenta segundos porque para en la

cuarta, y yo esos cincuenta segundos me los conozco de memoria desde 2018 y nunca se me habían hecho tan largos.

Él está en el fondo a la izquierda y yo estoy delante, casi pegada a la puerta, mirando el número.

— Buenos días, Berrocal.

— Buenos días.

Y ya está, eso es todo. Uno de comercial cuenta un problema con una reserva de grupo, la chica nueva se ríe por educación, el de las fotocopiadoras dice que en su vida ha visto un ascensor que pare en una planta donde no ha llamado nadie, y en la cuarta se abre la puerta, se cierra sola, y todo el mundo pone la cara que se pone.

Salgo la primera y no me giro. Y voy andando por Muelle Heredia hacia el mercado con las orejas ardiendo como una cría de dieciséis años. Rectifico: como una señora de treinta y dos que anoche se besó con su jefe en un pasillo a oscuras, cosa bastante peor.

Y entre las ciento diecinueve está la del mar. Un señor de Valladolid no, otro. Este es de Palencia y ha estado cuatro noches en el Peñalver Cabo Roldán, en una habitación de primera línea con terraza y vistas frontales, y escribe para reclamar el importe íntegro de la estancia porque, y cito literalmente porque me lo he aprendido de memoria, «en la descripción del establecimiento no se advierte en ningún momento de que el mar produce un ruido constante durante toda la noche, ruido que ha impedido el descanso de mi

señora y el mío propio y que consideramos un defecto no informado del alojamiento».

Lo leo tres veces. La tercera me río sola en una planta diáfana, que es una cosa que en esta oficina se paga muy cara.

— ¿Qué? — dice Yoli desde tres mesas.

— El mar hace ruido.

— ¿Cómo?

— Que el mar hace ruido y no lo pone en la página web.

Se levanta y vienen dos más, y a las doce y cincuenta hay cuatro personas leyendo por encima de mi hombro una reclamación de setecientas ochenta palabras sobre el oleaje, y alguien propone contestarle con un enlace a un vídeo de olas, y alguien propone ofrecerle una habitación interior en un hotel del Soho, e Inma, que se ha enterado por teléfono desde el Malagueta y ha llamado solo para esto, propone mandarle un mar más pequeño. Yoli dice que este hombre es un malaje y que a ella el mar la duerme.

Yo le contesto en serio, claro. Le contesto que lamento muchísimo que no haya descansado, que el ruido del mar viene incluido con el mar y que eso en España no se advierte porque se da por sabido, que la habitación estaba correctamente descrita, que no procede la devolución, y que si vuelve le reservo con mucho gusto una de las que dan al patio

interior, que están a treinta y un euros menos y donde no se oye nada de nada.

Contesta a los cuarenta minutos. Dice que le parece muy bien y que si el año que viene puede reservar la del patio con la misma tarifa de este.

Ahí está. Ese es mi trabajo. Ocho años.

A las cinco y veinte aparece Fali con el chaleco puesto y una carpeta.

— Rocío, dos cosas. Una: que me ha dicho Amalia que el lunes en el comité va a pedir cambiar el gresite de la fachada, porque el que hay no se fabrica y hay que buscar equivalente. Y dos: que si el parte de anoche lo cierro yo en el sistema o lo

cierras tú, porque me sale a mí en pendientes y no sé por qué me sale a mí, si yo anoche estaba en el Malagueta.

— Lo cierro yo.

— Es que me sale en rojo.

— Fali, lo cierro yo.

— Pues nada.

Se va. Y a los cuatro minutos justos, ni uno más, aparece Yoli con el bolso ya colgado del hombro y esa cara.

— Esto no te lo he dicho yo — dice.

— Pues no me lo digas.

— El día dieciséis y el diecisiete hay viaje a Antequera. Textiles Almedina, el proveedor de las sábanas. Van dos personas.

— Ya lo sé, Yoli, la reunión la he pedido yo.

— Ya. Lo que no sabes es quién es la otra persona.

Y me lo dice. Y se queda mirándome exactamente el tiempo necesario para que yo ponga la cara de que me da igual, y se va, contentísima, porque Yoli es de las que necesitan que la información llegue antes que el acontecimiento y luego se quedan tan a gusto.

Nacho no va. Nacho tiene el sábado un torneo de pádel benéfico del que lleva hablando desde agosto. Así que voy yo, y va él, cincuenta minutos de autovía de ida, una reunión, cincuenta minutos de vuelta si la reunión sale a la hora, y como en octubre en Antequera nada sale a la hora, una noche

allí, porque a las doce y con niebla esa carretera no la coge una persona en su sano juicio.

De cinco y media a siete y cuarto de la tarde escribo tres correos. El primero se lo escribo a Amalia. Le digo que igual sería más lógico que fuera ella, porque el textil de las sesenta y una sábanas históricas afecta al proyecto ejecutivo y porque Vicente la conoce del Malagueta. Lo leo entero y lo borro, y lo borro porque es mentira: Vicente no la conoce de nada, y a Amalia el textil se la trae flojísima, y la única razón de ese correo está a dos plantas de altura sobre mi cabeza.

El segundo se lo escribo a Nacho. Le digo que si quiere puede ir él y llevarse a otra persona, y que el pádel benéfico es el sábado y la reunión el viernes. Ese lo borro más rápido, porque me imagino a Nacho leyéndolo y contestando «Rocío, ¿tú te crees que yo me voy a Antequera un viernes?», y encima tendría razón.

El tercero se lo escribo a él y son tres líneas: que puedo ir sola perfectamente, que llevo negociando con ese proveedor desde 2018 por teléfono, que no hace falta que se desplace el consejero delegado a un polígono a hablar de sábanas.

Ese lo tengo escrito veintiséis minutos con el cursor parpadeando en la casilla del asunto y el asunto en blanco.

Y lo borro también, y lo borro por la peor razón de las tres, que es que si lo mando y él contesta «de acuerdo, ve tú», me voy a pasar de aquí al viernes que viene con una piedra en el

estómago, y prefiero la piedra que tengo ahora, que por lo menos es mía y sé de dónde ha salido.

A las seis y cuatro me entra un correo suyo. Lo veo aparecer arriba a la derecha y se me para todo, y lo abro, y dice:

Berrocal, ¿el gresite equivalente que propone Amalia lo has visto puesto en algún sitio o solo en muestra? Si está puesto en algún edificio de Málaga, dime cuál y voy a verlo el domingo.

Una línea y media. Cero saludo. Cero nada.

Le contesto que sí, que hay dos: una fachada en la avenida de Andalucía puesta en 2019 y un zócalo de un edificio de la Alameda que lleva desde 2021 y que ya se está viendo cómo envejece, y que el de la Alameda es el que hay que mirar porque le da el sol de tarde igual que al Zambra.

Contesta a los dos minutos: gracias. Y me paso once minutos analizando la palabra gracias como si fuera un informe pericial, y llego a la conclusión de que gracias no significa nada, y luego me paso otros cuatro minutos comprobando esa conclusión.

Le tengo que llamar a mi padre este fin de semana. Llevo dos domingos sin ir a El Molinillo y le tengo que llevar las pastillas de la tensión y el recibo del agua, y el sábado que viene ya es diecisiete y estoy en Antequera, así que va a tener que ser mañana sábado por la mañana, y eso significa levantarse a las nueve un sábado, y me da igual, porque si no

voy mañana esto se me junta con el viaje y no voy hasta el veinticinco y eso no lo pienso hacer.

Le llamo desde la mesa, con el bolso ya colgado del hombro. Descuelga al cuarto tono y con la televisión de fondo.

— Papá, que mañana voy y te llevo las pastillas.

— No hace falta, hija, que yo tengo de...

Y se calla, porque en la televisión están diciendo algo, y vuelve tres segundos después para preguntarme si a mí no me tocaba trabajar los sábados. Le digo que no. Me dice que muy bien.

— ¿Y llevas pan?

— Llevo pan.

— Pues ya está.

Apago a las siete y media. Y me quedo un minuto con las manos en el borde de la mesa, mirando la columna que tengo delante desde 2018.

Lo que me da miedo no es Antequera. Antequera son cincuenta minutos de autovía, un polígono, una nave con olor a algodón y un señor de cincuenta y siete años que se llama Vicente y que me lleva llamando Rocío desde que le compré las primeras toallas por teléfono. Antequera lo tengo dominado. Antequera lo he hecho cuarenta veces.

Me da miedo que esto se ponga bien. Porque si esto se pone mal, yo sé exactamente lo que hay que hacer: se acabó, se olvida, se trabaja, y en marzo abrimos el hotel y en abril me tomo dos semanas y me voy a Cádiz con mi padre a un

apartamento que huele a cerrado. Eso lo sé hacer. Eso lo llevo haciendo desde los diecinueve años.

Pero si esto se pone bien, no tengo ni idea de lo que hay que hacer. Eso no lo he hecho nunca.

Y luego está lo otro, que es más pequeño y me da más vergüenza: que yo he construido una vida entera en la que nadie me tiene que dar nada porque yo no pido nada, y en esa vida no hay ningún sitio previsto para un hombre que se presenta a las ocho y media de la noche en un hotel cerrado con dos bocadillos de lomo en manteca que no le ha pedido nadie.

Cojo el bolso, paso por el office a por el vaso que me dejé por la mañana y ahí sigue la máquina de café, estropeada desde febrero, con el folio pegado con celo y las mayúsculas de rotulador azul.

Alguien ha escrito debajo, con otro boli y otra letra, YA ESTÁ AVISADO OTRA VEZ.

Y debajo de eso, con un tercer boli y en minúscula, alguien ha puesto: y yo.

11

Álvaro

— Por la autovía son cincuenta minutos — dice-. Cincuenta. No cuarenta.

— He dicho cuarenta y cinco.

— Has dicho cuarenta y cinco porque conduces tú.

Salimos de Muelle Heredia a las nueve y veinte de la mañana y a los ocho kilómetros ya se ha quitado los zapatos. No lo comenta. Se los quita, los deja de pie en el hueco del suelo, sube las rodillas y se pone la carpeta encima. Yo llevo cuarenta minutos preparándome mentalmente para un viaje incómodo y la incomodidad la he traído yo solo.

Habla del proveedor durante el primer cuarto de hora. Textiles Almedina, tercera generación, nave en el polígono desde 1994, ochenta y un empleados en temporada. Le compramos sábanas, toallas y lencería de cama para los once hoteles desde antes de que Berrocal entrara en la empresa.

Vicente Almedina lleva la casa desde que se murió su padre. Contesta el teléfono él. Ese dato me lo repite dos veces.

— Contesta el teléfono él — dice-. Acuérdate de eso.

— ¿Por qué?

— Porque en una empresa de ochenta y un empleados, si el dueño coge el teléfono es porque le gusta cogerlo.

— ¿Y tú de qué le hablas cuando lo llamas?

— De su padre. De la lluvia. Del algodón, que sube y baja como el aceite. Y una vez, en 2020, estuvimos once minutos hablando de un perro que se le había perdido.

— ¿Y luego le compras?

— Luego le compro doscientas toallas y me hace un cuatro por ciento que no le hace al resto — dice-. Y esos once minutos del perro yo los tengo apuntados en la ficha del proveedor, porque a mí se me olvidan las caras pero no se me olvida un perro.

— ¿Tienes fichas de los proveedores con datos personales?

— Tengo fichas de las personas. Los proveedores son personas y les pasan cosas. En la tuya de momento solo pone que corres.

— ¿Yo tengo ficha?

— Tú tienes dos líneas.

Después de Casabermeja se calla y mira por la ventanilla. El campo de octubre está seco y amarillo y hay una torre de alta tensión cada trescientos metros. En el kilómetro cuarenta y

uno hay una gasolinera con un cartel enorme de un huevo frito y ninguno de los dos dice nada del huevo frito. Es lo más difícil de todo el viaje.

De lo del jueves ocho no hablamos. Han pasado ocho días. En esos ocho días hemos tenido dos comités de obra, cuatro llamadas de tres minutos y un correo sobre un gresite. Ella ha estado impecable. Yo también. Somos dos profesionales, y en algún momento de esta semana los dos hemos entendido que ser dos profesionales es lo mismo que ser dos cobardes con agenda compartida.

Llegamos a las diez y quince. La nave tiene la fachada de chapa color crema y un cartel de letras corpóreas al que le falta la primera A. Dentro huele a algodón crudo y a máquina caliente, y hay pasillos de estanterías de siete metros con los rollos de tela puestos de pie como columnas.

Vicente Almedina nos recibe con un café malo en vaso de plástico y le da a Berrocal dos besos.

— Rocío.

— Vicente.

— ¿Y tu padre?

— Tirando. Ya no habla del autobús.

— Ese hombre y yo llevamos veinte años sin vernos y le tengo más cariño que a mi cuñado.

Yo me siento y no me pregunta por mi abuelo. La reunión empieza bien y se estropea en el minuto veintidós y la estropeo yo. Berrocal saca la sábana. La trae en una bolsa de tela, doblada, y la extiende encima de la mesa de reuniones

con las dos manos. Lino grueso de 1974, el escudo con la guitarra y las letras HZ enlazadas.

Vicente se pone las gafas y se calla un rato largo.

— Esto lo bordó Manoli.

— ¿Manoli vive?

— Manoli tiene setenta y nueve años y vive en Villanueva. Dejó de coser para nosotros en el noventa y seis.

— ¿Y la máquina?

— La máquina la vendimos. Y aunque no la hubiéramos vendido, ese punto no lo hace la máquina. Ese punto lo hacía ella a mano y tardaba hora y veinte por pieza.

Y ahí es donde intervengo yo, y lo hago con la mejor intención del mundo.

— ¿Cuánto costaría montar eso otra vez?

— ¿Montar el qué?

— La capacidad. Si hay que comprar una máquina, se compra. Si hay que traer a dos personas a formarse con esa señora seis meses, se paga. Y el pedido completo del hotel lo necesito para

la primera semana de marzo, así que si hay que reorganizar la producción, dígame el número.

Silencio.

Vicente se quita las gafas muy despacio y las deja encima de la sábana de 1974, que es un sitio donde no se dejan unas gafas.

— Mire usted — dice-. Yo en marzo tengo el pedido de tres hoteles de Torremolinos que me lo dan todos los años desde 2008. A esa gente yo no le puedo decir que se espere porque ha venido un señor de Málaga y me ha dicho un número. Y en cuanto a Manoli, Manoli cobra una pensión de setecientos euros y va a la iglesia a bordar los manteles del altar gratis. Si usted le pone dinero delante, ella va a decir que sí, porque tiene setenta y nueve años y setecientos euros. Y a mí eso no me lo va a hacer usted en mi nave.

Y se acabó la reunión. No formalmente. Formalmente seguimos allí veinte minutos más y Vicente contesta con monosílabos y mira dos veces el reloj de la pared. Yo sé cuándo se cierra una sala. Esta sala se ha cerrado.

Miro a Berrocal. Berrocal no me mira a mí. Está doblando la sábana. La dobla bien, por las costuras, sin prisa, y cuando termina la deja en el centro de la mesa y pone las dos manos encima.

— Vicente. Dos cosas, y las digo yo, que llevo comprándote toallas desde 2018.

— Dime, hija.

— Una: nosotros no queremos ciento seis juegos bordados. Queremos sesenta y uno. Sesenta y una habitaciones de las ciento seis, las que dan a la calle. Las otras cuarenta y cinco

llevan tu lencería normal, la de siempre, la del catálogo, y esa la pides tú a producción cuando quieras y nos la traes en marzo con el resto.

— Sesenta y uno.

— Sesenta y uno. Y no los quiero en marzo. Los quiero de aquí a marzo. Uno cada dos días y medio. Si Manoli tarda hora y veinte por pieza y quiere hacer tres a la semana en su casa, con su luz y su butaca, tenemos ciento cincuenta días y nos sobran ocho.

Vicente vuelve a coger las gafas.

— Eso hay que preguntárselo a ella.

— Eso hay que preguntárselo a ella — dice Berrocal-. Y no se lo vamos a preguntar nosotros, porque nosotros no somos nadie. Se lo preguntas tú, y le dices que es para el Zambra, y le dices el número de la habitación donde ella durmió la noche

de la boda de su hermana, si es que se acuerda, porque los del setenta y cuatro se acuerdan todos.

— La 114 — dice Vicente, sin pensarlo.

Y se ríe solo, y se pone colorado, y dice que eso lo sabe por otra cosa, y no explica por qué otra cosa.

— Y dos — dice Berrocal-. En el embozo, debajo del escudo, quiero una etiqueta tejida. Pequeña. Que ponga Textiles Almedina, Antequera. En las sesenta y una.

Vicente se queda con las gafas a media altura.

— Eso no se hace.

— En un hotel no se hace. En este sí. El diecinueve de marzo va a venir la prensa local y va a haber tres periodistas y una cámara en un vestíbulo de terrazo, y a mí me van a preguntar por las sábanas, porque siempre preguntan por las sábanas. Y yo voy a decir tu apellido y el de Manoli. Y eso no te lo puedo pagar y no te lo voy a pagar. Te lo estoy ofreciendo.

Vicente tarda seis segundos.

— Yo mañana estoy en Villanueva a las once.

Salimos de la nave a la una y veinte con un preacuerdo escrito a mano en la última hoja de la libreta de la pinza de tender, y con dos rollos de muestra en el maletero que Vicente ha

cargado sin dejarme tocarlos. Arranco. Salgo del polígono. Y en la primera rotonda tengo que decirlo.

— Lo he hecho fatal.

— Sí.

— Podías haberme parado antes.

— Sí — dice-. Y no te he parado porque no se para a un consejero delegado delante de un proveedor. Se le arregla después, si se puede. Hoy se ha podido.

— ¿Y si no se hubiera podido?

— Pues hoy tendríamos sesenta y una sábanas de poliéster y una empresa de Antequera contando en toda la comarca que el nieto de Peñalver va por ahí comprando abuelas.

Me río. Me río de verdad, con el intermitente puesto, en una rotonda de un polígono industrial. Y aquí es donde se me estropea todo, y lo digo con conocimiento de causa, porque hasta este momento yo tenía un problema y a partir de este momento tengo otro.

Yo he visto a mucha gente buena trabajar. He tenido ochenta y una personas a mi cargo y contraté a cuatro que eran mejores que yo, y verlas trabajar me daba una satisfacción muy limpia y muy tranquila, la del que ha elegido bien.

Lo de hoy es otra cosa.

Esto es que hace veinte minutos una mujer de un metro sesenta y tres ha cogido una reunión muerta, la ha levantado del suelo y le ha dado a un señor de cincuenta y siete años exactamente lo que ese señor quería, que no era dinero. Y yo

le he ofrecido dinero, porque es lo único que sé sacar de la cartera. Y he tardado dos horas y un ridículo en entender que el dinero era la respuesta equivocada, y Berrocal lo sabía desde el minuto uno, y no me lo ha dicho delante de nadie.

Y encima va descalza en mi coche.

La tarde se nos va entera. Vicente llama a Villanueva a las tres y cuarto desde el despacho, con la puerta abierta, y nosotros oímos media conversación desde el pasillo de las estanterías. Habla ocho minutos. De los ocho, seis son de una operación de cadera. Cuando cuelga sale y dice que Manoli quiere ver la sábana antes de decir nada, y que mañana se la lleva en el coche, y que si Manoli dice que no lo va a decir en dos segundos y sin darle vueltas, porque Manoli es así.

Berrocal se pasa una hora midiendo rollos con el metro de Vicente y hablando en un idioma que yo no domino: gramaje, hilos por pulgada, percal, sarga, encogimiento al primer lavado. Yo la sigo por los pasillos con una libreta y me siento exactamente igual que el primer día en la pecera, con la diferencia de que aquí no hay nadie mirándome las manos.

El preacuerdo hay que pasarlo a limpio, hay que llamar a Amalia, hay que meter las fechas en el plan, y a las seis y media volvemos a la nave porque Vicente quiere enseñarnos un hilo. A las ocho y diez está oscuro. A las ocho y veinte se levanta una niebla baja en la carretera que sube del Torcal y a las ocho y media yo ya he entendido que no vamos a volver a Málaga esta noche.

Cenamos en una venta que se llama El Torcalillo, en la carretera, con manteles de papel, una televisión encendida sin sonido y un perro atado fuera que se llama Duque y al que

saluda todo el que entra. Porra, un plato de chivo, dos cervezas y pan de esos que pesan.

— Explícame lo de la etiqueta — le digo.

— No hay nada que explicar.

— Le has dado una cosa que yo no le podía dar.

— Le he dado una cosa que tú sí le podías dar y no se te ha ocurrido. Ojo, que eso es peor para ti.

Se ríe. Se ríe con la cuchara en la mano.

— Mira — dice-. Ese hombre tiene ochenta y un empleados y una nave a la que le falta una letra desde hace ocho años. ¿Tú sabes por qué le falta la letra? Porque poner la A cuesta setecientos euros y quitar y poner el andamio cuesta mil doscientos, y prefiere gastarse eso en el aguinaldo. Y ahora va a haber sesenta y una camas en el centro de Málaga con su apellido cosido en el embozo. Eso no lo puede comprar, y encima le sale gratis, y encima se lo va a contar a su madre.

— Tú a la gente la tratas como a un expediente.

— Yo a la gente la trato como a gente. Los expedientes los haces tú.

Pide flan. Se lo come entero y luego dice que no quería flan. El hotel está a cuatro kilómetros y se llama El Cerrojo, y es un edificio bajo de dos plantas con doce habitaciones, aparcamiento de camiones y una recepción con un mostrador de melamina y un señor viendo un concurso.

El señor no aparta la vista de la televisión hasta que termina la pregunta. La pregunta es de geografía y la falla el

concursante, y el señor de recepción dice el nombre correcto en voz alta antes de mirarnos.

— Buenas noches. ¿Tienen reserva?

— No.

— Mejor.

Berrocal me da un codazo en el brazo y no me atrevo a mirarla. Dos habitaciones. La siete y la ocho. Cada uno paga la suya con su tarjeta y el señor tiene que hacer dos facturas y no le hace ninguna gracia. Subimos. Pasillo estrecho, moqueta azul, ocho puertas. Yo abro la siete a la primera.

Ella mete la llave en la ocho y no gira. La saca, la vuelve a meter, la gira hacia el otro lado, la sacude. Se agacha para

mirar el bombín. Le da con la cadera. Eso se lo ha visto hacer a Marian. La puerta no se mueve.

— Está rota — dice-. Voy a bajar.

— Espera.

Lo pruebo yo. Yo tampoco. La llave entra dos tercios y se para en seco, y detrás hay algo roto que se nota en el pulgar.

Nos quedamos los dos en un pasillo de moqueta azul, a las once menos veinte de la noche, con una llave que no abre en la mano. Y no bajamos a recepción.

— Álvaro.

— Dime.

— Si bajo a recepción, ese señor tarda diez minutos en encontrar el maestro y me abre la puerta.

— Ya.

— Solo lo digo para que conste que lo sabemos los dos.

— Consta.

Abro la siete. Entra Berrocal primero. Cierro. Y no llegamos a la cama en un rato largo. Me besa antes de que yo encienda la luz. La luz no se enciende en toda la noche, y la habitación se queda con la claridad naranja de la farola del aparcamiento entrando por la persiana mal cerrada, y con eso sobra. La empujo contra la puerta con el hombro. Ella tira de mi camisa

hacia arriba, sin desabrochar nada, y se le engancha en el reloj, y sigue tirando igual hasta que se oye una costura.

— Perdón.

— Me da igual la camisa.

Le meto la mano por debajo de la falda y levanta una pierna y me la pone en la cadera, y así estamos un buen rato, contra una puerta de melamina, con su boca en mi cuello y mi mano donde llevo ocho días queriendo tenerla. Está mojada por encima de la ropa. Se ríe cuando se lo digo. Se deja de reír enseguida.

— Aquí — dice.

— ¿Aquí de pie?

— Aquí, con la mano. Y luego lo otro.

Le aparto las bragas a un lado y le meto dos dedos, y le busco el sitio con el pulgar, y se agarra al marco de la puerta con las dos manos por encima de la cabeza. No cierra los ojos. Me mira todo el rato. Es lo más obsceno que ha hecho nadie conmigo en la vida. Cuando se corre lo hace mordiéndose el antebrazo para no despertar a media Antequera y sin dejar de mirarme ni un segundo.

Luego me quita el cinturón con una mano y con la otra me empuja hacia atrás. Caemos a la cama sentados y Berrocal se queda de rodillas en el suelo entre mis piernas, y me la coge, y se la mete en la boca, y yo tengo que apoyar las dos manos

atrás en el colchón. Lo hace despacio a propósito. Levanta la cara una vez.

— ¿Estás bien?

— No.

— Pues por preguntar.

— Sigue.

Y sigue, y a los dos minutos la tengo que parar cogiéndole la cara con las dos manos, y se ríe con la boca cerrada y sube y me empuja para atrás en la cama.

El resto es esto. Ella boca abajo, de rodillas, con la cara en la almohada y las manos agarradas al cabecero, y yo detrás. Se la meto despacio la primera vez y ella dice una palabra que no repito. Después ya no es despacio. El cabecero de aglomerado da contra la pared y da bien, y a la tercera se cae un cuadro de un cortijo que había colgado encima, y se cae de canto, y hace un ruido tremendo, y ella se echa a reír con la cara en la almohada y se ríe tanto que tengo que parar.

— No te rías.

— Es que el cortijo — dice, y se le va otra vez.

— Rocío.

— Ya. Ya está. Sigue.

Sigo. Y se le va la risa a los diez segundos y ya no vuelve. La cojo por la cadera con una mano y por el hombro con la otra y

voy más fuerte, y empuja para atrás, y en el aparcamiento arranca un camión y no nos enteramos.

Y en el último momento hago una cosa que no había pensado hacer. La giro. La pongo boca arriba, me pongo encima y entro otra vez, y ahora nos vemos, y le sujeto la muñeca izquierda contra la almohada porque me la ha dado, y me clava el talón derecho en la parte de atrás del muslo. Se corre así, y esta vez no se muerde el brazo ni nada parecido. Ni se lo plantea. Si media Antequera se entera, que se entere. Es al revés que hace

media hora y no sé por qué. Yo me corro detrás, dentro, con la boca en la suya y sin llegar a besarla, y diciendo una sola cosa.

— Estoy aquí.

Se me queda mirando después, en la oscuridad naranja, con el pelo pegado a la frente.

— ¿Qué has dicho?

— Nada.

— Has dicho estoy aquí.

— Sí.

— Ya lo sé — dice-. Lo digo porque no se te ocurre decir nada más raro.

Nos quedamos tumbados de lado, mirando la persiana mal cerrada, con el cuadro del cortijo apoyado en el rodapié y una habitación con una llave rota a tres metros de distancia.

— Rocío Berrocal Cantos — digo.

— ¿Qué?

— Nada. Es la primera vez que lo digo en voz alta.

Se incorpora un poco, apoyada en el codo.

— ¿Y cómo suena?

— Suena a las nueve y media de la mañana del uno de septiembre, en una sala con doce sillas y catorce personas —

digo-. Y a esta noche. Y no sé separar una cosa de la otra.

— Álvaro Peñalver de la Riva.

— Ese soy yo.

— Ya. Es que en agosto me lo callé y llevo dos meses con eso atravesado y no te haces una idea.

Le pregunto por la cicatriz. Tiene una raya blanca de tres centímetros en la espinilla izquierda y se le ve con la luz de la farola.

— Una moto — dice.

— ¿Tuya?

— No.

Y no dice más, y yo no pregunto más, y eso también es algo. Se duerme a las tres y veinte con la mano abierta encima de mi esternón, y pesa más de lo que debería pesar una mano. Le subo la sábana hasta el hombro y le tapo la pierna izquierda, la de la cicatriz. Fuera, en la nacional, pasa un camión cada cuatro minutos.

Mañana hay que volver.

12

Rocío

El lunes amanece nublado por primera vez desde mayo, y en la sexta planta no se habla de otra cosa, porque en esta ciudad una nube en octubre es una noticia y catorce personas de comercial mirando por la ventana del lado del puerto son, técnicamente, una reunión.

— Va a llover — dice Inma Requena desde la puerta del office, con el móvil en alto.

— No va a llover — dice Marian, que ha subido a traer unas fichas de gobernanta y se ha quedado a opinar-. Eso es calima haciendo el tonto. Ea. Ya está.

Me giro entera en la silla, que es lo que tienes que hacer cuando llevas ocho años trabajando de espaldas a la gente y de cara a una columna, y compruebo que efectivamente no va a llover y que a Marian se le ha descosido el bajo de la bata azul por tercera vez este mes. No lo comenta. Saca algo del bolsillo delantero, se agacha, engancha la tela por dentro y se levanta

con la cara de quien acaba de resolver un problema de ingeniería.

— Ya no se cae — dice, y se va sin esperar respuesta.

Yo tengo cuarenta y un correos sin abrir y uno de ellos es de una señora de Móstoles que celebró la boda de su hija en el Peñalver Nerja en junio y que escribe ahora, en octubre, para decir que en las fotos se ve una silla de plástico al fondo del jardín y que eso le ha estropeado el recuerdo. Cuatro folios. Con fotografías señalizadas con círculos rojos. Le voy a contestar y le voy a arreglar el recuerdo, porque para eso estoy, y me va a costar veinte minutos que nadie va a saber que he empleado.

A las diez y veinte Yoli aparece por mi izquierda con dos cafés de la máquina de la esquina, porque la nuestra sigue estropeada desde febrero, y se sienta en el borde de mi mesa, que para Yoli es una silla más de las que hay en esta planta.

— A ti te lo digo y ya está — dice-. Administración ha pedido los justificantes del viaje de Antequera.

— Se llaman facturas y las pide siempre.

— Las pide siempre en enero. Estamos en octubre.

Le doy un sorbo al café y me quemo. Llevo ganando tiempo así desde los diecinueve años. En Antequera hubo dos habitaciones reservadas, dos habitaciones facturadas y dos desayunos servidos, uno de los cuales se subió a la habitación equivocada por culpa de una llave que no abría, y todo eso está

escrito en un papel que ahora mismo está encima de la mesa de alguien que se aburre.

— Que las pidan — digo.

— Eso digo yo.

— Y que pidan también las de septiembre, que hay tres del Cabo Roldán que no cuadran y llevo un mes detrás.

Yoli me mira dos segundos de más. Luego se lleva su café y se va, y yo me quedo delante de la pantalla con la sensación de que acabo de contestar demasiado rápido a una pregunta que nadie me había hecho.

A las doce y treinta y ocho baja Álvaro. No baja a mi mesa; eso no ha pasado nunca y no va a pasar. Baja al pasillo de la pecera, se para delante de la persiana torcida, la mira con la cara del que ha recibido una ofensa, y dice en voz alta, al pasillo, que hay que estar en el Zambra a la una.

Somos cuatro los que vamos. Al final somos dos, porque Amalia Rus llama para avisar de que viene directa desde otra obra y Fali tiene turno de noche y a esta hora está durmiendo con las persianas bajadas en casa de su madre.

Salimos del edificio de Muelle Heredia a la una menos siete. Del portal al Zambra hay siete minutos andando y me los sé de memoria: la cuesta corta hasta la Alameda, el semáforo largo, el trozo de acera levantada delante del quiosco, y

después el Soho, que a esa hora huele a menú del día y a pintura plástica.

— Tenemos que hablar de cómo se hace esto — dice Álvaro en el semáforo.

— ¿Esto es lo del gresite o esto es lo otro?

— Lo otro.

— Pues habla bajo, que en esta ciudad hay quinientos mil habitantes y me conocen doscientos.

Y aquí empieza una conversación que dura seis minutos y medio y que si alguien la hubiera grabado no habría entendido nada, porque las dos personas que la mantienen van andando deprisa, no se miran, dicen las frases por la mitad y se contradicen a sí mismas antes de terminar de decirlas.

Empieza él. Dice que nadie tiene que saberlo. Digo que eso no es una norma, que eso es una obviedad, y que las obviedades no hace falta pactarlas. Dice que Elvira Quesada tiene un código de conducta de veintiuna páginas y que la obviedad ocupa la cuatro entera. Le digo que me he leído las veintiuna páginas. No le digo que me las leí el domingo siguiente por la tarde, en el sofá, con el portátil encima de las rodillas y una

infusión al lado, ni le digo que subrayé un párrafo con el dedo en la pantalla como una idiota.

— Nada dentro del edificio — dice.

— De acuerdo.

— Y nada en horario de oficina.

— ¿Y qué es horario de oficina para ti, que entras a las siete y media y el viernes contestaste un correo a la una y cuarto de la madrugada?

Se calla. Cruzamos el semáforo largo con el hombre verde ya parpadeando y la moto de siempre pisando la línea. Se está guardando una respuesta buena y se le nota en la boca, y no me da rabia. Me da rabia después, en la acera de enfrente. A mí las cosas me dan siempre con retraso y andando.

— De ocho a siete — dice al final.

— Eso son once horas.

— Es una empresa, Rocío, no un club de lectura.

— Es una empresa donde el horario lo pones tú. Es como ponerte a dieta y bajar tú mismo a por el pan.

En la esquina de la Alameda hay un quiosco de bebidas que lleva ahí desde antes que yo, con cuatro taburetes y una máquina de café que sí funciona, y como llevamos desde las ocho sin sentarnos, paramos treinta segundos. Pido un café solo. Álvaro pide una botella de agua pequeña y, sin pensarlo,

sin ni siquiera mirarme, saca la tarjeta y la deja encima del mostrador para pagar las dos cosas.

Dos euros cuarenta.

Me quito el pendiente de la oreja derecha y me lo guardo en el bolsillo del pantalón antes de hablar, porque necesito exactamente los dos segundos que se tarda en hacer eso.

— Quita eso — digo.

— Son dos euros cuarenta.

— Ya sé lo que son.

— Rocío.

— Cada uno paga lo suyo — digo-. De todo lo que llevas dicho desde el semáforo, esta es la única que me importa de verdad. Todo. Los cafés, las cenas, la gasolina, el taxi, la entrada del cine si algún día vamos al cine, que no vamos a ir. Yo pago lo mío. Siempre. Y no hay excepción ni por cumpleaños ni porque un día me haya dejado la cartera en casa, porque el día que me la deje en casa me vuelvo andando y no pasa nada.

Álvaro guarda la tarjeta y saca un billete de cinco. Durante un segundo y medio me lo imagino soltando alguna cosa razonable de esas suyas sobre lo absurdo que es dividir dos euros cuarenta entre dos personas adultas. Luego pide dos

tíquets separados. Y lo peor, o lo mejor, todavía no lo tengo claro, es que no me pregunta por qué.

— Hecho — dice.

— No me lo discutas nunca.

— No te lo he discutido.

— Me lo ibas a discutir.

— Sí — dice-. Pero no te lo he discutido.

Quedan tres minutos de calle. En esos tres minutos caben otras cuatro cosas dichas en desorden: que no nos escribimos nada que no podamos leer en voz alta delante de un juez, que en el trabajo yo le llamo Álvaro como todo el mundo y él me llama Berrocal como me ha llamado desde el primer día, que si alguien pregunta se contesta la verdad y la verdad es que trabajamos juntos, y que Yoli no lo va a saber. Esa última la digo yo y me sale mal, me sale con un tono raro, y la repito peor.

— Yoli no lo va a saber — digo-. No porque no me fíe. Porque no quiero que tenga que mentir por mí en una comida.

— De acuerdo.

— Y no me digas de acuerdo con ese tono de reunión, que parece que te da lo mismo.

— No me da lo mismo — dice-. Es que estoy de acuerdo.

Y ahí, a treinta metros de la puerta del hotel, la conversación se rompe por dentro sin que ninguno de los dos lo diga. Él suelta que esto no puede afectar al proyecto bajo ningún concepto, y yo contesto que el proyecto es lo único que hay, y

los dos nos oímos, y los dos entendemos a la vez que acabamos de decir justo lo contrario de lo que queríamos decir. O casi. Casi lo contrario.

— Se acaba cuando lo diga cualquiera de los dos — añado ya en el portal-. Sin explicaciones y sin conversación de dos horas.

— Eso lo he propuesto yo hace cuatro minutos y me has dicho que era de película.

— Y lo es. Y me parece bien igual.

Marian nos abre, porque Marian tiene llave desde hace siete años y en esta empresa se les ha olvidado a todos. Deja el juego pequeño encima del mostrador de recepción, avisa de que la piscina de la azotea hay que vaciarla antes de noviembre o se convierte en un criadero, y se va corriendo a los otros dos hoteles que le tocan hoy.

Y a la una y cuarto, con el Zambra vacío y Amalia Rus todavía a veinte minutos, subimos por la escalera de servicio a mirar unas humedades de la segunda planta que no llegamos a mirar.

Cuatro minutos. En el rellano de la primera, con la espalda contra el pasamanos frío y una claraboya de los años sesenta filtrando una luz de color sopa. Le muerdo el labio de abajo y me dice algo contra la boca que no llego a entender y que no le pido que repita. Tiene las manos por debajo de la camisa y yo tengo las mías en su cinturón, y no pasa de ahí porque abajo suena la puerta de la calle y la voz de Curro Salcedo

explicándole a alguien que el andamio va por la fachada de atrás.

Bajamos por separado, con quince segundos de diferencia, como si eso engañara a alguien.

La una y diecinueve de un lunes. Horario de oficina.

Amalia Rus llega a la una y media con los planos de 1968 escaneados y una lista de cuarenta y una patologías ordenadas por gravedad, y nos pasamos dos horas y media midiendo el forjado del salón y discutiendo si el terrazo de las dos flores se levanta o se conserva. Curro Salcedo dice que se levanta. Yo digo que ese suelo lo pisaron los abuelos de media Málaga y que si se levanta ya podemos abrir el hotel con otro nombre. Se hace un silencio corto. Curro Salcedo se rasca la nuca y dice que bueno, que se puede pulir. Álvaro no dice nada en toda la discusión y no me mira ni una vez, y yo no le miro ni una vez, y a las cuatro y diez, cuando volvemos andando cada uno por una acera distinta como dos espías de pueblo, descubro tres notas apuntadas en el cuaderno con una letra que no es la mía.

A las cinco y veinte vuelve Marian de sus dos hoteles, sube a la sexta a dejar los partes y se sienta en la silla vacía de al lado de mi mesa sin pedir permiso. En esta planta eso lo hacen dos personas y las dos han pasado de los cincuenta. Trae los partes de gobernanta del Malagueta y del Nerja, y trae también una lista suya, escrita a mano en el reverso de un albarán, de todo lo que hay que comprar para el Zambra y que nadie ha presupuestado todavía.

— Toallas de rizo del cuatrocientos, no del trescientos — dice-. Y las alfombrillas de baño con el borde cosido, que las

de borde pegado duran tres lavados y luego parecen un tapete de abuela.

— Esto no lo tengo que comprar yo, Marian.

— Ya. Pero lo vas a comprar tú.

Tiene razón y las dos lo sabemos, y me guardo el albarán en el cuaderno con una goma. Cuando se levanta para irse le miro el bajo de la bata, que sigue enganchado por dentro y que va a seguir así hasta que se rompa la bata entera.

Después contesto a la señora de la silla de plástico. Le ofrezco dos noches en el Nerja para el aniversario de su hija y le pido las fotos originales sin los círculos rojos, porque quiero ver el jardín. Me contesta a los once minutos dándome las gracias y llamándome por mi nombre. Lo imprimo. No sé para qué lo imprimo.

Y por la noche, en la cama, con la ventana abierta porque al final no ha llovido ni ha hecho nada y en la terraza la higuera del vecino sigue tirando hojas con un mes de retraso, me pongo a repasar las normas y me salen seis, o siete si cuento la del café, o cinco si quito las dos que nos hemos saltado antes de comer, y me duermo intentando acordarme de cuál dijo él y cuál dije yo, y de si en algún momento de esos siete minutos alguno de los dos ha dicho en voz alta la palabra que habría que decir para que una cosa así necesite normas.

13

Álvaro

Llueve. Llueve de verdad, con agua corriendo por la calzada y con la gente metida en los portales, y la ciudad se comporta como se comporta siempre que cae agua: dos coches cruzados a la salida del túnel y todo el mundo con cara de sorpresa. Mi abuela come a las dos y yo llego a las doce. Es un error que llevo cometiendo treinta años y que ella no me perdona del todo ninguna vez. Me abre la puerta con el mandil puesto. Lo primero que mira son los zapatos.

— Has venido andando.

— Son cinco minutos.

— Son cinco minutos con sol. Hoy son cinco minutos de tonto — dice, y se aparta para dejarme entrar-. Deja eso ahí y no me pises la galería.

Mi abuela tiene ochenta y un años y una casa que huele a lo que huelen las casas donde alguien plancha todavía. No la he visto sentarse quieta nunca, ni de niño ni ahora. En la galería hay veintitantas macetas y un cubo debajo de la esquina de la

derecha, y el cubo va por la mitad. Miro el techo y hay una mancha nueva. Tiene forma de provincia y no sabría decir de cuál.

— El canalón está atascado — digo.

— El canalón lleva atascado desde el jueves.

— ¿Y por qué no me has llamado?

— Porque tú tienes una empresa con novecientas cuarenta personas dentro y yo tengo un cubo.

La escalera sigue en el cuarto de la caldera y pesa exactamente lo que pesaba en 1994. Salgo al patio con el chubasquero amarillo de mi abuelo, que le habría venido bien a un hombre de metro setenta y a mí me llega por encima del codo. Tardo veinte minutos largos. Del canalón salen hojas, un trozo de plástico verde y una pelota de goma que no es de esta casa. Mi abuela dirige la operación desde abajo con un paraguas y con una autoridad que no admite conversación.

— Más a la izquierda.

— Estoy en la izquierda.

— En mi izquierda, malaje.

Bajo calado y con las manos negras. Ella ya tiene puesta la mesa camilla con dos cafés y una caja de zapatos encima. La caja es lo que llevaba esperando toda la mañana; lo sé porque la ha puesto en el centro, y en esta casa lo que se pone en el

centro es lo que importa. Me siento. Me quedo mirando la tapa como el que sabe que le van a cobrar algo.

— Siéntate bien y no me toques nada con las manos húmedas.

Dentro hay fotografías. No están en álbumes ni en fundas de plástico: están sueltas, mezcladas, con los bordes blancos y las esquinas dobladas de tanto pasar por encima. Las va sacando de tres en tres, con un orden que solo existe en su cabeza. La primera que me pone delante es del Zambra el día que abrió, con el gresite recién puesto y una cinta cruzando la puerta. Hay veinte personas en la acera y no sonríe ninguna. Era 1968 y en 1968 no se sonreía en las fotos.

— Este es tu abuelo.

Antonio Peñalver Gámez tiene cuarenta años en esa foto y un cigarro en la mano izquierda. Está de pie, un poco separado del grupo, con la barbilla levantada. No mira a la cámara. Mira su propia fachada.

— Tu abuelo fue a pedir el dinero para ese solar a tres sitios — dice mi abuela-, en dos le dijeron que no y en el tercero le dijeron que sí porque el que estaba detrás de la mesa había ido al colegio con él. Así se hacían las cosas. Y no me mires con esa cara, que ahora se hacen igual pero con más papeles y con más gente delante.

Voy pasando fotos despacio para que dure. Hay una que no me esperaba y que me quedo mirando más de lo que debería. Es un niño de siete u ocho años sentado en el mostrador de recepción del Zambra, con pantalón corto y con las piernas colgando, sujetando un llavero enorme con las dos manos. Detrás hay un recepcionista de chaqueta blanca que le está

diciendo algo. El niño no mira a la cámara. Está muy serio y está muy a gusto, que son dos cosas que no suelen ir juntas.

— Ese es tu padre — dice mi abuela-. Ahí tendría ocho años. Se pasaba las tardes enteras en la recepción dando las llaves y no había manera de subirlo a casa. Luego creció y se le quitó.

— ¿Se le quitó?

— Se le quitó todo, hijo. Menos el despacho.

Y sigue sacando fotos de tres en tres, y no dice nada más de eso, y yo tampoco pregunto. La piscina de la azotea con un trampolín que hoy no pasaría ninguna inspección. Un autobús de ingleses aparcado en doble fila en la calle del Cuartelillo. Y una mujer de veinticuatro años con un vestido de rayas y una carpeta debajo del brazo, plantada en mitad de la recepción, dando una orden a alguien que se ha quedado fuera del encuadre.

— Aquí llevabas tú la recepción — digo.

— Aquí lo llevaba yo todo. Tu abuelo compraba y yo hacía que funcionase. Él firmaba y yo me quedaba hasta las tres de la mañana cuadrando el libro de caja con un lápiz. Y en la escritura él va el primero y yo voy la segunda, porque en el sesenta y ocho las mujeres íbamos las segundas.

Se calla y bebe café. No lo dice con pena ni con rencor ni con ninguna de las cosas que dirían otras personas de ochenta y un años. Lo dice como quien lee en voz alta la temperatura del agua.

Y a mí se me viene encima, sin pedirme permiso, una sala de reuniones con la persiana torcida. Rocío Berrocal Cantos de pie al fondo, porque no quedaban sillas, contestando quince

preguntas seguidas sobre un hotel que conoce mejor que los ocho que estábamos sentados. No digo nada de eso. Cojo otra foto y pregunto por un hombre con gafas de pasta.

— Ese es el de Vélez que puso el gresite. Se murió el año pasado con noventa y cuatro años y hasta los ochenta subía él solo al andamio. Ahora no hay quien te haga eso. Amalia Rus me dijo que hay que encargarlo a Italia.

— A Italia no. A Castellón.

— Peor me lo pones.

El móvil vibra encima del hule. Es mi primo. Contesto porque si no contesto llama cuatro veces, y porque mi primo trabaja

los sábados exactamente igual que yo y luego lo cuenta el lunes. Ahí está la diferencia entre nosotros dos.

— Primo — dice-. ¿Tú sabes que Cañaveral ha pedido revisión de precios de la fachada?

— Me lo dijo Curro el jueves.

— ¿Y?

— Y todavía no hay número.

— Cuando haya número me lo pasas antes que al comité.

— Te lo paso a la vez que al comité.

Silencio de tres segundos. Al otro lado se oye una televisión y un niño. Mi primo tiene dos hijas y las lleva a baloncesto los sábados por la mañana, y eso también lo cuenta el lunes.

— Estás en casa de la abuela — dice.

— Sí.

— Se te oye la galería. Dale un beso y dile que la semana que viene subo yo.

Cuelgo y mi abuela no pregunta quién era, porque lo ha oído todo, porque oye lo que le interesa con una precisión que no tiene para nada más. Se levanta a mirar el puchero. Lleva

desde las nueve de la mañana con una olla puesta para dos personas, y de las dos personas una come como un pájaro.

— Nacho tiene razón en lo de la fachada — dice desde la cocina.

— Ya lo sé.

— Nacho tiene razón en muchas cosas y se le nota demasiado. Ese es su problema y no es pequeño.

— ¿Y cuál es el mío?

— El tuyo lo sabes tú — dice, y golpea la tapa dos veces contra el borde de la olla. Así es como da por terminado un tema.

Vuelve, se sienta y me pregunta si mi primo está enfadado. Le digo que no. Me dice que sí. Le digo que llevamos dos meses trabajando bien y que en los comités nos entendemos. Y ella me contesta que en esta familia nadie ha dicho nunca en voz alta que está enfadado y que todos lo hemos estado siempre, y que eso también sale más caro de lo que parece.

Debajo de las fotos hay un sobre grande, marrón, atado con una goma que se ha quedado pegada al papel. Lo saca y lo deja delante de mí sin darle ninguna importancia. Dentro no hay nada suyo. Son papeles del colegio de la sierra: notas trimestrales, dos autorizaciones firmadas por mi padre y una hoja de gastos de uniforme con el desglose a mano.

— Esto lo guardaba tu padre y me lo dio tu madre cuando vaciaron el despacho — dice-. Yo no tiro papeles. Los papeles no molestan.

En el cajón de arriba de mi mesa, en la séptima planta, hay otro sobre. Es más pequeño y es blanco. Lleva mi nombre

escrito a mano y sigue cerrado desde hace veintidós años. No lo sabe nadie y hoy no toca.

— Me llevaste tú — digo.

— Te llevé yo, sí.

— Con doce.

— Con doce y tres meses. Tu padre tenía una reunión en Sevilla y tu madre estaba con lo suyo. Fuimos en el coche y tú no abriste la boca en hora y media. Y cuando llegamos al aparcamiento me diste la mano y me dijiste que no hacía falta que subiera. Doce años tenías. Que no hacía falta que subiera.

Doblo la hoja de los uniformes y la meto otra vez en el sobre grande. Fuera sigue lloviendo con ganas y por el patio se oye el canalón haciendo su trabajo. Es un ruido bueno y me lo he ganado. Le pregunto por la rodilla. Me contesta que la rodilla está donde estaba. Le pregunto si ha ido al médico y me contesta con una pregunta sobre el hotel. Así es como me cuelga el teléfono sin levantarse de la silla.

— ¿Vamos a llegar? — dice.

— Vamos a llegar.

— El diecinueve de marzo.

— El diecinueve de marzo.

— Pues no me lo digas dos veces. Cuando la gente repite las cosas es que no está segura.

Comemos a las dos y diez. El puchero está bueno y se lo digo, y me contesta que claro que está bueno. Le cuento lo del gresite y lo del terrazo de las dos flores, que hay quien quiere

levantarlo y quien dice que se puede pulir. Le cuento que Ignacio Peñalver Salas ha pedido dos veces por escrito que aplacemos la apertura a junio, con argumentos buenos, porque mi primo tiene la costumbre insoportable de tener argumentos buenos. Mi abuela escucha todo eso mirando por la ventana de la galería, con el tenedor parado en el aire.

— ¿Y quién lo está haciendo? — pregunta.

— ¿El qué?

— El hotel. Quién lo está haciendo. No quién lo firma.

Tardo lo justo en contestar. Un segundo y medio, dos como mucho. Y en un segundo y medio a mi abuela le sobra tiempo para girar la cabeza y dejar el tenedor en el plato.

— Hay una coordinadora de calidad que lleva siete años con un cuaderno — digo.

— Ah.

— Se llama Berrocal.

— Ah — repite, y sonríe con media boca, y no es una sonrisa buena-. Berrocal. ¿Y Berrocal tiene nombre de pila, o en tu empresa os llamáis por el apellido como en el internado?

— En el internado me llamaban por los dos.

— Peñalver de la Riva — dice-. Dos apellidos de una casa y media familia. Tu padre se casó con una prima segunda mía y

en esta mesa eso no se ha dicho nunca en voz alta, así que ya lo he dicho yo.

— ¿Y a qué viene eso ahora?

— A que tengo ochenta y uno.

Me levanto a llevar los platos al fregadero porque me apetece muchísimo llevar los platos al fregadero. En esta casa el agua sale fría un rato largo antes de decidirse. Friego los dos platos, la olla no, la olla no me deja. Cuando vuelvo, la caja de zapatos está cerrada y ella tiene las dos manos encima de la tapa.

— Varo.

— Dime.

— ¿Quién es la chica?

— No hay ninguna chica.

Carmela de la Riva se limpia las manos en el mandil aunque no las tiene sucias. Aparta la caja hacia un lado, despacio, y se acomoda en la silla como quien se prepara para estar un rato. Tarda en contestarme lo que tarda en ponerse cómoda, y en su caso eso es mucho tiempo.

— Un anillo de pedida costaba nueve mil pesetas en el sesenta y cinco — dice-. Tu abuelo lo pagó en veinticuatro meses. Yo lo supe desde el primero y me callé los veinticuatro. Cuando sepas lo que te cuesta a ti una cosa, vienes y me la cuentas.

14

Rocío

Entre el diecinueve de octubre y el dieciocho de diciembre hay sesenta días. En esos sesenta días la obra baja de cuarenta y una patologías a doce y aparece detrás del falso techo del salón una bóveda de ladrillo que llevaba tapada desde el sesenta y ocho, y Amalia Rus manda un correo a las once de la noche con doce fotos y un signo de exclamación, y un signo de exclamación en una arquitecta técnica es un grito en mitad de la calle. En esos mismos sesenta días nos hemos visto cinco veces fuera de la oficina, y las tengo contadas porque yo cuento todo, y porque cuando una cosa cabe en los dedos de una mano lo que haces no es contarla, es vigilarla.

Cinco.

Una en mi casa, con él bajando los tres pisos a las dos y media y la vecina del primero abriendo la mirilla justo cuando pasaba. Una en Antequera, un domingo, con una excusa de trabajo que no nos creímos ni nosotros. Una de once minutos de pie en un rellano que he decidido no contar. Y dos en un

coche aparcado en una calle de Huelin que no lleva a ningún sitio y que precisamente por eso es una calle perfecta.

La segunda de Huelin fue el veintiséis de noviembre, y de la hora y cuarenta que duró nos pasamos sesenta y cinco minutos discutiendo por nueve plazas de aparcamiento del Peñalver Nerja, asunto sobre el que ninguno de los dos tiene la menor competencia.

— Tú discutes conmigo mejor que nadie de esta empresa — me dijo, con el asiento echado hacia atrás y las rodillas contra la guantera.

— Es que en esta empresa no discute contigo nadie.

— Ya. Por eso.

Y después nos quedamos callados los dos, con el cristal empañándose por dentro, y en algún momento me dijo, mirando al parabrisas y no a mí, que llevaba años sin dormir del tirón y que la única noche entera que había dormido en mucho tiempo fue en un hotel de carretera de Antequera con una llave rota, y que no me lo contaba para nada, que era un dato.

Yo tampoco le contesté nada. Le contesté con la boca pequeña, que es otra manera de no contestar: le dije que los hoteles de carretera tienen mejores colchones que los de cuatro estrellas porque los cambian antes, y él dijo que ya, y ninguno de los dos hizo el menor esfuerzo por seguir hablando de colchones.

Las nueve plazas siguen ahí.

La comida de Navidad del Grupo Peñalver es el viernes dieciocho de diciembre a las dos y media en el salón del

Peñalver Malagueta. Somos ciento cuarenta en una sala hecha para ciento veinte. Y hay un solo ascensor funcionando, porque la reforma del otro se aprobó en septiembre y vive dentro de un cajón, así que hay cola de ascensor en un hotel de cuatro estrellas y un señor de mantenimiento de Nerja explicándole a todo el que pasa, con una paciencia que no le ha pedido nadie, que eso él lo arregla en dos días con una pieza de cuarenta euros.

Yo llego a las dos y veinticinco porque he estado hasta las dos menos cuarto contestando la última queja del año desde una silla que desde noviembre se vence a la derecha si no le pongo debajo el cartón: un señor que pide la devolución de dos noches porque el mar hacía ruido. Esa la he guardado en una carpeta que se llama diciembre y que se llama otra cosa.

Mesa once, la del fondo contra la ventana del patio de servicio. Yoli a mi derecha, Inma Requena enfrente, Fali de espaldas al salón, Marian en la esquina, dos de sistemas que no hablan y el chico nuevo de compras, cuyo nombre llevo dos meses sin conseguir retener. La presidencia está en el otro extremo, en diagonal, y entre una punta y la otra hay nueve metros de mesas, sillas y camareros; los he contado con los pies al ir a por el pan, que es la clase de cosa que hago cuando estoy nerviosa.

En la presidencia están Álvaro, doña Carmela, Nacho, Elvira Quesada, los directores de los cuatro hoteles grandes y un señor del banco sin presentar que va a comerse tres platos en silencio. Doña Carmela lleva un broche que pesa más que ella y su propio cojín de casa, y a los diez minutos ya ha dicho, en

un volumen que llega hasta la mesa siete, lo que tenía que decir.

— En el ochenta y cuatro una comida de empresa salía a seiscientas pesetas el cubierto y con langostinos — dice-. Y langostinos de verdad, no esto.

— Están congelados — dice Marian, muy digna, con uno cogido por la cabeza.

— Están congelados y descongelados — dice Inma-. Que es distinto.

— Y vueltos a enfriar en la cámara. Fíjate tú.

Somos una empresa de hoteles comiendo dentro de uno de nuestros hoteles, con lo cual esto es menos una comida que una inspección con mantel.

A las cuatro y diez Nacho coge el micrófono. El discurso dura once minutos y es, técnicamente, una obra maestra: da las gracias por un año difícil, recuerda que hace cuatro años, cuando faltó su tío, alguien tuvo que ponerse al frente de la casa sin que se lo pidieran, hace una pausa que ha ensayado en el coche, y remata con una frase que en esta empresa se va a seguir repitiendo en julio.

— Por el que ha venido a poner orden en lo que algunos llevábamos cuatro años sujetando con las dos manos — dice, con la copa en alto y mirando a la presidencia.

Aplauso de comida de empresa, que en esta casa dura doce segundos y se hace mirando de reojo para ver quién ha

empezado a parar, mientras doña Carmela, que no aplaude jamás, se dedica al flan con una concentración de relojero.

Álvaro dice ocho frases. Las cuento porque yo cuento todo, y porque a nueve metros de distancia y sin poder mirar a alguien lo único que queda por hacer es contarle las frases. Da las gracias, dice tres cifras, dice que el Zambra abre el diecinueve de marzo y que va a abrir bien, dice que quien quiera pedirle algo puede subir a la séptima sin cita porque en la antesala no hay quien lo impida, y se sienta. Ningún chiste. Desde la mesa once alguien murmura que este hombre no sabe hablar en público, y yo me miro las manos.

Después coge el micrófono Elvira Quesada y empieza la parte larga, la de los agradecimientos, la parte en la que hay que tener la cara puesta toda la hora.

— Antes de pasar al momento lúdico — dice-, un aplauso para los equipos que este año han remado todos en la misma dirección.

Y va nombrando departamentos con el papel en la mano. Reservas, comercial, mantenimiento, recepción del Malagueta, gobernanta y pisos, y ahí Marian levanta la copa sin levantarse de la silla, como una reina saludando desde un balcón. Compras, sistemas y administración. Y en administración, sin levantar la vista del papel, dice: «y a Rocío, que nos aguanta a todos».

Aplauden. Yo aplaudo también, porque cuando te aplauden hay que aplaudir y porque una de las primeras cosas que

aprendí aquí es que la cara que se te queda dura menos si estás haciendo algo con las manos.

— Tú no eres de administración — dice Yoli a mi lado, la única de la mesa que no aplaude.

— Ya.

— Es que no lo eres.

— Ya, Yoli.

El amigo invisible del Grupo Peñalver es solo para los cuarenta de la sede, con un tope de veinte euros y con una norma que puso alguien hace nueve años: el que recibe tiene que adivinar en voz alta y delante de todos quién se lo ha dado. Este año Elvira metió en el bombo al consejero delegado, y el bombo, que es un cubo de plástico de la cocina, quiso lo que quiso.

Me tocó él. He tenido siete días para pensarlo y al final compré lo primero que vi. Mentira. Estuve una hora y cuarto de pie en una tienda de la calle Carretería descartando cosas que decían demasiado.

Le compré una linterna.

Una linterna de obra, de metal, con la luz regulable y una correa para la muñeca. Diecisiete euros con noventa. La envolví mal a propósito, con papel de rayas y con demasiado celo, para que se pareciera lo más posible al regalo de cualquiera de los otros treinta y nueve. Cuando le llega el turno, Álvaro rompe el papel como rompe el papel un hombre que no recibe regalos desde hace mucho tiempo, es decir por

una esquina y con cuidado, igual que si dentro hubiera un documento que hay que firmar antes del martes.

Saca la linterna. La mira. Y se queda tres segundos largos sin decir absolutamente nada, con ciento cuarenta personas mirándole y con una linterna de diecisiete euros con noventa en la mano.

— Tienes que adivinar quién ha sido — dice Elvira por el micrófono.

— No tengo ni idea.

— ¡Eso es de mantenimiento! — grita alguien desde la mesa cuatro, y el salón entero se ríe.

— Primo, yo creo que te están mandando un mensaje — dice Nacho sin micrófono, y se ríe la presidencia, y la presidencia se ríe peor que nadie.

Y entonces me toca levantar la mano y decir que he sido yo. Ciento cuarenta personas hacen ese ruido de instituto que hace la gente cuando alguien confiesa algo delante de todo el mundo. Y me oigo explicar en voz alta, con una naturalidad que no siento por ninguna parte, que en el inventario del Zambra nos pasamos dos horas alumbrando un pasillo con la linterna de un móvil y que a la tercera planta hay que volver otra vez.

Se ríen de verdad, porque media sala ha alumbrado alguna vez algo con el móvil dentro de un hotel a oscuras, y los chistes de casa siempre funcionan.

Álvaro pulsa el botón, la enciende y la apunta al techo del salón, donde hay una lámpara de mil bombillas y donde el haz de una linterna no se ve absolutamente nada, y la deja

encendida cuatro o cinco segundos apuntando a una cosa que no existe.

— Gracias, Berrocal — dice, y se sienta.

Y yo, que llevo toda la tarde sin mirar hacia la presidencia, miro hacia la presidencia. Y hay una persona que no está mirando la linterna. Elvira tiene el micrófono apagado en una mano y el bolígrafo en la otra y me está mirando a mí, y lleva mirándome los cuatro o cinco segundos enteros que ha durado el haz de luz apuntando a una lámpara encendida. Baja la cabeza. Escribe dos renglones en la libreta de anillas y la cierra con la goma.

Son dos segundos dentro de una comida de ciento cuarenta personas, y me los llevo a casa metidos en el bolso.

Doña Carmela se marcha a las cinco y diez, antes de los cafés y del lío, con Nacho llevándola del brazo y el cojín debajo del otro. Al pasar por la mesa once se para y nos mira a los ocho, y dice, a la mesa entera, que este salón se hizo en el setenta y nueve para bodas y que las bodas se acabaron el año que pusieron la carretera nueva. Y se va sin esperar respuesta, costumbre de familia.

De cinco y media a siete pasa lo que pasa en todas las comidas de empresa a partir de cierta hora, y en la puerta del salón hay un grupo del Cabo Roldán cantando una cosa en la que no consiguen ponerse de acuerdo ni en la letra ni en el tono.

Fali se ha bebido lo que se bebe un chico de veinticuatro años que ha dormido cuatro horas y ha entrado a la comida desde el turno de noche. Me está contando una habitación que bloqueó mal en el Nerja cuando se queda mirando fijamente un punto

de la pared del fondo, y vuelve al rato hablando de otra cosa, sin enterarse de que ha cambiado de tema.

A Álvaro lo veo seis veces en toda la tarde y en ninguna de las seis nos miramos. Le veo escuchar nueve minutos seguidos a un director de hotel sin mirar el reloj ni una vez, cosa que yo no sería capaz de hacer ni cobrando. Y le veo decirle que no a alguien y quedarse con la cara tranquila del que ha dicho que no bien y sin adornos.

A las siete menos veinte se acaba de golpe, como se acaban siempre estas cosas. Ciento cuarenta personas bajan por un ascensor y dos escaleras, y en cuatro minutos el salón se queda con cuarenta sillas descolocadas y un camarero apilando platos a una velocidad que da miedo.

El aparcamiento del Malagueta está en el primer sótano y huele a goma y a humedad de cochera. Yo tengo el coche en la fila del fondo y Álvaro el suyo tres plazas más allá, y ahí estamos los dos, con las llaves en la mano, y no pasa nada de nada: no nos tocamos, no nos acercamos, no bajamos la voz. Él dice que el lunes hay que decidir lo del terrazo y yo digo que el lunes le paso el informe de Amalia Rus. Él dice que la linterna es muy buena. Yo digo que es la que usan los de la obra.

— Que descanses — dice.

— Igualmente.

Cuatro horas y media a nueve metros de sala, con una señora de ochenta y un años que no aplaude ni cuando le sacan la tarta, para acabar en un sótano que huele a goma, con dos plazas de aparcamiento vacías entre un coche y otro y la

palabra igualmente, la palabra que le dices al del supermercado.

Y entonces se abre la puerta de las escaleras y sale Fali con el abrigo colgando de un brazo y el móvil en alto buscando cobertura. Nos ve a los dos ahí plantados sin hacer nada a las siete menos diez de un viernes y no le extraña lo más mínimo, porque a Fali no le extraña nunca nada de lo que ve.

— Jefe — dice, y le apunta con el móvil-. Con todos mis respetos. Rocío tendría que ser la jefa de esto y tú el CEO, que es el chief executive officer, que es el que manda. Que son dos cosas distintas, ¿eh? Que la gente se cree que es lo mismo y no lo es.

15

Álvaro

En Navidad no nos vimos. Ella estuvo con su padre en El Molinillo. Yo estuve con mi abuela y con catorce Peñalver en una mesa demasiado larga, y el veinticinco por la tarde me fui a andar por el paseo marítimo con el abrigo puesto y con cara de tonto. Del club náutico al espigón y vuelta, tres veces. Eso es lo que mide un veinticinco de diciembre.

El siete de enero volvió la obra. Desde entonces el Zambra tiene ocho hombres dentro y un compresor que se oye desde la esquina de la Alameda. Han picado el falso techo entero. Han encontrado una viga con termitas antiguas y muertas y eso ha costado cuatro días. Amalia Rus lo lleva todo apuntado en una libreta con gomas de colores y me manda un parte cada viernes a las dos. Y el lunes se me presentó Marian en el

despacho a las ocho y diez, con el abrigo puesto y una lista de siete cosas escritas en el reverso de un albarán. No se sentó.

— Yo no vengo a pedir — dijo-. Vengo a avisar. Lo de la número tres se lo dije al señor Ignacio en 2021.

Y se fue antes de que yo terminara de leer la dos.

Hoy es jueves catorce de enero. Son las nueve y veinte de la noche.

El edificio de Muelle Heredia se vacía a las siete. A las ocho la sexta está vacía. A las nueve sube Pepe Nadales con la ronda, mira desde la puerta y se despide igual que se ha despedido treinta y un años. Le he dicho ocho veces que no hace falta que suba a la séptima. Sube.

— Don Álvaro, que me voy.

— Hasta mañana, Pepe.

— Le dejo la puerta de abajo con el pestillo pequeño. Cuando salga, tira y ya está.

— Vale. Gracias.

— Y otra cosa, don Álvaro. La planta de la antesala. La regaba la señora que se jubiló en junio, y desde que usted quitó esa silla la riego yo los martes y los viernes, y yo de plantas no sé nada. Se lo digo por si tendría que haber alguien ahí sentado.

— Es de plástico, Pepe.

— Ya lo sé.

Se va y el edificio se queda con el ruido que hacen los edificios cuando no queda nadie dentro. La ventilación. Un

fluorescente del pasillo que ya no va a durar mucho. En la mesa auxiliar sigue la maqueta que hizo alguien a mano en 1997, con sus palmeras de plástico fuera de escala y el esmalte de uñas de la piscina. Encima de mi mesa está su informe de patologías con doce cosas marcadas en rojo.

Y hay una cosa más. Es la que me tiene aquí a estas horas. Cañaveral ha pedido revisión de precios de la fachada. Curro Salcedo me lo dijo el jueves pasado, de pie y con el casco en la mano, sin adornarlo. El gresite ocre de 1968 no se fabrica. Hay que encargarlo a medida y hay una sola fábrica en Castellón que lo hace. Todavía no hay número. Cuando haya número habrá reunión, y a la reunión vendrá mi primo con una carpeta.

Estoy leyendo el punto siete del informe cuando oigo abrirse la puerta de la escalera de servicio.

Por esa escalera se sube antes que por el ascensor, que para en la cuarta aunque no lo llame nadie. Es lo primero que aprende aquí todo el mundo. Reconozco los pasos antes de verla. Es una tontería reconocer unos pasos y aun así los reconozco.

Rocío Berrocal Cantos entra en la antesala con una carpeta azul en la mano. Se para en el marco de mi puerta. Lleva el

abrigo puesto y abrochado, y no se lo ha quitado abajo, o sea que ha subido para irse.

— El terrazo — dice, y me tira la carpeta encima de la mesa desde metro y medio-. Se pule. Lo dice Amalia, lo dice el de la obra y lo digo yo. Léetelo mañana y fírmalo.

— Ya lo he leído.

— No lo has leído. Te lo mandé a las siete y diez y a las siete y once me contestaste con una línea.

— Lo he leído en el ascensor.

— El ascensor tarda cincuenta segundos y son cuarenta páginas.

Me echo hacia atrás en la silla. Esta silla era de mi abuelo y no gira bien hacia la izquierda desde 1990 y pico. Berrocal sigue en el marco de la puerta, con la mano todavía en la jamba. No entra y no se va. Detrás de ella el pasillo está a oscuras y la antesala tiene una moqueta que se traga los pasos.

— Mañana a las nueve hay comité — digo.

— Ya lo sé.

— Y el lunes viene Cañaveral con el número.

— También lo sé. Lo he puesto yo en tu agenda esta tarde.

— Pues sube, siéntate y lo vemos ahora.

Y ahí Berrocal hace una cosa que no había hecho hasta hoy. Cierra la puerta. La cierra con la mano de atrás y sin mirarla, y la puerta es de cristal esmerilado, y desde dentro se ven las siluetas del pasillo y desde el pasillo no se ve nada. Después se

desabrocha el abrigo y lo deja en el respaldo de una de las dos sillas de las visitas. Con cuidado. Doblado por los hombros.

— A tu despacho — dice-. Ahora.

Tardo un segundo entero en entender la frase. Cuando la entiendo se me ocurren tres respuestas ingeniosas y no digo ninguna de las tres. Las tres son mentira y llevo once días esperando esto.

— Estamos en el edificio — digo.

— Sí.

— Eso lo pusimos tú y yo en octubre.

— Lo pusiste tú. Yo dije que de acuerdo — dice, y da dos pasos-. Siéntate.

Me siento. No sabría explicarte por qué me siento, y ahí está la parte interesante del asunto. Llevo diez años tomando decisiones que le cuestan dinero a otra gente. Firmo cosas que mueven a doscientas personas de sitio. Y una mujer de metro sesenta y tres me dice que me siente en mi propia silla y me siento a la primera. Lo que noto en el pecho no se parece a nada que me haya pasado nunca dentro de una oficina.

— Las manos ahí — dice, y me señala los brazos de la silla-. Encima. No me toques hasta que yo te diga.

— ¿Puedo hablar?

— No.

Se coloca entre la mesa y yo. Me empuja la silla hacia atrás con la rodilla hasta que las ruedas se enganchan en el borde de la alfombra. La lámpara del techo son cuatro focos y están

los cuatro encendidos. Hay luz de sobra y no hay ni una sombra en toda la habitación.

— Apaga eso — digo.

— No.

— El interruptor está en la puerta.

— Ya sé dónde está el interruptor. Y no te vas a levantar.

Se agacha delante de mí. Se me olvida entero el argumento que estaba montando. Me desabrocha el cinturón sin ninguna prisa, mirándome a la cara todo el rato. De todo lo que hace, eso me desarma más que nada. Me baja la cremallera. Me saca la polla, que ya la tengo dura desde que ha cerrado la puerta, y se queda un momento con ella en la mano sin hacer nada más. Sonríe muy poco. Esa sonrisa la voy a tener en la cabeza toda la semana.

— Manos quietas.

— Están quietas.

— Esa se ha movido.

Empieza despacio, con la lengua y con la mano, y al segundo movimiento la tiene toda dentro de la boca. Yo me agarro a los brazos de la silla con las dos manos. Me agarro porque me lo ha dicho y porque si no me agarro me levanto. Lo hace mirando hacia arriba de vez en cuando, comprobando que sigo obedeciendo. Al minuto y medio esto se me va a terminar

antes de tiempo y digo su nombre. Para en seco. Se separa y se limpia la boca con el dorso de la mano.

— Todavía no.

— Joder.

— Todavía no — repite.

Se levanta. Se desabrocha ella sola el pantalón y lo deja caer en la moqueta, y las bragas encima, y no se quita ni la camisa ni los zapatos. Se sube a mi mesa. En mi mesa hay un informe de cuarenta páginas, un teclado, dos bolígrafos y una lámpara de banquero que era de mi abuelo, y todo eso se va hacia la izquierda con el antebrazo. El teclado se queda debajo de su muslo derecho. En la pantalla, dentro del documento abierto, empieza a escribirse sola una fila infinita de erres.

— ¿Ahora? — digo.

— Ahora las manos sí.

Abre las rodillas y me acerca la silla tirándome del cuello de la camisa. Hago lo que llevo veinte minutos queriendo hacer. Está empapada y se lo digo. Me contesta que ya lo sabe. Me dice que lleva así desde las siete y diez, desde que mandó el informe y le contesté con una línea de cuatro palabras. La abro con los dedos y le paso la lengua por el clítoris despacio,

y ella se echa hacia atrás con las dos manos apoyadas en la madera y la nuca contra el cristal frío de la ventana.

— Así.

— ¿Así?

— Así, y no hables.

Me tira del pelo con una mano. Con la otra se sujeta al canto de la mesa. Le noto los muslos apretándome las orejas y me da igual todo lo demás. Cuando se corre lo hace en silencio y con los dientes apretados. Es lo único suyo que sigue siendo de la oficina, porque en esta planta todo el mundo aprende a no hacer ruido antes que a hacer nada.

Tarda en volver. Yo espero. Es lo único que puedo hacer y encima me está gustando.

— Levántate — dice-. No. Quédate. Quédate sentado.

Se baja de la mesa. Se me sienta encima a horcajadas, en la silla de mi abuelo, con las rodillas metidas entre los dos brazos de la silla y las manos abiertas en mis hombros. Se la mete ella. Despacio, hasta abajo, sin dejar de mirarme ni un segundo. Y ahí me hace la única pregunta de toda la noche.

— ¿Sí?

— Sí.

— Dilo entero.

— Sí, Rocío.

Empieza a moverse y la silla empieza a rodar. Rueda treinta centímetros hacia atrás y damos con el respaldo en el cristal

de la ventana. Ella se ríe con la boca pegada a mi cuello y no para. El edificio de enfrente tiene todas las luces apagadas. Detrás están las grúas del puerto con las balizas rojas encendidas y un barco que lleva tres días sin moverse. Le sujeto la cadera con una mano. Con la otra le busco la nuca y le tiro un poco del pelo hacia atrás para verle la cara. Me deja.

— Más despacio — digo.

— No.

— Rocío.

— He dicho que no.

Y a mí se me cruza por dentro una idea que no me hace ninguna falta en este momento. Rocío Berrocal Cantos lleva ocho años en esta empresa recibiendo órdenes de gente que no sabe hacer su trabajo. Esta es probablemente la primera vez en ocho años que da una y se la obedecen a la primera. Y la está dando desnuda de cintura para abajo encima del consejero delegado. Es lo más justo que ha pasado en esta planta desde que llegué.

Se corre otra vez echada hacia atrás y arqueada, sujeta solo por mis manos, y la silla de mi abuelo hace un ruido que no ha hecho en treinta años. Se endereza. Me corro dentro treinta segundos después. Le agarro las dos caderas y no consigo

decir nada coherente, con la silla de mi abuelo contra la ventana y cuatro mil erres escribiéndose solas en la pantalla.

Nos quedamos así un rato largo. Ella respirando en mi cuello. Yo con la mano abierta en su espalda, por debajo de la camisa, en un sitio donde no hay nada que buscar.

— Se ha movido la maqueta — dice al final, con la voz pastosa.

— La maqueta está bien.

— Se ha despegado la piscina.

— La piscina lleva despegada desde diciembre.

Rocío Berrocal Cantos se levanta y se viste en dos minutos con una eficiencia que asusta un poco. Se pasa las manos por el pelo dos veces y ya está otra vez presentable para un pasillo. Yo tardo más. Yo tengo que buscar el cinturón debajo de la mesa y borrar cuatro mil erres de un documento que mañana a las nueve tiene que ver el comité.

— Te llevo — digo.

— No.

— Son casi las once.

— Son veinticuatro minutos andando cuesta arriba y me los conozco de memoria — dice, poniéndose el abrigo-. Y si me llevas, mañana hay un coche tuyo bajando por mi calle a las

once y cuarto de la noche. En mi calle hay seis vecinas y cuatro de ellas no duermen.

— Coge un taxi.

— Cojo un taxi si me apetece. Y lo pago yo.

— No he dicho nada.

— Lo has pensado — dice desde la puerta-. Cierra bien abajo, que Pepe te ha dejado el pestillo pequeño.

Se va por la escalera de servicio. Oigo la puerta de la sexta y después el edificio otra vez.

Bajo cuarenta y cinco minutos más tarde. Antes recojo el informe del suelo. Coloco los dos bolígrafos donde estaban. Le doy la vuelta a la maqueta para que la piscina despegada quede hacia la pared, cosa que no tiene ninguna importancia y que hago igual.

El reloj del ordenador marca las 23:41 cuando lo apago. Hay diecinueve correos sin abrir. Once son de una cadena sobre el aparcamiento de Nerja y dos son de Cañaveral. La sala de reuniones de mañana está reservada de nueve a diez y media, con desayuno para nueve, y en la lista de convocados hay nueve nombres y el suyo no está.

16

Rocío

El viernes veintidós de enero bajo al sótano del Zambra a contar sábanas. Esa frase resume bastante bien mis ocho años en esta empresa. Bajo con Álvaro porque el sótano tiene ciento veinte metros cuadrados de estanterías metálicas y hay que ir apuntando mientras el otro lee las etiquetas.

A las nueve de la mañana el hotel es un sitio ruidoso y feliz. Hay ocho hombres picando en la primera planta y un compresor en el vestíbulo que tapa cualquier cosa que se diga a más de dos metros de distancia, y por el hueco de la escalera bajan un olor a yeso mojado y una radio puesta en una emisora que solo pone canciones que le gustan a Curro Salcedo. Marian ha venido a las ocho, ha dejado la lista de lencería encima del mostrador de recepción con una piedra encima para que no vuele, y se ha ido al Cabo Roldán a resolverle a otro director un problema que no es suyo. Amalia Rus y Fali están en la primera midiendo huecos de ventana uno por uno, porque de las dieciocho habitaciones de esa

planta hay once que tienen el hueco distinto y nadie sabe por qué.

En la estantería del fondo del sótano, repartidos en cinco baldas, hay cuatrocientos albornoces mostaza con el escudo antiguo bordado en el bolsillo. Llegaron en 2017 por un error de pedido y ahí siguen, metidos en sus bolsas de plástico con una etiqueta que lleva el nombre de un proveedor que ya no existe. Los he contado tres veces en siete años y siempre salen cuatrocientos exactos.

— Esto hay que darle salida — dice Álvaro.

— A esto no hay que darle nada. Esto lleva aquí desde antes de que tú vinieras y va a seguir aquí cuando te vayas.

— ¿Cuando me vaya?

— Es una manera de hablar.

— No, no lo es — dice, y no lo dice con mala cara. Lo dice como el que apunta una cifra en un margen.

Discutimos ocho minutos sobre los albornoces y la discusión es de verdad, con sus datos y con sus argumentos, porque él los quiere repartir entre los otros hoteles para no tener setenta mil euros de género parado y yo digo que el escudo antiguo no lo puede llevar un albornoz de Nerja, y que si un cliente se lleva ese escudo a su casa dentro de una maleta el escudo deja de significar nada. En algún punto de esos ocho minutos la discusión deja de ir sobre los albornoces y empieza a ir sobre otra cosa completamente distinta, y ninguno de los

dos lo dice y los dos lo sabemos. Digo que los dos lo sabemos. Miento: yo lo sé, y a él se le nota.

Lo empujo contra la estantería. Suena el metal, suenan las bolsas de plástico y suena una balda que lleva mal sujeta desde los años ochenta. Estamos a doce metros de la escalera del sótano, llevamos ocho días sin vernos fuera de una sala de reuniones con tres personas dentro, y yo tengo las dos manos abiertas sobre su camisa y él tiene una mano en mi nuca y la otra en mi cintura y la boca haciendo en mi cuello cosas que no se pueden hacer en un edificio con ocho albañiles y una radio encendida.

Y entonces suena la puerta metálica de arriba y suena la voz de Fali diciendo mi nombre desde el rellano.

Lo que ocurre en los cuatro segundos siguientes lo tenemos ensayado sin haberlo ensayado nunca. Álvaro se separa y se mete la camisa por dentro por el lado derecho y se le queda todo el lado izquierdo fuera, cosa que no se ve venir en un hombre que se abrocha la americana para levantarse de una silla. Yo cojo lo primero que pillo, que resulta ser un albornoz dentro de su bolsa, y lo levanto en el aire igual que una prueba judicial. Y cuando Fali dobla la esquina de la estantería me encuentra a mí gritando una cifra.

— ¡Cuatrocientos! — estoy diciendo-. Cuatrocientos, Álvaro. Cuatrocientos.

— Ya te he oído.

— Es que llevas siete minutos sin oírme.

Fali se para en seco con la cinta métrica en la mano y con la cara del que ha entrado en el sitio equivocado en el momento equivocado. Mira al consejero delegado, que tiene media

camisa fuera y está mirando fijamente al suelo de hormigón. Me mira a mí, que estoy roja, despeinada y sujetando un albornoz en alto como una antorcha. Y su cerebro de veinticuatro años hace lo que haría cualquier cerebro sano y bien alimentado: coge lo que ve y lo mete en la única carpeta que tiene abierta.

— Perdón — dice-. Que Amalia pregunta por el hueco de la tres.

— Ahora subo — digo.

— Ahora sube — dice Álvaro.

— Sí, sí, ahora, tranquilos — dice Fali, y se va por donde ha venido andando de una manera rarísima, sin girar la espalda del todo, como se sale de un despacho cuando te acaban de decir algo que no era para ti.

La cena de equipo del proyecto Zambra es esa misma noche en el chiringuito Casa Chumi, en Pedregalejo, que la puso Amalia en el calendario hace un mes y que a estas alturas no la mueve ni una lluvia, porque en enero un chiringuito abierto es un chiringuito que hay que respetar. Somos siete: Amalia, Curro Salcedo, Marian, Yoli, Fali, el chico nuevo de compras y yo. Del centro a Pedregalejo se tarda un cuarto de hora largo en coche, y a la vuelta ya veremos.

Álvaro no viene. No viene a las cenas de equipo porque cuando se sienta a la mesa el que firma las nóminas la gente pide el segundo plato más barato de la carta, y eso lo entendió él solo y en septiembre y sin que hubiera que explicárselo, cosa que le

tengo apuntada en la columna de las buenas y que últimamente consulto más de lo que debería.

Se come boquerón, se come una fritura y se bebe. Curro Salcedo, que lleva treinta años de obra, cuenta la historia de un hotel de Torremolinos donde encontraron una habitación tapiada con la cama hecha y con una maleta encima, y la cuenta tan bien y con tantas pausas que Amalia deja el móvil boca abajo, cosa que en Amalia es una condecoración. El chico nuevo de compras se llama Dani. Lo he sabido esta noche, porque se lo he preguntado a Yoli en voz baja mientras iba al baño, y ya está: tres meses de agonía resueltos en cuatro segundos y en el peor momento posible.

Marian pide que le cambien la mesa de sitio a los diez minutos porque hay corriente, y se la cambian, y a los veinte minutos pide que le pongan una servilleta debajo de la pata porque cojea, y se la ponen. Marian lleva treinta y dos años entrando en habitaciones ajenas y no sabe estar en un sitio sin arreglarlo. Amalia le pregunta si es verdad que ha mantenido hecha la 114 durante siete años y Marian contesta que una habitación cerrada se pudre y una habitación hecha no, y ahí se acaba el asunto, y no le pregunta nada más porque hay

preguntas que se contestan solas cuando ves la cara de quien contesta.

A los cuarenta minutos, entre la fritura y la ensalada, Fali cuenta lo del sótano.

— Es que no lo habéis visto — dice-. Es que yo bajo, doblo la esquina y me la encuentro con un albornoz en la mano gritándole al jefe. Al jefe. Gritándole.

— No le estaba gritando.

— Rocío, le estabas gritando cuatrocientos.

— Estaba diciendo un número en voz alta.

— Estabas diciendo un número en voz alta a nueve centímetros de la cara de un señor que gana lo que gana ese señor — dice Fali, y la mesa se viene abajo.

Marian se limpia las manos en la servilleta y da su veredicto, que en esta mesa es el veredicto que vale y todos lo sabemos.

— Esa niña siempre ha tenido una pechá de carácter, y menos mal, porque si no esto no lo saca nadie.

— Y él ahí, ¿eh? — sigue Fali, que a estas alturas ya no lo para ni una avería-. Él ahí callado, con media camisa fuera. Yo creo que le pillé con el pie cambiado, porque ese hombre normalmente es muy... muy correcto, muy...

— Muy planchado — dice Curro Salcedo.

— Eso. Muy planchado. Y estaba desplanchado perdido.

Ahí está la cosa. Ahí está exactamente, y yo me estoy riendo con los demás. Riendo no: medio segundo tarde y con la boca,

que es otro deporte. Y me estoy sirviendo vino, y por dentro se me está encendiendo una centralita entera con todas sus luces, porque siete personas de esta empresa acaban de recibir la versión oficial de lo que pasó esta mañana en ese sótano y la versión oficial es que la coordinadora de calidad le echó una bronca de campeonato al consejero delegado por unos albornoces de 2017. Y esa versión nos protege. Esa versión es un muro de carga. Y no hemos tenido que mentir ni una sola vez, porque las mentiras que de verdad funcionan no las dice nadie: las construye un chaval de veinticuatro años con la mejor intención del mundo y luego las va repartiendo gratis por Pedregalejo.

Lo que pasa es que a los postres, cuando la conversación ya se ha ido a otra parte y Amalia está enseñando por cuarta vez en el móvil la foto de la bóveda de ladrillo, yo me quedo mirando el mantel de papel y hago la cuenta al revés.

Porque si Fali llega a bajar veinte segundos antes, no hay ninguna carpeta que abrir.

Y si eso pasa, mañana en esta misma mesa hay siete personas contando otra historia distinta. En esa historia el Peñalver es un hombre de treinta y seis años que se ha liado con una empleada, y eso dará que hablar tres semanas, y a las tres semanas será una anécdota de barra que alguien contará mal en una comida de Navidad. Y en esa misma historia yo soy la que lleva ocho años apagando incendios en la sombra y que ahora, mira tú qué casualidad, está dirigiendo el proyecto más importante de la casa. Y eso no dura tres semanas. Eso dura exactamente lo que me quede de vida laboral en esta ciudad, que son veintiocho años si no me muero antes.

Y no me estoy poniendo dramática. Me estoy poniendo exacta, y lo exacto asusta más, porque yo llevo ocho años haciendo

previsiones de ocupación y sé perfectamente lo que es una tendencia.

Estas siete personas dirían que no. Estas siete, las que están aquí sentadas partiéndose de risa con lo de la camisa, dirían que no y lo dirían de verdad y me seguirían queriendo igual. Y dentro de dos años, en una comida, uno de ellos haría un chiste sin pensarlo y a los demás les daría la risa antes de poder evitarlo.

Yoli y yo volvemos juntas porque hemos venido juntas y porque conduzco yo. Cruzamos el paseo marítimo hacia el coche, que lo he dejado a cuatrocientos metros porque en Pedregalejo aparcar en fin de semana es un deporte de riesgo, y hace un frío raro de enero con el mar completamente plano, y hay dos personas bañándose a las doce menos cuarto de la

noche, cosa que en esta ciudad no le llama la atención absolutamente a nadie.

— Oye — dice Yoli cuando llevamos doscientos metros-. Esto no te lo he dicho yo.

— Qué.

— Elvira ha pedido a administración la lista de personas asignadas al proyecto Zambra, con dedicación y con porcentaje.

— Eso es normal. Eso lo pide siempre para el cierre del trimestre.

— Lo ha pedido con copia a Nacho.

Y yo me acuerdo de golpe, y sin querer acordarme, de una libreta de anillas cerrándose con una goma el dieciocho de diciembre.

Andamos treinta metros sin decir nada. El paseo está mojado de la humedad de la noche y las farolas de Pedregalejo dan esa luz naranja que no ilumina nada y que a mí me ha gustado

siempre, desde que venía aquí con doce años en el autobús con mi padre y una tartera.

— Yoli, te voy a preguntar una cosa en abstracto.

— Ay, madre.

— Una amiga mía se está viendo con alguien de su trabajo.

— Ay, madre.

— Es en abstracto.

— Que sí, que es en abstracto, sigue.

— Con alguien de arriba — digo, y me oigo la voz perfectamente normal, y ese mérito me lo apunto yo sola-. Y si eso se llega a saber, a él le dirán cuatro cosas en un consejo y le pondrán una cara rara durante un mes y luego se acabó. Y a ella le van a cambiar el nombre. Ella ya no se va a llamar por su nombre en ningún sitio, ni aquí ni en la empresa siguiente ni en la otra, porque esta ciudad es un pañuelo y el sector es medio pañuelo mal doblado. Y lo peor no es lo que digan. Lo peor es que desde ese día todo lo que haga bien va a tener por delante una explicación distinta a la de haberlo hecho bien.

Llegamos al coche. Abro con la llave metida en la cerradura, porque el mando lleva tres meses sin funcionar y no lo he arreglado y a estas alturas ya me da apuro arreglarlo. Nos sentamos las dos dentro y no arranco.

Yoli no dice nada durante un rato larguísimo. Yoli, que se adelanta a todo, que cuenta las cosas tres días antes de que pasen, que lleva quince años siendo la primera en enterarse

de cada movimiento de esta empresa, se queda callada mirando por el parabrisas hacia un contenedor de vidrio.

— ¿Y ella lo sabe? — dice al final.

— Lo sabe.

— ¿Y sigue?

— Sigue.

— Pues entonces no me estás preguntando nada — dice-. Rocío.

— Qué.

— Cuando dices una amiga.

Tengo la llave metida y el motor arrancado y el limpiaparabrisas dando la primera pasada en seco, que chirría, y tengo las dos manos en el volante a las diez y diez como si fuera a examinarme, y Yoli está girada hacia mí en el asiento del acompañante con el cinturón todavía sin poner y con la boca abierta a mitad de la segunda parte de la frase.

17

Álvaro

El número llega el martes dos de febrero a las ocho y diez de la mañana, en un correo de tres líneas de Obras y Reformas Cañaveral con un archivo adjunto de once páginas. Yo estoy en el coche, parado en el semáforo del puente de Tetuán, y lo leo con el pulgar. Ciento veinte mil euros. Tres semanas.

No aparco en el edificio. Sigo hasta la calle del Cuartelillo y dejo el coche encima de la acera. No lo hago nunca. Hoy me da exactamente igual.

Curro Salcedo lleva treinta años de obra y tiene el don de dar las malas noticias sin adornarlas y sin disfrutarlas. Es un don rarísimo. Me lo cuenta en el vestíbulo, de pie, con el casco debajo del brazo y con el plano de la fachada apoyado en el mostrador de recepción. El gresite ocre del sesenta y ocho no lo fabrica nadie. Lo puede hacer a medida una fábrica de Castellón que hace piezas de reposición para edificios protegidos. Hay que encargar la colada entera porque no

venden lotes pequeños. Y hay que pagarla antes de que entre en horno.

— ¿Y si se pinta? — pregunto.

— Si se pinta, se pinta.

— Dígamelo entero, Curro.

— Si se pinta, usted abre en marzo con una fachada pintada y en dos años se le va a cuartear por las juntas — dice-. Y aparte de eso, don Álvaro, es que no es. Yo he trabajado en cuarenta hoteles y este tiene una cara. Se la quita usted y ya es otro edificio con otra cosa delante.

Curro me lleva hasta la esquina de la calle y me enseña la fachada desde abajo, con el dedo. El gresite del Zambra no es de un solo color. Son cuatro tonos de ocre puestos sin ningún orden aparente, y de lejos eso hace que el edificio cambie según la hora que sea. A las nueve de la mañana está pálido. A las siete de la tarde está encendido. Eso no se copia con pintura y lo sabemos los dos sin decirlo.

— ¿Y usted sabe lo que me preguntó ayer un señor en esta acera? — dice Curro, doblando el plano-. Que si esto era el museo.

— ¿Y qué le dijo?

— Que sí. Que abríamos en marzo.

Se pone el casco, y ya con el casco puesto se acuerda de la otra.

— El ascensor de servicio, don Álvaro. La casa que lo hace ha parado la línea de las cabinas antiguas hasta enero, así que el

pedido de octubre lo tenemos en la cola detrás de un colegio de Jaén. Yo he llamado tres veces. A mí ya no me lo cogen.

Subo después a la primera planta y me quedo diez minutos mirando por un hueco de ventana sin medir nada. Abajo, en la acera de enfrente, hay una señora esperando el autobús que se ha girado a mirar el andamio. Este edificio lleva siete años cerrado y la gente todavía se gira. Ese dato no aparece en ninguna hoja de cálculo de las que llevo encima.

Las opciones son cuatro y las tengo en la cabeza antes de bajar la escalera.

Se pinta la fachada: barato, rápido y mal, y a los dos años hay que hacerlo otra vez y cuesta el doble. Se aplaza la apertura a junio, que es fuera de Semana Santa y fuera del plazo que le he dado a una mujer de ochenta y un años. Se lleva al consejo una modificación de un presupuesto cerrado en septiembre, y eso son dos consejos, seis semanas y una tarde entera de Ignacio Peñalver Salas explicando con argumentos buenos por qué la obra se está descontrolando. O se paga.

A las nueve y media llamo a mi gestor desde el coche. Le pido que prepare una aportación de socio de ciento veinte mil euros a fondo perdido, sin condiciones, sin intereses y sin nota en ningún sitio que no sea la contabilidad. Me pregunta dos veces si estoy seguro. Le digo que sí las dos veces. Me dice que lo tiene el jueves.

A las diez menos cuarto llamo a Curro Salcedo y le digo que encargue la colada.

Y a las diez menos diez ya estoy pensando en otra cosa, porque el problema se ha acabado, y a los problemas que se

han acabado yo no les doy más vueltas. Esa es una de las tres cosas que sé hacer bien.

El día sigue. A las once tengo comité de dirección en la pecera, con la persiana torcida, y no digo nada, porque no hay nada que decir: la fachada va, el plazo se mantiene y el presupuesto del grupo no se toca ni en un euro. Lo digo en tres frases y paso al punto siguiente.

Mi primo tarda catorce minutos en volver.

— Perdona, primo, que me he quedado en lo de antes — dice-. Cañaveral pidió revisión. ¿En cuánto se ha quedado la revisión?

— En nada. Se mantiene el presupuesto.

— ¿Y el gresite?

— Encargado. Entra en horno el nueve.

— ¿A precio de septiembre?

— El grupo paga lo de septiembre.

Ignacio Peñalver Salas escribe algo en su libreta y no pregunta la tercera. La tercera es la buena. No la pregunta porque le he contestado dos veces sin mentirle y porque hay seis personas

delante. La va a preguntar. La va a preguntar dentro de un mes y con más gente.

A las doce y media, Elvira me para en el pasillo de la sexta con una carpeta contra el pecho.

— ¿Nos ha quedado aterrizado lo de la fachada?

— Sí.

— Perfecto. Pues lo ponemos en común el martes en el comité ampliado y yo te hago un ping el lunes para el orden del día.

— Perfecto.

Me voy a la séptima por las escaleras.

A las seis y cuarenta de la tarde sube Rocío Berrocal Cantos y no llama a la puerta.

Entra, cierra, deja el cuaderno de tapa dura encima de la silla de las visitas y se queda de pie delante de la mesa. No se sienta. Yo estoy con el correo de Nerja y tardo tres segundos

en levantar la cabeza, y en esos tres segundos ella no ha dicho nada, y eso ya es una información.

— ¿De dónde han salido los ciento veinte mil? — dice.

— De mí.

Y ya está. Lo digo así, sin pensarlo, porque es la verdad y porque no se me ocurre por qué habría que decirlo de otra manera. Ella se queda callada tres segundos más.

— Repítelo.

— Los pongo yo. Aportación de socio, a fondo perdido, la formaliza mi gestor el jueves. La colada ya está encargada. El gresite entra en horno el nueve y llega a obra el veintiséis.

— ¿Y quién lo sabe?

— Mi gestor. El banco. Curro no lo sabe, Curro solo sabe que hay orden de compra.

— ¿Y el consejo?

— El consejo no tiene nada que aprobar. No se toca el presupuesto del grupo.

Berrocal se lleva la mano a la oreja derecha, se quita el pendiente y se lo mete en el bolsillo del pantalón. Es la tercera

vez que se lo veo hacer desde septiembre. Las tres han sido malas y todavía no sé qué significa.

— Álvaro.

— Dime.

— ¿Tú sabes lo que has hecho hoy?

— He resuelto un sobrecoste en hora y media. He evitado tres semanas de retraso. Si nos vamos a junio perdemos la Semana Santa entera, y la Semana Santa son ciento seis habitaciones a doscientos veinte euros durante nueve días, y perdemos también el arranque de la temporada y las agencias, que reservan en enero para todo el año. Eso no son ciento veinte mil, son cuatrocientos y pico mil y un año perdido.

— Ya sé lo que son. Los tengo yo en una hoja desde noviembre.

— Entonces sabes que la cuenta sale.

— La cuenta sale — dice-. La cuenta sale perfectamente. Es lo único de todo esto que sale.

Se aparta de la mesa y da tres pasos hasta la puerta de la terraza y se queda ahí, de espaldas, mirando las grúas. Fuera está oscuro desde las siete y hay un carguero con las luces puestas. Yo espero, porque me han enseñado que cuando

alguien se calla lo que hay que hacer es esperar, y porque no tengo ni idea de qué está pasando en esta habitación.

— Ese dinero tenía que haber ido al consejo — dice, sin girarse.

— Habrían tardado seis semanas.

— Habrían tardado seis semanas y yo habría estado en esa sala.

— Tú no estás en el consejo.

— No, pero el informe lo habría escrito yo, y las cifras las habría puesto yo, y cuando tu primo hubiera dicho que la obra se está descontrolando, alguien habría tenido que abrir mi carpeta encima de la mesa para contestarle. Y eso habría durado dos horas y habría sido horroroso y lo habríamos ganado — dice, y ahora sí se gira-. Y hoy eso ya no existe. Hoy eso no ha pasado y no va a pasar nunca, porque tú has

firmado un cheque a las nueve y media de la mañana desde el coche.

— El hotel abre en marzo.

— El hotel abre en marzo, sí.

— Ese era el problema.

— Ese era tu problema.

Me levanto. No sé para qué me levanto. Me quedo de pie detrás de mi propia mesa como un tonto.

— Rocío, son ciento veinte mil euros y los tengo. Ni gesto ni regalo: una herramienta que estaba encima de la mesa y la he usado.

— Ya lo sé. Ese es el problema, que la tienes y yo no. Y que cada vez que aparezca una piedra en el camino tú vas a poder quitarla en hora y media desde el coche, y yo voy a tener que ir a una sala a pedirlo. Desde fuera se parece. No se parece en nada.

— Yo lo que quería era que el hotel abriera bien — digo.

— Ya sé lo que querías.

— Entonces no entiendo qué estamos discutiendo.

— Estamos discutiendo que había una conversación que tenía que pasar y la has quitado de en medio — dice-. Y no la has quitado por mala idea. La has quitado porque te salía más

barato en tiempo. Y esa conversación era la única en seis meses en la que yo iba a estar dentro de la sala.

Y hay dos segundos, dos, en los que casi lo cojo. Me pasa por delante como pasa una matrícula por el retrovisor. Después se va, porque encima de mi mesa hay un calendario con el diecinueve de marzo rodeado y porque a mí me han educado para mirar el calendario.

— Nadie lo va a saber.

— Se sabe todo. Aquí se sabe todo. Se sabe lo que come cada uno y cuánto ha cobrado el de mantenimiento por las guardias. Se va a saber en junio, o en septiembre, o dentro de dos años cuando tu gestor mande un papel a alguien — dice-. Y el día que se sepa, la frase no va a ser que el consejero delegado salvó una fachada. La frase va a ser otra y la voy a llevar yo colgada.

— Eso no tiene nada que ver con lo tuyo.

— Tiene todo que ver con lo mío.

— Yo no he decidido nada sobre ti.

Y ahí se para. Se para de verdad, tres segundos, con la boca cerrada, y me mira de una manera que no le había visto nunca en cinco meses. No es rabia. Rabia le he visto en octubre y en noviembre y me gusta bastante.

— No — dice al final-. Todavía no.

Coge el cuaderno de la silla. Se lo pone debajo del brazo. Y antes de salir hace una cosa que me tiene toda la noche dándole vueltas: se para en la puerta, se gira a medias y me dice, en un tono completamente normal, que mañana a

primera hora le pase el número exacto de la colada porque tiene que cuadrarlo con el calendario de Amalia.

— Te lo paso.

— Y no me des las gracias por nada — dice-. Es mi trabajo.

Se va por la escalera de servicio.

Yo me quedo hasta las nueve. Repaso el correo de Cañaveral otra vez y está bien. Repaso el calendario de Amalia Rus semana por semana y está bien. Salgo a la terraza cuatro metros y hace un frío de febrero que en esta ciudad dura hasta el día siguiente y ya está.

Llamo a mi abuela para decirle que la fachada va. Me contesta que ya lo sabía porque se lo ha dicho Nacho. Le digo que Nacho no lo sabe. Ella dice que entonces se lo habrá inventado y que mi primo se inventa muy bien las cosas y que suele acertar. Luego me pregunta si he comido y le digo que sí y me dice que no.

En el cajón de arriba, debajo de dos cargadores y de un pasaporte caducado, está el sobre. No lo he abierto y no lo voy a abrir. Lo que hago es cerrar el cajón, que llevaba abierto desde por la tarde.

Y a las nueve y diez, antes de apagar, escribo en una nota lo que hay, porque cuando una cosa no me cabe en la cabeza la escribo y se me pasa.

Presupuesto cerrado de la fachada: cuatrocientos diez mil euros, aprobado en consejo en septiembre. Revisión de Cañaveral: quinientos treinta mil. Diferencia: ciento veinte mil exactos. Alguien ha redondeado. Colada mínima de la fábrica de Castellón: novecientos sesenta metros cuadrados;

la fachada tiene ochocientos veinte. Sobran ciento cuarenta metros cuadrados de gresite ocre que no va a querer nadie. Entrada en horno: nueve de febrero. Llegada a obra: veintiséis. Retraso evitado: tres semanas. Transferencia: jueves cuatro, a las nueve y catorce, desde una cuenta que no es de la empresa; en el concepto pone gresite. Personas que lo saben: mi gestor, el director de la sucursal y yo. Personas que tenían que haber estado dentro de esa sala: una, y esa se ha ido hace dos horas por la escalera de servicio.

18

Rocío

La mañana del jueves cuatro de febrero se me va entera en una habitación del Peñalver Nerja que hemos vendido dos veces para el mismo puente, cosa que técnicamente no puede pasar y que pasa dos o tres veces al año desde que existe el mundo. A las once y cuarto ya tengo a las dos familias colocadas. Una de ellas en una junior suite que no le corresponde y con una botella de vino de la casa que me va a costar una conversación con compras.

A las once y veinte llega un chico en moto con un tubo de cartón negro de un metro veinte, y como un tubo de un metro veinte no cabe de pie en ningún sitio de la sexta planta, termina encima de la mesa grande de la pecera con cuatro personas alrededor, que es donde acaban en esta empresa todas las cosas que no caben en ningún sitio.

Son seis láminas en A1 del estudio de Amalia Rus, plegadas en acordeón, con ese olor a plóter que huele igual en todas las oficinas del mundo. La primera es la planta baja y alguien pone dos vasos en las esquinas para que no se enrolle sola.

Inma Requena dice que qué bonito, y tiene toda la razón. Ahí está el vestíbulo del Zambra dibujado a escala, con las dos flores de terrazo en el centro, el mostrador curvo y el casillero de las ciento diez llaves. Y el salón enseñando por fin la bóveda de ladrillo que estuvo cuarenta años tapada por un falso techo de escayola que puso alguien en el setenta y nueve convencido de que estaba modernizando el edificio.

Yo llevo siete años dibujando eso mismo en una libreta de tapa dura cerrada con una pinza de tender. No lo dibujo bien. Lo dibujo como dibuja la gente que no sabe dibujar, con rectángulos y flechas y una letra minúscula en los márgenes. Pero está todo: el mostrador curvo, la bóveda, el office donde tiene que estar de verdad y la puerta de servicio movida metro y medio a la izquierda, porque si se deja donde está los carros de lencería chocan con la esquina y en tres meses la esquina se descascarilla.

Y en el ángulo inferior derecho de la lámina, igual que en todas las láminas del mundo, hay una caja de rotulación con los nombres de la gente: promotor, Grupo Peñalver Sociedad Anónima; dirección facultativa, Amalia Rus Bejarano, arquitecta técnica; dirección del proyecto, Ignacio Peñalver Salas; y debajo, en una línea que pone EQUIPO, cuatro nombres seguidos separados por comas de los cuales ninguno es el mío.

Lo leo tres veces: la primera para leerlo, la segunda para comprobar que lo he leído bien y la tercera sin ningún motivo

en absoluto, solo porque los ojos vuelven ahí solos igual que la lengua vuelve al diente roto.

— Está muy bien — digo, y me sale la voz completamente normal-. Habría que mirar la puerta de servicio, que en el plano sigue donde está y ahí no cabe un carro.

— Eso me lo dijiste en noviembre — dice Amalia, apuntándolo en la libreta de las gomas de colores-. Lo tengo escrito y se me ha pasado. Perdona.

— No pasa nada. Se cambia en la siguiente revisión y ya está.

— ¿Y el hueco de la puerta de la calle? — dice Fali, que se ha acercado con un café-. Porque si la puerta de la calle es de dos hojas y el carro entra por ahí en un CI, en un check-in, quiero decir, cuando llegan cuarenta pax de golpe…

— Por la puerta de la calle no entran carros, Fali.

— Bueno, pero si entraran.

Nacho llega a los diez minutos y se coloca al lado del tubo con las manos en los bolsillos. Mira las seis láminas por encima, con la cabeza ladeada, y dice que hay que llevarle una copia enmarcada al despacho de doña Carmela porque le va a hacer más ilusión que un ramo de flores. Y tiene razón. Le va a hacer más ilusión que un ramo de flores, y además es una idea buena, y además la ha tenido él y no yo. Luego dobla las

láminas por donde no se doblan, se le queda un pico levantado, y me pregunta si las guardo yo.

— Las guardo yo.

— Gracias, Rocío, que eres un cielo.

Las guardo yo, naturalmente. Las pliego por los pliegues buenos uno a uno, las meto en el tubo, encajo la tapa de plástico y las dejo de pie en el armario del archivo, apoyadas en el rincón del fondo, al lado de la caja de cintas de vídeo del año noventa y siete que no tira nadie porque no se sabe qué hay grabado dentro.

Y no digo nada. Miento: digo tres frases sobre una puerta de servicio y me quedo tan ancha. No se lo digo a Amalia, que lo cambiaría en dos minutos y sin preguntarme por qué. No se lo digo a Yoli, que subiría ella misma a la séptima con el tubo debajo del brazo y sin llamar a la puerta. Y sobre todo no se lo digo a la única persona de este edificio que puede arreglarlo en catorce segundos. Porque si esto se arregla porque yo lo he pedido en una cama, deja de valer para siempre y encima me lo tengo que agradecer a mí misma el resto de mi vida.

A las siete y cuarto se va Yoli y me deja encima de la mesa la lista para firmar del regalo de la boda de una de reservas. A las siete y media se va el chico nuevo de compras, que se llama Dani y que lleva dos meses despidiéndose de mí con la mano desde la puerta. Hoy le he contestado con las dos manos, sin querer, y se ha ido pensando lo que haya pensado. A las ocho menos diez la planta se queda con la mitad de los fluorescentes apagados, porque en este edificio se apagan por sectores y para volver a encenderlos hay que ir a un

interruptor que está detrás del armario del archivo y que solo sabemos dónde está tres personas.

Me quedo hasta las nueve, y lo que hago entre las ocho y las nueve es esto.

Abro el expediente de la licencia de apertura del Zambra, que llevo mirando de reojo desde el lunes con esa desconfianza tonta que le tengo yo a los expedientes que van demasiado bien. Y encuentro exactamente lo que me temía. El certificado de la instalación de protección contra incendios está tramitado y presentado, pero le falta el visado del colegio profesional, y ese visado tarda entre quince y veinte días hábiles. Quince días hábiles contados desde hoy se comen la primera semana de marzo y se llevan por delante la puesta en marcha de la cocina.

Llamo a un hombre al que conocí en 2019 durante la reforma del Cabo Roldán y que ahora está en otro sitio y en otro puesto. Hablamos once minutos. De esos once minutos, siete son sobre su hija, que está terminando enfermería y no sabe si irse fuera, y cuatro son sobre el visado. Me dice que el lunes lo tengo. Le creo, porque este hombre me debe una de hace cinco años y porque en esta ciudad las cosas funcionan así y el que diga lo contrario no ha trabajado en esta ciudad.

Cuelgo, lo apunto en el cuaderno con una raya al lado y cierro el expediente. Nadie va a saber nunca que esto ha estado a punto de pasar, y ese es exactamente el trabajo: el trabajo es que no se note. Lo que ocurre es que llevo ocho años haciendo un trabajo que consiste en que no se note y después me pongo triste porque no se nota, y eso, dicho así, en voz alta y a las

nueve menos cuarto de la noche en una planta vacía, suena a chiste malo.

A las nueve y cuatro, mientras bajo por la escalera, me vibra el móvil.

«¿Sigues arriba?»

«No. Bajando.»

«¿Te veo?»

«Hoy no, que voy a casa de mi padre.»

Y hasta ahí todo es verdad, porque voy a casa de mi padre. Lo que no es verdad es el punto del final, ese punto tan seco, ese punto que en cinco meses no le he puesto ni una sola vez. Lo veo ahí escrito en la pantalla antes de darle a enviar y le doy a enviar igual, y bajo los seis tramos de escalera con el móvil en la mano esperando que conteste algo, y no contesta nada. Se lo he pedido yo sin pedírselo.

De la oficina a El Molinillo hay veinte minutos andando por la Alameda y luego cuesta arriba, y los hago andando porque tengo el coche en el taller desde el martes por una correa que hacía un ruido que yo llevaba tres semanas fingiendo que no oía.

Mi padre vive en un segundo de dos habitaciones, en un bloque de 1971 con el portal recién pintado y el ascensor original, de los que tienen puerta de madera y espejo. Abre con la cadena puesta aunque sabe perfectamente que soy yo y aunque le he llamado desde el portal, porque esa cadena la

puso mi madre en el noventa y tres y quitarla a estas alturas sería una cosa demasiado grande para un jueves.

— Que te traigo la compra — digo.

— Si yo tengo de todo.

— Ya sé que no hacía falta.

La televisión está puesta. La televisión está puesta desde que murió mi madre y en algún momento de esos once años dejó de ser un aparato para convertirse en un miembro más de la familia, con voz propia y con derecho reconocido a interrumpir a cualquiera. Hoy hay un concurso de preguntas con un presentador que grita mucho, y mi padre está en su sillón, que está orientado a la televisión y no a la mesa, y esa es la razón física y no poética por la que este hombre no termina una frase desde hace once años.

Guardo la compra en su sitio, y en esta casa el sitio de cada cosa no se discute. Cambio la bombilla del pasillo, que lleva fundida desde vete a saber cuándo y que él no ha cambiado porque hay que subirse a la silla. Separo los papeles de la

mutua en dos montones, los que hay que firmar y los que son publicidad, y la publicidad es exactamente la mitad.

— Papá, lo de la revisión hay que pedirlo esta semana.

— Eso lo pido yo mañana a primera hora.

— Roma.

— ¿Qué?

— La respuesta de la tele. Roma.

— Roma, claro que es Roma — dice, y sube el volumen dos rayas.

Cenamos con la televisión puesta, porque cenar con la televisión apagada sería mucho peor y los dos lo sabemos, y cenamos un revuelto y una ensalada de tomate con demasiada sal. Me pregunta por el trabajo tres veces y las tres empieza la pregunta y la deja tirada por la mitad porque el presentador dice algo o porque sale un concursante de Málaga. No me molesta. Hace años que dejó de molestarme, y además a mí me gusta oírle acertar preguntas, porque acierta muchísimas y eso es una cosa que no sabe nadie de él.

Es un hombre de sesenta y tres años que estuvo veintiocho conduciendo un autobús urbano por las mismas catorce calles. Un martes de marzo, a la altura de una parada, dejó de responderle el brazo derecho, y tuvo la sangre fría de arrimar el autobús, poner el freno de mano y abrir las puertas con veintidós personas dentro antes de abrir la boca. Eso no me lo ha contado él nunca. Me lo contó un compañero suyo en el pasillo del hospital, con un café de máquina en la mano,

mientras yo tenía diecinueve años y una matrícula de segundo de Turismo pagada desde septiembre.

Cuando me voy, a las once menos veinte, paso por el pasillo a coger el abrigo del perchero y me quedo parada delante del papel.

En la pared del pasillo, justo al lado del interruptor de la luz, hay un folio plastificado sujeto con dos chinchetas. Es de 2013. Lo hizo alguien en el ordenador de una oficina, lo imprimió cuarenta veces y lo repartió, y arriba pone HOMENAJE A LOS COMPAÑEROS QUE SE JUBILAN ESTE AÑO en negrita y centrado, y debajo hay cuarenta nombres en dos columnas con una letra fea de las que vienen puestas de fábrica. Tomás Berrocal está el decimoséptimo de la primera columna, entre dos apellidos que no había leído en mi vida.

Trece.

Trece años lleva ese folio en esa pared y lo habré visto diez mil veces. He apoyado el codo debajo de él para atarme los cordones. He colgado el abrigo a veinte centímetros. Y me he peleado con mi padre delante de ese folio por lo de la rodilla, por lo de vender el coche y por lo del pisapapeles de la entrada. Es un folio. Es un folio de cero euros que alguien hizo en veinte minutos y que no significa absolutamente nada para nadie que no esté escrito en él. No está enmarcado. Está plastificado, y alguien tuvo que llevarlo a un sitio a plastificarlo y pagar por eso. Y cuando pintaron el pasillo en 2016 y en 2021, mi padre lo descolgó, lo dejó encima del mueble y lo volvió a poner con dos chinchetas nuevas en el mismo punto exacto de la pared.

Vuelvo al salón a despedirme. El concurso ya se ha acabado y ahora hay un programa de coches antiguos y él tiene el mando

en la mano por si acaso.

— Papá.

— Dime.

— Nada. Que me voy.

— Espera, hija, que te iba a preguntar una cosa. Lo del hotel ese vuestro, el que abrís en marzo. ¿A ti al final ahí te ponen en...?

Y se calla, y mira la televisión, y en la televisión hay un señor de Albacete levantando el capó de un coche del sesenta y tres y explicando lo que le ha costado conseguir el filtro del aceite.

— Sí — digo.

— Ah, bueno. Pues ya está.

Bajo los dos pisos y salgo a un frío de febrero de los de verdad, de los que en esta ciudad duran ocho días al año y de los que la gente se queja como si viviera en Burgos. De El Molinillo a mi casa hay doce minutos por dentro y quince bajando por la avenida.

Voy por dentro, andando deprisa y sin pensar en nada, o pensando en muchas cosas seguidas de las que no se me queda ninguna, que a estas horas viene a ser igual, y en la esquina de arriba hay un hombre bajando la persiana de una tienda de recambios que lleva bajando esa misma persiana desde que yo tenía nueve años, con el mismo mono azul y la misma manera de darle el último tirón con las dos manos y de echar la cabeza hacia atrás para comprobar que ha bajado del todo. Me quedo dos segundos mirándolo desde la acera de enfrente. Sigo andando, llego a casa a las once y media, me

como un yogur de pie con la puerta de la nevera abierta, y me despierto de golpe a las tres y diez de la madrugada, y lo primero que pienso no es dónde he dejado el tubo de los planos, que está en el archivo, sino que mi padre pagó por plastificar un folio en el que su nombre iba el decimoséptimo.

19

Álvaro

Desde el dos de febrero, Rocío Berrocal Cantos está siendo correcta conmigo. Correcta es la palabra exacta y es la peor de todas. Contesta los correos en doce minutos y contesta bien. Viene a las reuniones con los deberes hechos y con dos cosas más que no le ha pedido nadie. Me llama Álvaro delante de la gente y no me llama nada cuando no hay gente delante.

El miércoles pasado, en la pecera, le pregunté delante de seis personas si el planning de la cocina aguantaba. Me contestó que sí. Y me pasó una hoja con los plazos día a día y con los proveedores en una columna. Esa hoja no se la había pedido yo. Elvira Quesada Pino le dio las gracias y dijo que qué

maravilla. Y yo estuve el resto de la reunión mirando la hoja y sin entender por qué me sentaba mal una hoja tan bien hecha.

Diez días de eso. Prefiero una bronca. Una bronca de Rocío Berrocal Cantos dura once minutos y se sale de ella sabiendo algo.

El viernes doce me escribe a las cuatro de la tarde para decirme que suba a su casa a las nueve y que lleve la cena, y no me da ninguna explicación, y yo no la pido.

Tardo veintiséis minutos en aparcar. Lagunillas es una cuadrícula de calles de tres metros con cuestas del doce por ciento. Hay coches metidos en huecos donde no cabe un coche. A las nueve menos cuarto de un viernes ahí no aparca uno si no vive ahí desde hace años. Termino dejándolo en un aparcamiento del centro y subiendo andando con dos bolsas. Once minutos cuesta arriba. Llego con la camisa pegada a la espalda en febrero, cosa que no me pasaba desde el colegio.

Tercero sin ascensor: eso ya lo sabía, pero una cosa es subirlos a las once de la noche con las manos vacías y otra distinta es subirlos con dos bolsas y con una barra de pan que se sale por arriba. En el primero hay un felpudo que dice HOLA y en el segundo hay una bicicleta atada a la barandilla con dos candados. Dos candados dicen bastante de un barrio. Me abre en calcetines y con unas tijeras de cocina en la mano.

— No preguntes — dice.

— No pregunto.

— Es la higuera.

La terraza de esta casa mide metro y medio de fondo y ahora mismo está ocupada por una rama gruesa como una muñeca

que ha entrado en diagonal desde abajo, ha reventado el tendedero y ha dejado dos pinzas colgando en el aire. La higuera del vecino del segundo lleva subiendo por esa barandilla desde antes de que ella se mudara. En verano tira hojas y en invierno tira ramas y en septiembre tira higos que no se come ni el vecino. Berrocal lleva media hora peleándose con eso con unas tijeras de cocina. Con unas tijeras de cocina y de noche.

— Deja eso.

— Que puedo.

— Que puedes, ya lo sé. Deja eso.

Y hace una cosa que no ha hecho en cinco meses y medio: me da las tijeras. Se aparta, se apoya en el marco de la puerta de la terraza con los brazos cruzados y me deja hacer. Tardo doce minutos. Bajo la rama en tres trozos para que quepa en el cubo del rellano, y el vecino del segundo abre la ventana, mira hacia arriba y dice que la higuera no es suya, que la higuera se plantó sola.

— Se plantó sola — repito, ya dentro.

— Todos los años dice lo mismo. Y todos los años la riega.

Cenamos en el sofá de dos plazas, porque la mesa del salón está ocupada por una torre de papeles, por el cuaderno de tapa dura cerrado con su pinza de tender y por una caja de zapatos con recibos. He traído comida de un sitio de la calle Carretería y me he equivocado en las cantidades: he pedido para cuatro. Hay tres tarrinas que no vamos a abrir. Ella se ríe, cuenta las tarrinas en voz alta y las vuelve a contar. Yo le explico que no sé pedir para dos, que llevo diez años pidiendo para mesas de

ocho o cenando de pie en una cocina donde solo funciona el microondas.

— ¿Y lo que te sobra?

— Se queda en la nevera.

— ¿Y luego?

— Luego lo tiro el domingo.

— Eso es un almacén con luz, Álvaro.

Y me lo dice con la boca llena y sin darle la menor importancia, y sigue con lo suyo.

Hablamos de trabajo cuarenta minutos. Es lo que hacemos siempre y lo que nos gusta. Del gresite, que sale de horno el veintitrés. De Marian, que quiere el mismo jabón que se ponía en el Zambra en 2011 y ha localizado al proveedor. De Fali, que se ha sacado el carné y ha comprado un coche de novecientos euros del que habla con el orgullo de un armador.

A las once y cuarenta, mientras yo estoy en el baño, me hace una transferencia de catorce euros con cincuenta que no veré hasta la mañana siguiente y en cuyo concepto pone MI MITAD, en mayúsculas y sin punto final. Pero eso es después. Antes hay una noche entera. Nosotros dos no hemos tenido nunca una noche entera.

Empieza en el sofá, sin ninguna intención concreta, con la televisión puesta en un programa que no está viendo ninguno de los dos. Ella tiene los pies debajo de mi pierna porque los tiene helados y esta casa se calienta con una estufa que se apaga sola. Le paso el pulgar por el tobillo. Ella se queda quieta. Yo se lo vuelvo a pasar. Y cuando la beso lo hago

despacio, porque esta noche no hay ninguna prisa y ninguno de los dos tiene que estar en ningún sitio a ninguna hora, y eso, entre nosotros dos, es la primera vez.

— No hay prisa — digo.

— Ya lo sé.

— Lo digo por mí.

Nos levantamos y vamos al dormitorio y en el camino ella apaga la televisión y yo me llevo el vaso, que es la cosa más ridícula que hemos hecho juntos y la hacemos igual.

La cama mide metro treinta y cinco y yo mido metro ochenta y siete. Eso lo resolvemos como se resuelve siempre: no resolviéndolo. No hay cabecero: hay pared, con una raya de lápiz a media altura que alguien hizo hace años para colgar algo que no llegó a colgarse nunca. Me siento con la espalda contra la pared. Ella se quita el jersey por la cabeza y se le queda el pelo hecho un desastre y no se lo arregla, y eso me gusta más que si se lo arreglara.

La desnudo despacio y por partes, y entre parte y parte hablamos. Eso hoy es nuevo.

— Estás muy callado.

— Estoy concentrado.

— Ay, madre.

— Cállate.

Se sienta encima de mí a horcajadas, todavía con las bragas puestas, y me pone las dos manos en la cara. Nos quedamos así un rato largo, con ella moviéndose despacio por encima de

la tela y conmigo agarrándole el culo con las dos manos. Tiene la piel de gallina en los brazos porque en esta casa hace un frío que no es normal. Le paso las manos por la espalda de abajo arriba, dos veces, y ella cierra los ojos.

— Dime una cosa que te guste — digo.

— Muchas.

— Una.

— Esto.

— Eso no vale, Rocío. Una cosa concreta. Una que no te haya hecho.

Y ahí se para. Se para de verdad, con las manos todavía en mi cara, y se le pone una cara que le he visto exactamente una vez, en la pecera, en septiembre, cuando le hicieron quince

preguntas seguidas de pie. Tarda ocho o nueve segundos. Ocho segundos es mucho tiempo.

— Es que no sé pedir — dice.

— Ya lo sé. Por eso te lo pregunto.

— No, si ya me he dado cuenta de lo que estás haciendo.

— ¿Y?

— Y que me da una vergüenza espantosa — dice, y se ríe, y se tapa la cara con las dos manos como una cría, y luego se las quita y me lo dice.

Me lo dice al oído, en cinco palabras y muy deprisa, como quien tira una piedra y sale corriendo.

— No pares cuando me corra.

Y se queda quieta encima de mí, con las manos otra vez en mi cara y respirando fatal.

— Otra vez.

— Ya lo he dicho.

— Al oído no cuenta. Dímelo aquí.

— Serás hijo de…

— Rocío.

Y lo dice. Se aparta veinte centímetros para tenerme delante, con la luz de la mesilla dada y con el partido del vecino

sonando por la pared, y lo dice entero y en voz normal, y la voz normal le cuesta más que la frase.

— Que no pares cuando me corra — dice-. Que sigas. Y ya sé que dentro de un rato voy a intentar apartarte la cabeza con las dos manos, porque lo hago siempre, y ahí no me hagas ni caso. Si quiero que pares de verdad te llamo por tu nombre.

— Si dices Álvaro, paro.

— Si digo Álvaro, paras.

— Eso está hecho — digo.

— No te rías.

— No me estoy riendo. Túmbate.

Se tumba y se tapa los ojos con el antebrazo, y yo se lo aparto y se lo dejo encima de la almohada. Le quito las bragas y las tiro al suelo. Y hago lo que me ha pedido, en el orden en que me lo ha pedido, sin adelantarme ni una vez, con la mano abierta en el estómago para que se esté quieta. Ella empieza a decir algo a los dos minutos y no lo termina. La tengo abierta debajo de la boca y con los dedos dentro, y ahí está el momento exacto en que deja de pensar en la oficina, en la higuera y en el visado del colegio profesional. Se corre agarrada al borde del colchón, con el talón clavado en mi hombro, y esta vez no lo hace en silencio.

Y no paro.

Me mete las dos manos en el pelo y tira hacia arriba, y llega a decir la primera sílaba de algo. No es mi nombre. Le bajo las manos con una sola mía, se las dejo en el colchón y sigo, más despacio y sin soltarle la cadera. Le tiembla la pierna

izquierda, la de la cicatriz, y no para. Dice cosas. Ninguna es Álvaro. La segunda tarda mucho más y no se parece en nada a la primera, y me deja el hombro marcado y una mano colgando por fuera de la cama.

— Joder — dice después, al techo.

— Sí.

— Es que la vecina de arriba está jubilada.

— La vecina de arriba estará encantada.

Me subo por la cama y ella me tira del brazo y me pone encima. Nos colocamos mal. Nos volvemos a colocar. Mi rodilla derecha se sale del colchón y la sábana bajera se suelta de la esquina de abajo con ese ruido de goma que hacen las sábanas bajeras, y nos quedamos los dos parados un segundo escuchándolo.

— Ni caso — dice.

— Es que no me apoyo en nada.

— Apóyate en mí.

Se la meto despacio, mirándola, con la cara a diez centímetros de la suya. Y esta vez no hay carrera. Esta vez no estamos contra una puerta ni en una silla con ruedas ni escuchando si hay alguien en el pasillo. Vamos despacio de verdad, tanto que a los dos minutos ella me muerde el hombro y me dice al oído que soy un desgraciado, y yo no cambio el ritmo, y me lo

vuelve a decir con otras palabras. Le sujeto la muñeca contra la almohada y ella deja que se la sujete.

— Mírame.

— Te estoy mirando.

— No, mírame.

Me mira. Aguanta cuatro o cinco segundos y luego cierra los ojos y gira la cara, y yo le pongo la mano en la mandíbula y se la vuelvo, y ahí sí. Ahí se queda. Se corre otra vez con los ojos abiertos y sin decir nada, y verla es mejor que cualquier cosa que me haya pasado en un despacho. Yo aguanto tres o cuatro embestidas más y me corro dentro con la frente pegada a su cuello.

Nos quedamos así. La sábana bajera está suelta por dos esquinas y hay un trozo de colchón desnudo debajo de mi codo. Por la pared del salón se oye la televisión del vecino, que tiene puesto un partido y que sube el volumen en los córners.

— Se ha soltado por dos sitios — dice ella, sin moverse.

— Ya.

— Es que esta sábana es de un colchón de antes.

— ¿Y por qué la tienes?

— Porque es de un colchón de antes — dice, y para ella eso contesta la pregunta entera.

Duermo. Duermo del tirón siete horas y media. En un tercero sin ascensor, en una cama de metro treinta y cinco, con un pie fuera de la manta. Y con un ventilador de pie aparcado en el pasillo, tapado con una bolsa de plástico y esperando a junio.

Me despierto una vez a las cuatro, con el brazo dormido y con la boca de ella en el hombro, y me vuelvo a dormir enseguida. En mi casa hay un dormitorio de veintidós metros cuadrados con una cama de uno noventa y llevo dos años durmiendo mal en ella.

A las nueve y veinte de la mañana intento meterme en la ducha con ella y esa es la peor decisión que he tomado en todo el mes.

La ducha de este baño mide setenta centímetros. Setenta centímetros es un plato de ducha para una persona de pie que no mueva los brazos. Entro. Le doy con el codo al grifo y el agua se va a fría de golpe. Ella grita. Yo intento apartarme y no hay adónde apartarse. Y la cortina se me pega entera a la pierna izquierda, desde la rodilla hasta el tobillo, con esa succión que tienen las cortinas de ducha y que no ha explicado nadie todavía.

— Sal.

— Estoy saliendo.

— Es que no cabes, Álvaro, es que físicamente no cabes.

— Ya lo veo.

Salgo con media pierna envuelta en plástico y con el pelo lleno de champú. Ella se sienta en la tapa del váter y se ríe durante casi un minuto entero, doblada, con una mano en el estómago. En algún momento intenta decir algo, no puede y lo deja. No la había oído reírse así nunca. Ni en la Feria.

Desayunamos a las diez, tostadas y café sin leche porque no hay leche, sentados los dos en el sofá otra vez porque en esta casa no se come en la mesa. Ella tiene el pelo mojado y una

camiseta enorme del maratón de una ciudad en la que no ha estado. Le enseño el móvil con la transferencia de catorce cincuenta.

— Ni una palabra — dice.

— No he dicho nada.

— Es que ni una.

Y entonces se lo cuento. No sé por qué se lo cuento y no lo tenía pensado, y llevo veintidós años sin contárselo a nadie, ni a mi abuela, ni a mi primo, ni a la mujer con la que estuve tres años y medio.

— En el cajón de arriba de mi mesa hay un sobre — digo.

— ¿Qué sobre?

— Uno del colegio. Del internado.

Ella deja la tostada en el plato. No dice nada. Es de las pocas personas que conozco que sabe no decir nada.

— Yo tenía catorce años y había un fin de semana de puertas abiertas en noviembre — digo-. Iban los padres. Comida, un partido, una función. Mi madre me dijo por teléfono el jueves que venía. El domingo por la mañana el conserje me dio un

sobre que había llegado por mensajero. Dentro había dinero. Eso me lo dijo el conserje, porque el sobre no lo abrí.

— ¿No lo abriste?

— No.

— ¿En veintidós años?

— No.

Berrocal se queda mirando la taza. Fuera, en la terraza, hay tres trozos de rama de higuera apoyados en la barandilla porque anoche no bajé el cubo.

— ¿Y cuánto había? — pregunta.

— No lo sé.

— ¿Y nunca lo llegaste a saber?

— El conserje dijo un número. No me acuerdo del número. Me acuerdo de que era un hombre muy incómodo diciéndolo.

No me pregunta por qué no lo he abierto. No me dice lo que significa. No me explica mi propia vida. Eso lo hace la gente. Lo hicieron en su día dos personas a las que se lo conté a

medias, y por eso no se lo he vuelto a contar entero. Se queda un rato con la taza en las dos manos.

— ¿Cómo pone tu nombre? — dice.

— ¿Cómo?

— El sobre. ¿Pone tu nombre a mano o está escrito por otra persona? En los internados los sobres los rotulaba la secretaría.

— No lo sé.

— Pues eso lo puedes mirar sin abrirlo — dice, y le da un mordisco a la tostada.

Nos quedamos otro rato con el café frío y con las tostadas a medias. Ella me cuenta que el visado del colegio profesional entró el lunes, que ya está resuelto y que no lo sabe nadie, y me lo cuenta como quien cuenta un chiste sin gracia. Yo le pregunto quién lo movió. Me dice que un señor de 2019 al que le debía una llamada. Le digo que eso hay que ponerlo en algún sitio y ella cambia de tema tan deprisa que casi se oye el ruido.

Me voy a las once y media porque a las doce he quedado con Curro Salcedo en el Zambra. Ella baja conmigo hasta el rellano, descalza y con la camiseta del maratón. En el rellano huele a lejía. La vecina del primero friega los sábados a esta

hora y friega también la escalera de los demás sin que se lo pida nadie.

Desde el segundo sube ruido de agua. El vecino tiene la puerta abierta y está regando la higuera desde dentro con una jarra de plástico, y no piensa levantar la vista.

— El lunes tenemos comité a las nueve — dice ella.

— Lo sé.

— Pues eso.

Me alisa el cuello de la camisa con la mano y la baja. Bajo los tres pisos despacio.

20

Rocío

Mi padre hace arroz un domingo de cada tres, y un domingo de cada tres, desde hace once años, dice por teléfono exactamente la misma frase: que hace arroz, que me vaya y que me lleve a quien quiera. Y yo llevo once años sin llevarme a nadie, salvo a Yoli dos veces y una a una compañera de la academia de inglés que se quedó a dormir en el sofá porque había perdido el último autobús y porque mi padre insistió tres veces con la manta ya en la mano.

El miércoles pasado, a las once de la noche, con el móvil apoyado en la almohada y con la cabeza en cuatro sitios a la vez, le contesté que igual me llevaba a un compañero del trabajo que está solo en Málaga.

Lo dije y me quedé mirando el techo. A los cuatro segundos ya estaba clarísimo: acababa de hacer la cosa exacta que llevo cinco meses y medio evitando con una disciplina de deportista. A los seis segundos estaba igual de claro que ya no la podía deshacer, porque deshacerla habría sido mil veces peor y porque mi padre había dicho que muy bien y había

colgado antes de que a mí me diera tiempo a construir la retirada.

Se lo dije a Álvaro el jueves en el pasillo de la sexta, entre dos reuniones, en voz baja y muy deprisa, y se lo dije de una manera científicamente diseñada para que dijese que no. Le dije que es un piso pequeño, que la televisión está puesta a un volumen que no es humano, que mi padre no termina las frases, que el arroz lleva siempre demasiado azafrán y que no hace ninguna falta. Tardó cuatro segundos en contestar.

— ¿A qué hora? — dijo.

Llega el domingo a las dos y cinco con una botella de vino que no me deja ver la etiqueta y con la cara del que ha aparcado a novecientos metros y no piensa mencionarlo ni bajo tortura. Mi padre abre con la cadena puesta, la quita, le da la mano y le mira los zapatos, que resulta ser una costumbre de las dos familias y que yo no había detectado hasta hoy.

— Tomás.

— Álvaro. Encantado.

— Pase, pase, que está el arroz en la lumbre.

En esta casa las frases no se terminan: se abandonan por el camino, y el que viene de fuera se queda esperando un final que no llega, con esa media sonrisa educada del que cree que detrás viene algo más. Álvaro no espera nada. Pasa directamente al salón. Eso es exactamente lo que hay que hacer aquí y hay que traerlo sabido de casa.

El vino acaba en el mueble del salón. Mi padre lo coge, lo mira por delante y por detrás, lo pone de pie entre la fotografía de mi comunión y una caja de puros vacía que lleva ahí desde los

años noventa, y dice que eso hay que guardarlo para una ocasión.

— Eso no se guarda — dice Álvaro-. Ese vino se abre hoy.

— Ya, ya.

— Es que ahí de pie y al lado del radiador se pica, Tomás. No lo digo por decir. En dos años eso no hay quien se lo beba.

Mi padre dice que bueno y lo deja donde lo ha dejado. Y Álvaro se queda medio segundo de más mirando el mueble, con la misma cara que pone en un comité cuando alguien dice una cifra mal, y yo estoy a metro y medio y no digo nada, y mi padre tampoco, y de eso no se vuelve a hablar en toda la tarde.

Después mi padre abre un tinto de cartón que tiene en la nevera, sirve tres vasos y le echa hielo al suyo. Álvaro, que se ha bebido en su vida botellas que cuestan más que mi coche, se toma el tinto de cartón con hielo como si llevara haciéndolo toda la vida, y a los diez minutos repite, y a la media hora le echa hielo él también.

La cocina de esta casa mide cuatro metros cuadrados y tiene una ventana que da al patio de luces por la que se oye todo lo que pasa en los seis pisos. Ahí dentro no caben dos personas si una de las dos es mi padre con el paño colgado del hombro, así que yo me quedo de pie en el marco de la puerta pasándole cosas y él va y viene entre la paellera y el fregadero explicándome por qué este arroz no es un arroz de los de foto.

Sale bien. Sale muy bien, para ser exactos, y con el azafrán en su punto por primera vez en cuatro años, cosa que digo en voz alta y que mi padre recibe encogiéndose de hombros y

mirando a la televisión, aunque le veo perfectamente la cara desde donde estoy.

Comemos con la televisión puesta, porque comer con la televisión apagada en esta casa sería una declaración de guerra sin previo aviso. Hoy hay una película del oeste de las de después del telediario, doblada en los años ochenta, con los indios hablando como notarios y con un vaquero que dice «diantre».

— Diantre — dice Álvaro, muy bajito.

— No empieces.

— Es que lo ha dicho dos veces. Mi padre come en su sillón, con el plato apoyado en una mesita auxiliar que compró para eso.

Y a los veinte minutos pasa una cosa que yo no tenía prevista en ninguno de los cuatro escenarios que había ensayado durante toda la semana.

— Rocío me ha dicho que usted llevaba el once — dice Álvaro.

— Veintiocho años.

— ¿Y en veintiocho años cambió mucho el recorrido?

Mi padre baja el tenedor y deja el plato en la mesita, y por primera vez en once años gira el sillón cuatro centímetros hacia la mesa. Lo que viene después dura cuarenta minutos y yo no digo prácticamente nada en esos cuarenta minutos,

porque no me hace falta y porque hay cosas que llevo treinta y dos años sin oír.

Cuenta que el once no ha cambiado en el papel pero que por dentro ha cambiado entero, que le quitaron dos paradas en el noventa y nueve por una obra que iba a durar seis meses y duró tres años, y que no las devolvieron nunca porque nadie reclamó. Que la cuesta de arriba se subía en segunda y ahora ya no, porque han puesto badenes. Que el tiempo de recorrido oficial está calculado con un tráfico del año ochenta y seis. Y lo de los baños, que los conductores no tienen dónde ir en la cabecera de línea, que es una cosa en la que no piensa jamás ningún pasajero y que condiciona un turno de siete horas más que cualquier otra.

Y Álvaro le pregunta. Le pregunta de verdad, con esas preguntas suyas de cinco palabras y una detrás de otra, y a la tercera o la cuarta ya pregunta igual que en una reunión de dirección, cuando alguien le está explicando cómo funciona por dentro una cosa que él no sabe y que le interesa.

— ¿Y cuántos minutos de intervalo tenían en hora punta?

— Ocho. Ocho en teoría.

— ¿Y en la práctica?

— En la práctica el segundo se le pega al primero y el tercero viene a los veinte, que es lo que pasa siempre, porque el primero va recogiendo a todo el mundo y va cargando retraso

y el de detrás va vacío y va volando, y a eso nosotros le llamábamos ir a la...

Y se calla, porque en la película acaban de disparar a alguien delante de un abrevadero, y se queda mirando la pantalla con el tenedor a la altura de la barbilla.

— Ir a la cola — termino yo.

— Eso. Aliquindoi con eso, que ahí se te va el turno entero y llegas a la cochera con la cabeza como un bombo.

Después de comer, mi padre se levanta a por el postre y trae un flan de los de plástico y un plato de mandarinas que ha pelado a medias no se sabe por qué. Yo empiezo a recoger la mesa. Y entonces Álvaro se levanta, coge cuatro platos de una sola vez sujetándolos mal, se mete en la cocina de cuatro metros cuadrados y abre el grifo.

— Deje usted eso — dice mi padre desde el sillón.

— Ya está empezado.

— Hombre, que es usted el invitado.

— Que ya está empezado, Tomás.

Y friega. Friega durante veinticinco minutos. Veinticinco minutos es un tiempo delirante para once platos, dos cazuelas, seis vasos y una paellera, y friega así de largo porque no sabe hacerlo y porque no lo ha hecho nunca en su vida y porque no piensa preguntar. Lo hace en el orden equivocado de principio a fin. Enjabona los vasos después de las cazuelas y tiene que empezar otra vez con los vasos. Deja los cubiertos para el final. Peor decisión que esa no hay. La paellera se le resiste diez minutos largos hasta que descubre

él solo que hay que dejarla en remojo, y cuando lo descubre lo anuncia en voz alta con el tono de un hombre que acaba de inventar el remojo esta misma tarde.

Yo estoy de pie en el marco de la puerta de la cocina con un paño en la mano y sin secar absolutamente nada.

Desde aquí se le ve la espalda, y el reflejo de media cara en el cristal de la ventana del patio de luces, y el paño de cocina que se ha colgado del hombro imitando a mi padre sin saber que lo está imitando, un paño que tiene dibujada una farola de la calle Larios y la palabra MÁLAGA en letras rojas y que compró mi madre en un puesto de la calle Nueva. Y detrás, en el salón, mi padre le está contando a la televisión que en el ochenta y cinco hubo una huelga que duró once días y que él estuvo en la puerta de la cochera todas las mañanas a las seis.

Se me ocurre que dentro de cuatro años esto podría ser un domingo cualquiera, uno de esos que no se cuentan porque no tienen nada dentro, y se me ocurre con tanta facilidad y con tan poco esfuerzo que me tengo que salir al balcón.

Estoy fuera noventa segundos. El balcón de esta casa da a una calle en cuesta con dos naranjos y un contenedor azul, y desde aquí se ve un trozo de monte y una grúa que lleva parada desde antes de la pandemia. Hace un sol de febrero de los que aquí no comenta ni un turista, y abajo hay dos críos dándole patadas a un balón contra la persiana de un local cerrado con una constancia admirable.

El miedo a que salga mal lo tengo desde agosto y con ese ya he aprendido a convivir, igual que aprendí con lo de la matrícula, con lo del hospital y con las otras cuatro cosas grandes que me han pasado. El de hoy es otro. El de hoy es la facilidad. Lo poco que ha costado que un hombre que no sabe fregar esté

fregando en la cocina de mi madre un domingo de febrero, y lo rápido que me he acostumbrado yo en noventa segundos. Noventa segundos es lo que se tarda en fumar un cigarro y yo no fumo.

Porque esto lo puedo tener. Es la primera vez en toda mi vida adulta que veo una cosa así de cerca y me la creo.

Vuelvo dentro. Álvaro está secando la paellera con el paño de la farola de Larios y ha colocado el escurridor de una manera que no se sostiene, con la paellera de canto y dos platos apoyados en ella, y no se lo digo, y a los diez segundos se cae todo y no se rompe nada y mi padre grita desde el sillón que eso pasa siempre.

A las cinco y media Álvaro se sienta en la silla que está pegada al sillón de mi padre, que es la silla en la que me siento yo desde que tengo memoria, y se quedan los dos viendo el final de la película sin hablar y sin mirarse. En algún momento mi padre le ofrece una mandarina y él la pela entera de una sola tira, y mi padre lo considera un talento sobrenatural y lo dice dos veces.

Y a las seis menos veinte, cuando ya estamos con los abrigos en la mano, mi padre dice la frase desde el sillón, sin girarse, con el mando a distancia en la mano y con los créditos subiendo por la pantalla.

— Es que tú siempre has sido la que...

Y se para. En la televisión empieza el avance de la película siguiente, y hay un caballo, y una música con trompetas, y mi

padre levanta la cabeza tres centímetros y sube el volumen una raya.

— ¿La que qué, papá?

— ¿Eh? No, nada. Que si te llevas el táper del arroz, que hay para dos días.

Me llevo el táper del arroz, naturalmente. Le doy un beso, le digo que el jueves vengo a por los papeles de la mutua, él me contesta que no hace falta y yo le contesto que ya lo sé. Nos decimos eso siempre y en ese orden exacto desde hace once años.

Álvaro le da la mano en la puerta y mi padre le dice que vuelva cuando quiera, y lo dice con un tono que no significa nada y que significa todo, y yo me quedo dos segundos atrás porque me he dejado la bufanda en el respaldo de la silla del salón, que está justo al lado del mueble. Dos segundos no. Los que hagan falta.

Y en el mueble, entre la fotografía de la comunión, la caja de puros vacía y la botella de vino que va a estar ahí de pie hasta que se muera alguien, está el bote de las horquillas. Es un bote de cristal de los del cacao soluble, con la etiqueta arrancada a medias, y dentro hay horquillas negras, dos gomas del pelo y una pinza pequeña con un lazo azul. Eran de mi madre. Charo murió hace once años y ese bote no lo ha tocado nadie, ni para tirarlo ni para vaciarlo ni para cambiarlo de sitio, y cuando pintaron el salón en 2016 alguien lo levantó, pintó por debajo y lo volvió a dejar dentro del mismo círculo de polvo.

Cojo la bufanda y me la echo al cuello.

En el bote hay ciento y pico horquillas y no se va a peinar nadie con ellas.

21

Álvaro

El consejo de administración del Grupo Peñalver se reúne cuatro veces al año en la pecera de la sexta planta, alrededor de una mesa de doce que se compró para catorce. Con voto somos seis. Mi abuela, que preside y que llega media hora antes. Mi primo, vicepresidente. Dos consejeros independientes: un abogado de setenta años que lleva veinte en el consejo y no ha faltado a una sesión, y una economista que fue directora financiera de una naviera de Algeciras, que está aquí desde 2009 y que habla dos veces por reunión y las dos con razón. Un representante de la rama familiar de mi tía, que vive en Sevilla y que se conecta por videollamada desde una cocina. Y yo. Elvira Quesada Pino levanta el acta desde una silla lateral y no vota. La persiana veneciana sigue torcida, igual que en septiembre. Mi abuela ha llegado a las nueve y media, como llega desde 1971, y se ha sentado en la cabecera de espaldas a la ventana. El café lo ha subido Inma Requena en dos termos desde la cafetería de la esquina,

porque la máquina de la sexta lleva estropeada desde febrero del año pasado.

Empiezo a las diez. Me levanto y hablo doce minutos con cuatro cifras y ninguna diapositiva.

El Zambra abre el diecinueve de marzo. La obra va con dos días de adelanto sobre el calendario de Amalia Rus. El gresite salió de horno el veintitrés de febrero y está colocado en el sesenta por ciento de la fachada norte. La licencia de apertura está limpia. Las reservas de Semana Santa se abrieron el once de febrero y llevamos el sesenta y ocho por ciento de ocupación vendida para los nueve días grandes. Esa cifra no la tiene ningún hotel del grupo en marzo y no la esperaba ni yo.

Cuando termino, el abogado de setenta años dice que enhorabuena y lo dice de verdad. La economista pregunta por el coste de puesta en marcha del personal. Es la pregunta buena. Se la contesta Elvira con dos folios. Mi abuela no dice nada y se mira las manos. Eso lo hace cuando está contenta y no le da la gana.

Y a las once menos veinte, cuando ya estamos en ruegos y preguntas y el de Sevilla ha dicho dos veces que se le va la conexión, mi primo hace la tercera pregunta. La que no hizo el dos de febrero delante de seis personas. La que llevo un mes esperando.

— Perdonad que vuelva a lo de la fachada — dice-. Cañaveral pidió revisión de precios en febrero. Ciento veinte mil euros, según la carta que se le envió a la dirección de obra. Y en la cuenta de este proyecto no aparece esa cantidad por ningún sitio. Me gustaría entenderlo.

Ignacio Peñalver Salas lo dice sin subir la voz y sin mirarme. Lo dice mirando a la economista, porque a la economista es a

quien hay que mirar cuando quieres que una pregunta se quede en el acta.

— Lo he puesto yo — digo.

Hay un silencio de esos que se pueden medir con un reloj. Cuatro segundos largos, con el ruido de la ventilación por encima y con la cámara del de Sevilla congelándose y descongelándose en la pantalla del fondo. Mi abuela levanta la cabeza por primera vez en toda la mañana.

— ¿Cómo que lo has puesto tú? — dice el abogado.

— Aportación de socio a fondo perdido. El nueve por ciento que heredé de mi padre da para eso. Ciento veinte mil euros. Sin condiciones, sin intereses y sin derecho a nada. Está formalizada desde el cuatro de febrero y está en la contabilidad. No se ha tocado el presupuesto aprobado por este consejo en septiembre.

— ¿Y por qué no ha venido aquí?

— Porque no había nada que aprobar y porque teníamos tres semanas de retraso encima.

La economista deja el bolígrafo. Elvira escribe durante bastante más tiempo del que hace falta para escribir lo que

acabo de decir. Mi abuela sigue mirándose las manos y no las mueve.

— A mí me parece muy generoso — dice el abogado-, y también me parece que estas cosas hay que hacerlas al revés. Se pide primero y se paga después.

— Tomo nota.

— No, Álvaro, no tome nota. Hágalo.

— ¿Alguien quiere que esto conste de otra manera en el acta? — pregunta Elvira, sin levantar la vista.

No lo pide nadie. La economista mira a mi primo y mi primo mira el orden del día, y ninguno de los dos dice nada, y ahí está la respuesta.

Y ahí se acaba, porque en los consejos las cosas se acaban cuando alguien ha dicho la frase que se va a repetir después en el ascensor. Se aprueban las cuentas del trimestre. Se levanta la sesión a las once y cuarenta. Mi abuela se va con Elvira a ver la maqueta a la séptima porque quiere ver la maqueta y porque no quiere hablar conmigo.

Mi primo me espera en el pasillo.

— ¿Tienes cinco minutos?

— Tengo cinco minutos.

Nos metemos en el archivo, el único sitio de esta planta donde no hay cristal. Huele a papel viejo y a moqueta. Hay un tubo de

cartón negro apoyado en el rincón, de pie, al lado de una caja de cintas de vídeo.

— Lo de ahí dentro te lo he tenido que preguntar — dice Nacho-. Si no lo pregunto yo, lo pregunta la de Sevilla dentro de dos meses y con peor cara.

— Lo sé.

— Y ahora te voy a decir una cosa, y te la voy a decir con todo el cariño — dice, y hace una pausa muy corta-. Y luego te la voy a repetir sin él.

Tiene treinta y nueve años, dos hijas, cuatro años de consejero delegado en funciones a la espalda y un puesto que le quitaron por teléfono un martes de julio. Nunca me ha dicho nada de eso y no me lo va a decir hoy.

— No te estoy preguntando nada — dice-. No me contestes. No quiero saberlo, y si algún día lo sé, quiero saberlo el último y por el periódico.

— Nacho.

— Que no me contestes.

Me callo.

— Esto sale — dice-. Todo sale. En esta empresa se sabe lo que cobra cada uno y con quién se va cada uno a fumar. Y el día que salga, a ti te van a dar tres meses malos. Un consejo incómodo, dos cenas incómodas, una llamada de la abuela y

ya está. Tú eres el que firma, tú tienes el apellido puesto en la puerta y tú vas a seguir siendo tú el resto de tu vida.

— Ya.

— Y a ella no la va a volver a llamar nadie por su nombre en ningún sitio de esta provincia.

Se apoya en el archivador con las dos manos y se me queda mirando desde el otro lado.

— La conozco desde hace ocho años — dice-. Yo le he pedido cosas los sábados por la noche a las diez y me las ha resuelto. Y esto no lo digo por ella y no lo digo por ti. Lo digo porque va a pasar y porque cuando pase se va a llamar «la del jefe», y esa palabra no se cae. Se queda pegada como el aceite.

— ¿Has terminado?

— No — dice-. Falta lo peor.

Y aquí baja la voz, y es la única vez en toda la conversación en que parece mi primo y no un director comercial.

— Lo peor es que tú, el día que te des cuenta de que lo va a pagar ella y no tú, vas a hacer algo. Porque tú siempre haces algo. Y lo que hagas va a ser peor que no hacer nada, y no te lo va a decir nadie a tiempo, porque cuando tú decides una cosa no se te puede hablar. Eso lo tienes desde crío, Alvarito.

Esa palabra no la dice nadie en esta familia desde que se murió mi madre, y mi madre la decía por teléfono y desde lejos. Mi primo lo sabe y la ha guardado para el final.

Sale del archivo y cierra, y me deja de pie entre dos armarios metálicos, con un tubo de cartón negro apoyado en el rincón y

con una caja de cintas de vídeo del noventa y siete. Tardo un minuto largo en salir. Cuando salgo, en el pasillo no hay nadie y la máquina de café sigue rota.

El resto del día no sirve para nada. Como con la economista y con el abogado en Muelle Uno y hablo hora y media de la ampliación de Nerja sin enterarme de una palabra de lo que digo. A las cinco firmo cuatro cosas. A las siete y media le escribo un mensaje de cinco palabras y me contesta con dos.

Llega a mi casa a las diez y cuarenta. Del centro al camino del Aljibe hay doce minutos en coche y ella ha venido en el suyo, que tiene arreglada la correa y sigue teniendo el mando roto. Aparca dentro. Aquí eso es lo único fácil. La casa está a oscuras porque llevo dos horas sentado en la cocina sin encender nada, con la puerta del jardín abierta y con el frío entrando.

— ¿Y esto? — dice desde el recibidor.

— ¿El qué?

— Que no hay luz.

— Es que no la he dado.

Sube ella delante. Pasamos por el salón, donde hay cuatro bultos de muebles envueltos en plástico desde hace dos años y un sofá, y ella no dice nada de los bultos, y se lo agradezco todos los meses. Subimos. El dormitorio está arriba y tiene un ventanal sin cortinas que da al jardín, y en el jardín hay un foco con detector de movimiento que se enciende cada vez que pasa un gato, y por aquí pasan muchos gatos.

No le cuento lo de Nacho. No le cuento lo del consejo. Le he dicho por teléfono la verdad, que el consejo ha ido bien, y todo

lo demás me lo callo, y me lo callo sabiendo perfectamente lo que estoy haciendo.

La beso en la escalera, en el penúltimo escalón, con ella un peldaño por encima y a mi altura por primera vez desde agosto. La beso mal. La beso con una prisa que no tiene nada que ver con ella y ella lo nota en cuatro segundos.

— Eh.

— ¿Qué?

— Que estoy aquí — dice-. Que no me voy a ninguna parte. Baja un poco.

No bajo. La subo en brazos los dos últimos escalones. Es una tontería y lo hago igual, y ella se ríe y me dice que me voy a hacer daño en la espalda y que tengo treinta y seis años.

En el dormitorio la desnudo de pie y deprisa y ella me deja. Me quita la camisa tirando del cuello, sin desabrochar nada, y salta un botón que no vamos a encontrar. Y después la siento en el borde de la cama y me pongo de rodillas en el suelo delante de ella y me quedo ahí.

— Álvaro.

— Un momento.

Le pongo la cara en el muslo. No hago nada durante diez o quince segundos, solo eso, con las dos manos alrededor de sus caderas y con la cara donde la tengo. Ella me pone la mano en la nuca y no dice nada más.

Después le paso la lengua y no soy delicado. Le abro las piernas con los antebrazos y le sujeto las caderas para que no

se aparte. Me quedo ahí hasta que empieza a apretarme la cabeza con los muslos. En algún momento se deja caer de espaldas sobre el colchón y yo la sigo con la boca sin soltarla.

— Dímelo — digo.

— ¿Qué te diga qué?

— Lo que sea. Habla.

Y habla. Me dice lo que quiere y cómo, y esta vez no tarda ocho segundos en decirlo, y esa es la diferencia entre esta noche y hace tres semanas. Se corre así, con las dos manos en mi pelo y diciendo cosas, y cuando termina intenta incorporarse y le pongo la mano en el esternón y la vuelvo a tumbar.

— Otra vez.

— No puedo.

— Sí puedes.

— Álvaro, que no...

— Rocío. Otra vez.

Y puede.

Después se da la vuelta ella sola, sin que se lo pida, y se pone a cuatro patas en el borde de la cama con la cara apoyada en el antebrazo. Se la meto de una vez y no despacio. Ella dice mi nombre entero y luego dice otra cosa que no es una palabra. Le agarro la cadera con la izquierda y con la derecha le busco

el pelo y se lo recojo en la mano, y le pregunto si puedo tirar y me dice que sí, que tire, y tiro.

Es la única vez en siete meses que follamos así y los dos lo sabemos mientras está pasando. En mitad de eso se enciende el foco del jardín porque ha cruzado un gato. Entra por el ventanal sin cortinas una luz blanca de las que se usan en los aparcamientos. Nos ilumina enteros de cintura para arriba y no para ninguno de los dos. Y a los cuatro o cinco minutos, sin ningún motivo, paro yo.

Me quedo quieto, dentro, con las dos manos en su cintura y con la respiración hecha una porquería. Ella gira la cabeza para mirarme por encima del hombro.

— ¿Qué pasa?

— Nada.

— ¿Qué pasa, Álvaro?

— Ven aquí.

La levanto y me siento en el suelo con la espalda contra el somier. Ella se sienta encima de mí de frente, con las piernas alrededor de mi cintura. Nos quedamos así un rato sin movernos, con su cara pegada a la mía y las dos manos suyas en mi cara. Se mueve despacio. Yo la abrazo entera, por la

espalda, con los dos brazos, y no hay una sola parte de mí que esté haciendo otra cosa.

— Mírame — dice ella.

— Te estoy mirando.

— Ya lo sé — dice-. Que sigas.

Nos corremos casi a la vez, ella un poco antes y todavía hablando, diciéndome al oído cosas que a la una y veinte de la madrugada no significan nada, y yo detrás, agarrándola con las dos manos y con más fuerza de la que hace falta.

Nos quedamos en el suelo. El foco del jardín se ha apagado y ha vuelto a encenderse dos veces. Hace frío en esta casa porque la calefacción la programé mal en noviembre y no la he vuelto a tocar.

— Tengo que irme — dice a la una y media, contra mi hombro.

— Quédate.

— Mañana a las siete estoy en el Zambra. Viene el de la cocina y tengo que abrirle yo.

— Quédate y te llevo a las seis y media.

— Álvaro.

— Quédate.

Lo digo tres veces. Y a la tercera me oigo a mí mismo y no me reconozco, porque yo no pido cosas. Yo doy cosas. Yo llevo treinta y seis años dando cosas y firmando cosas y resolviendo cosas. Todo eso para no tener que decir en voz

alta una palabra de dos sílabas a la una y media de la madrugada. En el suelo de mi propia habitación. Delante de Rocío Berrocal Cantos, que mañana a las siete tiene que abrirle la puerta a un instalador de cocinas.

Ella no me contesta enseguida. Me pone la mano en la cara, en el mismo sitio de antes, y me mira durante mucho más rato del que hace falta para contestar que no a una pregunta como esa. Fuera se enciende el foco otra vez.

— El viernes — dice.

— El viernes no es hoy.

— Ya lo sé.

Se viste. Baja. Yo bajo detrás con los pantalones puestos y sin camisa y le abro la puerta del jardín. Ella me dice que me meta dentro, que hace un frío que pela. Arranca. Las luces del coche barren la tapia y desaparecen por el camino del Aljibe a las dos y cuatro minutos de la madrugada del jueves.

Me quedo en la puerta descalzo y sin camisa hasta que deja de oírse el motor, y luego un poco más. El jueves cuatro de marzo llego a la oficina a las siete y media, como todos los días. A las ocho y diez tengo a Curro Salcedo al teléfono para decirme que el gresite de la fachada sur va más rápido de lo previsto. A las nueve hay comité y dura cincuenta minutos. A las diez y cuarto me llama la economista del consejo. Me dice, en privado y sin acritud, que lo de ayer estuvo mal hecho. Y me dice que ella lo habría votado a favor si se lo hubiera pedido.

A las once y media Elvira Quesada Pino sube a la séptima sin avisar, y eso ya es raro por sí solo. Elvira no sube sin avisar; Elvira te hace un ping, te pone un hueco de veinte minutos y viene con una carpeta y un guion. Hoy sube por las escaleras

de servicio, llama a la puerta con dos golpes secos, entra sin esperar respuesta y cierra detrás de ella.

Hoy no lleva carpeta. Lleva un solo folio impreso, cogido por el borde con las yemas, como se coge un papel que no es tuyo.

— Ha entrado una comunicación en el buzón ético — dice-. Ayer, a las 21:48. Es anónima. Yo soy la única que tiene acceso, y el protocolo dice que se lo tengo que trasladar al consejero delegado en veinticuatro horas salvo que el consejero delegado esté afectado por los hechos.

Deja el folio encima de la mesa y lo gira para que quede de cara a mí. Se queda de pie. No se sienta y no me dice que lo lea.

Leo la primera línea entera y levanto la cabeza. Y Elvira Quesada Pino me está mirando con la misma cara con la que me miró el dieciocho de diciembre, en la comida de Navidad, cuando yo tenía una linterna encendida en la mano apuntando al techo de un salón con toda la luz dada. Hasta hoy no sabía de qué me sonaba esa cara.

22

Álvaro

La queja tiene cuatro líneas y ni una falta. La leí ayer a las once y media, de pie y sin sentarme, con Elvira Quesada Pino delante, y la he vuelto a leer catorce veces desde entonces. La llevo impresa dentro de la carpeta. Salió con una raya gris que cruza el folio de arriba abajo, porque la impresora de la sexta hace eso desde enero y sigue igual. Dice: «La dirección efectiva del proyecto Zambra la lleva una persona que no figura en el organigrama del proyecto y que mantiene una relación personal con el consejero delegado. Las decisiones se están tomando fuera de los órganos previstos. No pido sanción. Pido que se cumpla el código que firmamos todos en septiembre.»

No pide sanción. Eso es lo peor. Llevo desde las cuatro y media en la terraza del despacho con una manta de viaje por encima, las grúas del puerto encendidas y un carguero entrando por la bocana a la velocidad de un hombre andando. Quien ha escrito esas cuatro líneas no quiere hacerle daño a nadie. Quien ha escrito esas cuatro líneas tiene razón. Y la persona que no figura en el organigrama lleva ocho años sin figurar en

ninguno, con la diferencia de que los siete primeros no fueron culpa mía.

A las ocho menos diez sube Pepe Nadales con el correo y con ganas de hablar. Me cuenta que en la Alameda ya han marcado con tiza los pies de las tribunas. Me cuenta que este año la madera viene de fuera y por eso las montan antes. Me cuenta que su padre fue camarero del Zambra desde el sesenta y nueve hasta que le fallaron las rodillas, y que abrir el Viernes de Dolores es una barbaridad, y que la ciudad va a estar cortada, y que él, de todas formas, piensa ir. Le doy las gracias. Cierro la puerta. Son las ocho menos cinco de la mañana de un viernes y la decisión ya está tomada, aunque todavía tarde siete horas y cuarto en firmarla.

Elvira Quesada Pino entra a las nueve y media con dos carpetas y no se sienta hasta que se lo digo. Escribió el código de conducta el verano pasado y ahora los dos sabemos para qué sirve. Abre la primera por la página que le interesa y deja el bolígrafo encima, en diagonal, para que no se cierre.

— El buzón es anónimo de verdad — dice-. No guarda dirección, no guarda hora, no guarda nada. Se diseñó así a propósito y lo aprobó el consejo. Si me preguntas quién ha escrito eso, no lo sé. Y si lo supiera, tampoco te lo diría.

— No te lo he preguntado.

— Me lo ibas a preguntar.

Tiene razón. Se lo iba a preguntar. Llevo desde ayer con una lista de nueve nombres en la cabeza y la lista no vale nada, porque cualquiera de los nueve tendría motivo y ninguno de

los nueve gana nada con esto. La cierro. Da igual quién. Lo que dice el papel sería verdad aunque lo hubiera escrito el portero.

— El código dice tres cosas — sigue, y las cuenta con el dedo encima de la mesa, una a una, sin levantarlo entre número y número-. Que declares el vínculo por escrito. Que te apartes de toda decisión que afecte a la carrera de esa persona. Y que lo resuelva el consejo, no tú.

— El consejo ordinario es el veintiséis de mayo.

— El consejo se reúne cuando lo convoca su consejero delegado.

Me levanto y me voy a la ventana. Desde aquí se ve el edificio de aduanas, media Alameda y el arranque de la calle del Cuartelillo, que está a siete minutos andando y donde hay ciento diez habitaciones a medio terminar. Faltan tres semanas exactas. Si convoco un consejo extraordinario ahora y pongo esto encima de la mesa, en cuarenta y ocho horas lo sabe la ciudad entera, y en la ciudad entera hay ochocientos hoteleros y catorce periodistas y todos van a contar la misma historia, y en esa historia hay un consejero delegado que se ha buscado un lío y una empleada que se ha buscado un jefe. Esa

es la historia. No hay otra. Nacho me lo dijo en enero y no le hice caso.

— El código no te pide que la muevas a ella — dice Elvira detrás de mí-. Te pide que te muevas tú.

— Si me muevo yo tres semanas antes de abrir, el proyecto se cae.

— Eso es un problema — dice-. No es este.

Me vuelvo. Está sentada muy recta, con las dos manos encima de la carpeta, y no tiene ninguna prisa. Cuarenta y siete años y dieciocho aquí dentro. Yo llevo seis meses.

— ¿Tú qué harías? — le pregunto.

— Yo no soy la que puede — dice-. Esa es la gracia del asunto.

Recoge las carpetas. Ya en la puerta se para, con la mano en el marco de aluminio, y me mira a través del cristal esmerilado como se mira a alguien a quien todavía se le puede decir algo. No dice nada. Sale. La silueta se va por el pasillo y se hace pequeña y luego ya no está, y yo me quedo con el folio de la raya gris y con el bolígrafo de mi abuelo en la mano y sin haberla contradicho en nada de lo que ha dicho, porque no hay nada que contradecir. El código lo pedí yo. Lo firmé el primero, en septiembre, delante de dieciocho personas, y me pareció una manera elegante de empezar.

A las once y veinte bajo a la sexta con la excusa de una carpeta de albaranes que no necesito. Huele a tóner caliente porque alguien lleva media hora en la fotocopiadora. Rocío Berrocal Cantos está donde está siempre, en la última mesa contra la

columna, y para saber quién entra en la pecera tendría que girarse entera. Nunca se gira.

Está con dos teléfonos. Uno es el suyo y el otro es el fijo, que sostiene con el hombro mientras teclea, y por el fijo está discutiendo con un proveedor de menaje y por el móvil está calmando a Marian, y las dos conversaciones son distintas y a las dos les está ganando. Tiene el pelo recogido con un boli. Encima de la mesa hay cuatro colores de post-it y un plano de la primera planta con la ciento catorce rodeada a mano. Estoy a doce metros de ella y podría cruzarlos en cinco segundos, sentarme en la silla de al lado, ponerle el folio delante y preguntarle qué quiere hacer.

No lo hago. Cojo la carpeta que no necesito y subo por las escaleras de servicio, que se hacen en cuarenta segundos. Y por el camino me repito lo que llevo repitiéndome desde las cuatro y media: que ella no se merece pasar por eso, que yo la metí en esto, que la única persona que no tiene ninguna culpa es la que lo va a pagar, y que existe una manera de que no lo pague.

La manera es esta. La saco del proyecto tres semanas antes de abrir. La saco por arriba, no por abajo: responsable de calidad de las once unidades del grupo, un puesto que no existía y que le encaja tan bien que parece cortado para ella, reportando a Elvira y no a mí. Y le subo el sueldo. El veintidós por ciento lo he calculado yo esta madrugada con el móvil, en la terraza, con la manta por encima. Cuatrocientos treinta y seis euros más al mes. Cuando llegue el consejo de mayo, ella ya no depende de mí, ya no está en el proyecto, la queja no tiene objeto y no se puede escribir en ningún sitio que la dirección

efectiva del Zambra la lleva la mujer con la que se acuesta el consejero delegado.

Y el lunes se lo cuento. En persona, con calma, en la terraza del despacho, con las grúas delante, sin prisa y sin gente delante. Le explico el orden de las cosas, le enseño la queja, le enseño los números, y le digo que en junio, cuando esto se haya enfriado, hablamos de lo otro. Lo tengo pensado hasta la frase con la que empiezo.

A la una y media no bajo a comer. A las dos menos veinte abro el móvil y escribo: «¿Tienes diez minutos esta tarde?». Lo miro. Suena a despido. Lo borro. Escribo: «Tenemos que hablar de una cosa buena». Peor. Lo borro. Escribo: «¿Cenamos hoy?» y esa se queda ahí un rato largo, con el cursor parpadeando, porque si cenamos hoy se lo cuento hoy, y si se lo cuento hoy me lo va a discutir, y si me lo discute yo voy a ceder, y si cedo dentro de tres semanas hay una placa con su nombre y una ciudad entera diciendo por qué. Borro también esa. Dejo el móvil boca abajo. Un hombre de treinta y seis años, con una empresa vendida a los treinta y tres y un consejo de administración esperando resultados, sin ser capaz de escribir siete palabras.

Lo que no escribo, y esto lo entiendo cuatro horas después y no ahora, es la única frase que servía. Tenía nueve palabras. Me han pedido que cumpla el código. ¿Qué hacemos?

A las tres y diez firmo.

Es un documento de dos folios que se llama Modificación de estructura organizativa y lo firmo con el bolígrafo de mi abuelo, el único que hay encima de esta mesa y que escribe

fatal. Elvira firma debajo, en la casilla de la derecha, sin decir nada. Luego se queda de pie con los dos folios en la mano.

— ¿Se lo has dicho a ella? — pregunta.

— El lunes.

— Que conste que te lo he preguntado.

— Consta.

— Entonces lo aterrizamos así — dice, y se da media vuelta hacia la puerta-. Yo lo meto en el sistema esta tarde y lo comunico. El sistema saca los cambios de estructura el mismo día del cierre semanal, a última hora.

— Bien.

Eso es lo que contesto. Bien. Son las tres y once minutos de la tarde del viernes cinco de marzo, Elvira está saliendo por la puerta de cristal esmerilado con dos folios firmados en la mano, acaba de decirme en voz alta lo que va a pasar dentro de cuatro horas y media, y yo digo bien y me pongo a repasar el presupuesto del catering de la reapertura.

La tarde es larga y buena. Curro Salcedo me manda las fotos de la fachada con el gresite limpio y por primera vez el edificio parece un hotel y no un solar de pie. Amalia Rus confirma la licencia de ocupación para el diecisiete. Mi primo Ignacio Peñalver Salas me llama para preguntarme si a la reapertura viene la abuela y le digo que la abuela vendría aunque hubiera que traerla en el trono. A las seis y media me

tomo un café de máquina de los de abajo, que sabe a cartón porque la de la sexta lleva estropeada desde febrero.

A las siete y veinte bajo al aparcamiento. Meto la carpeta en el asiento de atrás. No arranco. Me quedo con las manos en el volante y la puerta del garaje subida, y desde ahí se oye la Alameda, que un viernes de marzo a esta hora es un ruido bueno.

A las siete y cuarenta y uno vibra el móvil en el hueco de la puerta. Lo cojo. Es un correo con doce destinatarios en copia, la interesada incluida, y el remitente es una dirección que no contesta nadie porque no es de nadie.

Comunicación automática. Grupo Peñalver. No responda a este mensaje.

Asunto: actualización de estructura organizativa. Efectos: 8 de marzo.

Se comunica a las direcciones de las once unidades del grupo la siguiente modificación, aprobada y firmada por el consejero delegado el 5 de marzo a las 15:10.

Doña Rocío Berrocal Cantos causa baja en el proyecto de reapertura del Hotel Zambra y pasa a ocupar el puesto de

responsable de calidad del Grupo Peñalver, con dependencia directa de la Dirección de Personas.

La dirección del proyecto de reapertura del Hotel Zambra queda asignada a don Ignacio Peñalver Salas.

Retribución revisada según anexo. Antigüedad y condiciones restantes sin modificación.

Este mensaje se ha generado de forma automática el 5 de marzo a las 19:41.

Doce en copia. La última de los doce lo está leyendo ahora mismo en algún sitio de esta ciudad, y yo estoy en un garaje con las manos en el volante y sin arrancar.

23

Rocío

El teléfono vibra a las siete y cuarenta y uno en la parada de la Alameda, con la espalda apoyada en un tubo de andamio de los que llevan montando desde el lunes para las tribunas, y yo lo saco convencida de que es mi padre preguntándome si llevo pan, porque los viernes me pregunta si llevo pan y llevo pan desde hace once años.

Mi padre no manda correos. El que ha entrado viene de una dirección de las que no contesta nadie, con el asunto en mayúsculas y doce nombres en copia, y el mío el último de los doce, escrito entero, con los dos apellidos y con un doña delante que en ocho años no me había puesto nadie en esta empresa, ni siquiera el día que me hicieron indefinida.

Leo el asunto. Lo leo otra vez. Y a la tercera lo leo entero y despacio, porque las dos primeras las he pasado buscando por encima la palabra que me salve, y a la tercera se entiende que

no hay palabra que salve nada y que el correo dice exactamente lo que dice desde el principio.

Causa baja en el proyecto de reapertura del Hotel Zambra.

Queda asignada a don Ignacio Peñalver Salas.

Aprobada y firmada por el consejero delegado el 5 de marzo a las 15:10.

Las tres y diez. A las tres y diez de esta tarde yo estaba en el sótano del Zambra con Curro Salcedo y una linterna, discutiendo por dónde meter el conducto del aire de la cocina sin cargarnos la bóveda de ladrillo, y ganamos la discusión, y subí contentísima, y me tomé un café de máquina en la obra que sabía a serrín y me pareció bueno.

Lo que tiene un correo automático es que te reescribe el día hacia atrás: a las tres y once yo subía del sótano con el casco colgando de la muñeca y con la sensación tonta y buena de haber salvado una bóveda de ladrillo de 1968, y a esa hora yo ya no dirigía nada, y a las cinco, cuando le mandé a Amalia Rus el esquema de la señalética de las plantas segunda y tercera con tres correcciones que me había costado el fin de semana entero cerrar, tampoco, y ninguna de las dos lo sabíamos, y ella me contestó con un pulgar hacia arriba.

Una señora con dos bolsas de tela se me pone al lado y me pregunta si de aquí sale el que va al cementerio. Y yo, que llevo ocho años contestando cuatrocientas preguntas al mes de gente que no sabe dónde está, que no sabe a qué hora es el desayuno, que no sabe si el aparcamiento es el de al lado o el de la esquina, me quedo mirándola con el teléfono en la mano y le digo que no lo sé. Se lo digo dos veces, además, porque la

primera me sale sin voz. Ella dice que no pasa nada y se va a preguntárselo a otro.

El autobús llega y abre las puertas y yo no me subo. Se va con el intermitente puesto media Alameda abajo y yo sigo en la parada, con el andamio en la espalda y el móvil en la mano, y llamo a Yoli.

Descuelga al segundo tono. Yoli no descuelga jamás al segundo tono: Yoli descuelga al séptimo, gritando desde el pasillo que ya va y que no se le ocurra colgar a nadie.

— Rocío.

— ¿Tú lo has visto?

Hay un silencio. En ocho años de amistad dentro de una empresa donde ella lleva las nóminas y yo llevo las quejas, Yolanda Palomo no ha hecho un silencio conmigo jamás. Yoli cuenta las cosas antes de que pasen. Yoli me dijo lo de la subida del convenio en marzo del año pasado con dos semanas de antelación y con la boca pequeña y con el dedo en los labios, y me dijo lo del cierre de la planta de Nerja, y me dijo hasta lo del divorcio de Inma Requena, y era mentira, pero me lo dijo.

— Lo tengo delante desde las cuatro — dice-. El anexo de la nómina. Me lo pasó Elvira a las cuatro menos cinco para que lo cargara antes del cierre.

— Las cuatro.

— Las cuatro.

Cuento hacia atrás. De las cuatro menos cinco a las siete y cuarenta y uno hay casi cuatro horas, cuatro horas en las que

yo he bajado dos veces al sótano, he mandado el pedido de la lencería a Antequera, he hablado con Marian de las alfombras del pasillo de la primera y me he reído en la escalera de servicio con Fali de una cosa que ya no me acuerdo de cuál era.

— ¿Y no me has llamado?

— No.

— ¿Por qué no me has llamado, Yoli?

Y aquí es donde ella, que lleva quince años soltando en voz alta lo que no debe, no suelta nada. Oigo la tele de su casa de fondo y oigo a su hijo pidiéndole algo desde otra habitación y la oigo respirar, y no dice nada durante tanto rato que me da tiempo a mirar el número de la parada, la marquesina, un cartel de un ciclo de conciertos que terminó en noviembre.

— Porque no sabía si te estaba haciendo un favor — dice al final-. Es un puesto nuevo, Rocío. Y es un veintidós por ciento. Cuatrocientos treinta y seis euros. Los he calculado dos veces porque pensé que me había equivocado yo.

— Ya.

— Y luego he pensado en llamarte a las cinco, y a las seis, y a las siete. Y cada vez que iba a llamarte me tenía que inventar la manera de contártelo sin nombrar lo otro. Y no la he encontrado, quilla. No la he encontrado en cuatro horas.

Lo otro. Ahí está lo otro. Lo otro es un hombre que se llama Álvaro y que en esta conversación no se llama de ninguna manera, y va a seguir sin llamarse de ninguna manera en todas las conversaciones que tenga esta empresa sobre mí a partir de esta noche, en el office, en el aparcamiento, en la cola del catering de la reapertura. Yoli acaba de estrenarlo.

Yoli, que me quiere, que se ha pasado cuatro horas queriéndome desde una silla con un anexo delante, ha inventado esta tarde la manera en que se va a hablar de mí durante los próximos diez años, que consiste en no terminar la frase.

— Te llamo mañana — le digo.

— Rocío.

— Mañana, Yoli.

Cuelgo antes de que le dé tiempo, porque si le da tiempo se pone a llorar ella y entonces la que consuela soy yo, y esta noche no.

De la Alameda a la calle del Cuartelillo hay cuatro minutos si cruzas por delante del edificio de aduanas y te metes por el Soho, y yo los hago en tres, con la llave en el puño desde la esquina. El barrio a estas horas de un viernes de marzo está a medio camino entre lo que era y lo que va a ser, con dos terrazas llenas de gente de veinticinco años y un almacén de fruta con la persiana echada, y en la esquina de siempre hay un chico pintando encima de un mural que pintó otro hace dos años, y a mí eso me pone de mal humor desde que abrieron la obra, aunque cuando se lo conté a Marian en noviembre me dijo que a ella también y luego me dijo que ella prefería el mural nuevo.

La cerradura de la puerta de servicio va dura y hay que empujar con la cadera mientras se gira, cosa que sé porque llevo seis meses haciéndolo, y también sé que si empujas

antes de girar no entra, y eso me lo enseñó Marian el ocho de octubre con una linterna en la boca.

Dentro huele a pintura y a cola de moqueta nueva, olor de hotel a punto y no de hotel cerrado, y me tumba más eso que el correo. En septiembre esto olía a humedad y a rejilla de aire sucia. Ahora las dos flores de mármol se ven enteras por primera vez desde que pulieron el terrazo el martes, y detrás del mostrador hay ciento diez huecos vacíos esperando que alguien meta las llaves.

No enciendo las luces del vestíbulo. Subo por las escaleras, que están limpias, y llego a la primera, y giro a la derecha del ascensor, cuarta puerta.

La ciento catorce está hecha. Lleva hecha siete años. Cuando yo se lo pregunté en septiembre, Marian me contestó que porque sí.

Llevo el cuaderno en el bolso, como todos los días desde que tengo veinticinco años, cerrado con la pinza de tender, y lo saco y lo dejo encima de la colcha sin abrirlo, porque lo que hay dentro me lo sé de memoria y porque hay una página, la cuarenta y uno, en la que hace siete años dibujé esta habitación con la cama girada noventa grados para que el que se despierte vea el balcón y no el armario, y esa página es la única cosa mía que hay en este edificio y a partir del lunes tampoco.

Me siento en el borde de la cama con el abrigo puesto. El balcón está entornado y por la rendija entra el ruido de la calle del Cuartelillo, que a esta hora de marzo es una banda ensayando en un local a dos portales, cornetas y una caja, la

misma marcha desde el principio cuatro veces seguidas porque se les cae siempre en el mismo compás.

Con cuatrocientos treinta y seis euros al mes se paga entera la rehabilitación de mi padre y sobran ciento veinte. Con cuatrocientos treinta y seis euros al mes yo podría haberme mudado en enero al segundo de la esquina, que tiene ascensor y una habitación más y da a un patio en vez de dar a la higuera del vecino. Llevo tres años echando esa cuenta. La he echado tantas veces que me la sé.

En agosto de hace ocho años, la primera semana que entré, había un grupo de holandeses en el Peñalver Nerja al que le habían vendido media pensión y desayuno y no existían las dos cosas a la vez, y lo arreglé yo por teléfono con la recepción y con la cocina y sin decírselo a nadie, y desde entonces no he parado, y he arreglado un motín de agencia en octubre, una intoxicación que no era una intoxicación, dos bodas superpuestas en el mismo salón el mismo sábado, una inspección con la piscina sin analizar y ciento cuarenta y seis reclamaciones de consumo, y de todo eso no hay un solo papel en ninguna parte con mi nombre encima, porque las cosas que se arreglan antes de que exploten no dejan papel: es lo bueno que tienen y es lo malo que tienen.

Y no me hace ninguna gracia. Ni una. Y no es porque el dinero me sobre, que no me sobra, sino porque alguien se ha sentado esta madrugada con una calculadora a ponerme un número a mí sin preguntarme nada, y ha decidido que ese número era

suficiente para que yo no me enterara de lo que me estaba pasando hasta el lunes.

No lloro. No lloro todavía, y no llorar todavía no es lo mismo que no llorar, y lo sé porque el todavía lo tengo aquí, en la garganta, esperando su turno como todo el mundo.

Saco el móvil. Lo llamo. Descuelga en el primero.

— Rocío — dice.

Y en cómo lo dice ya está todo: ya sabe que lo sé, y lleva sabiéndolo desde las siete y cuarenta y uno, y ha estado esperando esta llamada con el teléfono en la mano en vez de coger él el teléfono y marcar.

— ¿Dónde estás? — dice.

— En el hotel.

— Voy para allá. Rocío, escúchame un momento, esto no es lo que...

— Habitación ciento catorce — le digo-. A mi despacho, Álvaro.

24

Rocío

— Está abierta — digo, cuando llama con los nudillos a la puerta de una habitación en la que yo no debería estar y él tampoco.

Entra con el abrigo puesto y con una carpeta debajo del brazo, y esa carpeta es lo primero que veo y lo primero que me dice todo, porque un hombre que viene a discutir con la mujer con la que se acuesta no trae una carpeta, y un hombre que viene a explicarle un expediente a una empleada sí.

— Siéntate donde quieras — le digo.

— Estoy bien de pie.

— Álvaro, son las ocho y cuarto y esto va a durar. Siéntate.

Se sienta en la butaca del rincón, la única de la habitación, tapizada en un verde que Marian defiende con la vida porque es de la tapicería original. Yo estoy en el borde de la cama. Entre los dos hay metro y medio de moqueta nueva y una mesilla con una lámpara a la que Marian le cambió la bombilla

en enero para que la habitación no se quedara sin luz mientras esperaba.

Abre la carpeta y me pone un folio encima de la mesilla. Tiene una raya gris de arriba abajo.

— Léelo — dice.

Lo leo. Son cuatro líneas y no tienen una sola falta y las entiendo a la primera, y lo peor de todo, lo que se me queda dentro como una china en el zapato durante los cinco minutos siguientes, es que quien las ha escrito escribe bien y no ha puesto ni un adjetivo.

— ¿Quién? — pregunto.

— No se puede saber. El buzón no guarda nada. Lo diseñó Elvira así y lo aprobó el consejo en septiembre.

— Podría ser cualquiera.

— Podría.

Dejo el folio boca abajo encima de la mesilla, al lado de la lámpara, y me quedo un rato con la mano encima, y desde el balcón entornado sube la banda del local de dos portales más abajo, que lleva desde las siete rompiéndose en el mismo compás.

— La habría escrito yo — le digo.

Levanta la cabeza.

— Si yo fuera una recepcionista de veintiséis años de Nerja y viera lo que se ve desde fuera, esa queja la escribo yo, y la escribo mejor, y la mando un lunes por la mañana para que le dé tiempo a llegar arriba antes del comité. Así que no vamos a

perder el tiempo con quién ha sido. Vamos a hablar de las tres y diez.

Y ahí es donde Álvaro hace lo que hace siempre: contestar lo que le preguntan con la verdad, entera y sin adornos, porque nunca en su vida ha necesitado mentir para conseguir nada.

— A las tres y diez firmé el cambio — dice-. Estaba redactado desde las once y media. Lo redactó Elvira. Ella firmó debajo.

— ¿Quién más lo sabía?

— Nadie.

— ¿Nacho?

— Nacho se ha enterado a las siete y cuarenta y uno, con el mismo correo que tú.

— ¿Y a mí cuándo pensabas contármelo?

— El lunes.

— ¿Dónde?

Se para. Es la única de las cinco preguntas en la que se para, y se para porque la respuesta la tenía preparada desde la madrugada y ahora, dicha en voz alta en esta habitación, se le ha puesto de otro color.

— En la terraza del despacho — dice-. Por la mañana. Con tiempo.

Con tiempo. Se lo había montado con tiempo. Se levantó a las cuatro y media de la mañana, se sentó con una calculadora, me buscó un puesto que no existía, me puso un número al lado del nombre, y luego eligió el sitio con las grúas delante y

la hora en que la sexta está más tranquila, y ensayó la primera frase, porque este hombre ensaya las primeras frases, lo hace desde septiembre y yo se lo he visto hacer en ocho comités.

— Explícamelo — le digo-. Entero. Sin resumir. Quiero oírlo entero.

Y me lo explica entero, y esto es lo que no me van a creer cuando lo cuente, si lo cuento alguna vez: que me lo explica bien. Me habla del código que firmó él el primero en septiembre. Me habla del consejo, que tardaría cuarenta y ocho horas en reunirse y cuarenta y ocho más en estar en toda la ciudad, con la reapertura a tres semanas y catorce periodistas buscando un titular de Semana Santa. Y me repite palabra por palabra lo que le dijo Nacho en enero: que si esto sale, el que se va de rositas es él y la que se queda de la del jefe para toda la vida soy yo.

— Y en eso tiene razón — digo.

— Sí.

— Nacho tiene razón, Álvaro. Tú tienes razón. Yo llevo desde octubre sabiendo que el día que esto se sepa, el que sale por la puerta con la carrera intacta eres tú y la que se queda aquí dentro con una etiqueta puesta soy yo, y no me lo has descubierto tú esta noche ni me lo descubrió tu primo en enero. Lo sé desde el día que empezó. Lo sabía en el aparcamiento el veintiocho de septiembre cuando te puse las condiciones.

Se inclina hacia delante. Se le abre la cara. Durante tres segundos, y esto es lo que más me va a doler mañana, durante

tres segundos el hombre cree que hemos llegado a un acuerdo.

— Entonces entiendes por qué...

— No he terminado.

Me levanto. Me quito el pendiente de la oreja derecha y lo dejo encima de la mesilla, al lado del folio con la raya gris, porque llevo haciendo eso desde los veinte años cada vez que voy a decir algo que no se puede recoger después, y me lo enseñó mi madre sin querer, que se quitaba los dos. Los dos, no uno. Ella iba más en serio que yo.

— Tú tienes razón en el problema — le digo-. En todo lo demás no tienes ni idea. Y lo que has hecho hoy a las tres y diez no lo has hecho para resolver ese problema, porque ese problema no se resuelve moviéndome a mí de sitio: se resuelve declarándolo tú, como dice el papel que firmaste en septiembre delante de dieciocho personas con el boli de Elvira.

— Si me declaro yo ahora, el consejo te saca a ti del proyecto igual. Y encima con acta.

— Puede.

— No puede. Lo hace seguro.

— Puede — repito-. Y si lo hace, lo hace un consejo, en una sala, votando, y con una razón escrita en un acta que yo puedo leer y que puedo recurrir. No un hombre solo en un despacho, un viernes por la tarde, sin decírselo a nadie.

Se calla. Abajo, en la calle del Cuartelillo, la banda coge por fin el compás y saca la marcha entera hasta el final por primera

vez en tres horas, y se oye a alguien aplaudir, y nosotros dos nos quedamos quietos escuchándolo como dos personas normales durante veinte segundos.

Luego se acaba.

— Coge el cuaderno — le digo.

— Rocío…

— Cógelo.

Lo coge. Es una libreta de tapa dura de las de toda la vida, cerrada con una pinza de tender de madera, y tiene siete años de páginas y la letra de una tía de veinticinco primero y la de una tía de treinta y dos al final, y él la abre por donde le sale.

— Página cuarenta y uno — le digo.

Pasa las hojas. Se para. Es un dibujo malo a boli de esta habitación, con la cama puesta en el otro sentido, y una flecha hacia el balcón, y una frase debajo que dice que el que se despierte aquí tiene que ver la calle y no el armario.

— La cama la giramos en noviembre — dice-. En la reunión de mobiliario. Lo propusiste tú y lo aprobamos en veinte segundos.

— Lo propuse yo en el dos mil diecinueve también. En un correo, a Nacho, con el hotel ya cerrado. Me contestó que gracias.

Se queda con el cuaderno abierto encima de las rodillas y no lo cierra.

— Ese cuaderno tiene ciento diez habitaciones dentro — le digo-, y el orden de las plantas, y por qué la cocina tiene que

dar al patio y no a la calle, y los años que llevo diciéndole a esta empresa que el Zambra no estaba muerto, y me lo han dicho ocho jefes, ocho, uno detrás de otro: Rocío, tú de esto no te ocupas. Y en septiembre llegaste tú y me dijiste que sí. Y en octubre me metiste en el proyecto sin meterme, que es tu especialidad. Y hoy, a las tres y diez, me has sacado igual de bien que me metiste. Sin papel, sin reunión y sin preguntarme.

— Te he subido el sueldo un veintidós por ciento — dice, y lo dice bajo, y lo dice porque es verdad y porque en su cabeza eso significa algo.

Un veintidós por ciento.

— Ya — le digo-. Cuatrocientos treinta y seis euros. Los calculaste tú a las cinco de la mañana. Me lo ha dicho Yoli, que lleva desde las cuatro de la tarde con el anexo en la pantalla sin atreverse a llamarme.

Se sienta otra vez. Se echa hacia delante con los codos en las rodillas y me mira desde abajo, y esa es la primera postura sincera que le veo esta noche, y dura poco.

— ¿Puedo decir yo una cosa?

— Di.

— En seis meses no me has pedido nada.

— ¿Perdona?

— Nada — dice-. Ni una vez. Ni el proyecto, ni el puesto, ni un día libre, ni que te cambien la silla, que está rota desde noviembre y lo sabe la planta entera y la sigues arreglando tú con un trozo de cartón doblado. Llevo desde octubre

esperando a que me pidas algo. Lo que sea. Y no me has pedido ni un bolígrafo.

— Yo no pido.

— Ya lo sé. Y como no pides, hay que adivinarte. Y yo adivino mal.

Y aquí es donde me tengo que callar un rato, porque tiene razón. La tiene entera, y encima la ha dicho sin ninguna intención de hacerme daño, y este hombre no sabe hacer daño de otra manera. Llevo ocho años arreglando esta empresa por debajo y ofendiéndome después porque no se entera, y mi padre me lo dijo en Nochebuena con la tele puesta y se le fue el santo al cielo a la mitad, y Yoli me lo ha dicho tres veces con esas palabras y yo le he contestado las tres veces lo mismo, que si no lo hago yo no lo hace nadie, y esa respuesta no responde a la pregunta.

— Es verdad — le digo-. Yo no pido. Ese es mi problema y lo tengo desde mucho antes de conocerte a ti, y no lo voy a arreglar esta noche.

— Entonces...

— Entonces nada. Que yo no pida no te da permiso a ti para decidir. Son dos cosas distintas y llevas seis meses juntándolas porque juntarlas te venía de maravilla.

Y entonces lo digo. Lo digo de pie, con el pendiente encima de la mesilla y la ventana entornada y sin levantar la voz, porque en mi casa nunca se ha gritado y porque lo que voy a decir no necesita ayuda.

— Tú no me has protegido — le digo-. Tú has decidido. Otra vez. Llevo ocho años arreglando esta empresa desde una silla

que mira a una columna y el único día que mi nombre iba a estar escrito en algo, lo has borrado tú a las tres y diez de la tarde de un viernes para que yo no pasara un mal rato. Y encima has creído que me hacías un favor. Eso no es cuidarme, Álvaro. Eso es firmarme.

Él se levanta. Deja el cuaderno en la butaca. Da dos pasos hasta el pie de la cama y se para ahí, y tiene treinta y seis años y una empresa vendida y ciento diez habitaciones a su nombre y en este momento no sabe qué hacer con las manos.

— Lo revoco — dice.

Ya está.

— Mañana por la mañana lo revoco, Rocío. Escríbeme tú el texto si quieres. El lunes a primera hora sale otro correo automático que dice que la dirección del proyecto de reapertura la lleva Rocío Berrocal Cantos y lo firmo yo, y si el consejo me pregunta le contesto yo. Y me aparto de todo lo tuyo a partir de junio. Lo tengo hecho en diez minutos.

Y lo dice con una cara de alivio que le dura hasta la mitad de la frase, y luego se le empieza a torcer, porque me está mirando y yo no me he movido ni un centímetro.

— ¿Lo ves? — le digo.

— ¿Que si veo qué?

— Lo has vuelto a hacer. Ahora mismo. Aquí. Cinco minutos después de que te lo explique, y encima con la mejor intención del mundo, que es lo que lo hace insoportable. Yo te digo que el problema es que decides por mí y tú me contestas decidiendo por mí otra vez, pero en bonito. Me quitas el

proyecto un viernes, me lo devuelves un sábado. Así solo me enseñas quién lo tiene.

Se le va el color de la cara. No dice nada durante mucho rato.

— ¿Qué querías que hiciera? — dice al final.

— Preguntarme.

— Te lo estoy preguntando ahora.

— Ya — le digo-. Ahora.

Cojo el bolso. No cojo el cuaderno. Saco las llaves del Zambra del bolsillo de dentro, las tres, la de la puerta de servicio, la del cuadro eléctrico y la maestra de plantas, y las dejo encima de la mesilla al lado del folio y del pendiente, y no las dejo de golpe ni las tiro: las dejo como se deja una cosa que se devuelve.

— Rocío.

Me paro en la puerta con la mano en el picaporte y se lo digo, porque si no se lo digo esta noche no se lo digo nunca y me lo tengo que comer yo sola durante un año entero en una silla rota que mira a una columna.

— Si me lo llegas a preguntar el jueves — le digo-, te habría dicho que sí.

— ¿Qué?

— Que sí. Que la queja tenía razón, que había que hacer algo, y que a lo mejor lo más limpio era que yo me apartara tres semanas y volviera en abril con el hotel abierto y con un acta detrás en la que constara por qué. Te lo habría discutido dos horas y al final te habría dicho que sí, y me habría ido a mi

casa hecha polvo y de una pieza. Hacía falta una pregunta, Álvaro. Nada más que eso. Y me la has ahorrado.

Abre la boca y la cierra. Se queda de pie en mitad de la moqueta nueva de una habitación que lleva hecha siete años para nadie, con el cuaderno de otra persona en la butaca y las llaves de otra persona en la mesilla, y por una vez en su vida no tiene ninguna solución encima de la mesa, ni de dinero ni de firma ni de las otras.

— Cierra tú cuando salgas — le digo-. La de servicio hay que girarla antes de empujar.

Bajo por las escaleras porque el ascensor de clientes hace un ruido que se oye en toda la primera planta. En el vestíbulo, debajo de la única luz que queda encendida, la del casillero, está Fali con una caja de cartón entre los brazos y la cara de un chaval de veinticuatro años al que le han dado una llave de un hotel entero y le ha parecido poco.

— ¿Rocío? — dice-. Me han traído las tarjetas de las habitaciones y he venido yo a firmar la entrega porque mañana no hay nadie.

— Muy bien, Fali. Déjalas en recepción.

Las deja. Se queda con las manos en los bolsillos y me mira bajar el último escalón, y sabe lo del correo porque lo sabe todo el mundo desde las siete y cuarenta y uno, y en lugar de decirme lo que le sale, que sería preguntarme qué ha pasado, dice otra cosa.

— Yo el lunes te sigo llamando jefa.

25

Álvaro

Salgo del Zambra a las seis y cuarto de la mañana del sábado. Giro antes de empujar y la puerta de servicio entra a la primera. En la calle del Cuartelillo hay un camión de reparto y un hombre bajando cajas de agua, y me mira, y le digo buenos días. La Alameda a esta hora está cortada por la mitad con las tribunas a medio montar y el olor a madera nueva se lleva todo lo demás. Un operario le grita a otro que el módulo siete va del revés. Hay gaviotas.

Vuelvo andando hasta el aparcamiento de Muelle Heredia con la carpeta y el cuaderno de tapa dura debajo del brazo. Doce minutos hasta El Limonar, camino del Aljibe, la última casa antes de que la calle se convierta en cuesta. Abro con el mando. El mando funciona.

Esta casa tiene doscientos ochenta metros y la compré hace dos años por teléfono desde la sala de embarque de un aeropuerto, con la empresa ya vendida y sin saber muy bien qué hacer con lo que me habían pagado por ella. La vi tres veces antes de firmar. La primera fue en fotos. Tiene dos

plantas, un jardín con seis limoneros que no planté yo, un porche con un banco de obra y una piscina de nueve metros que se limpia sola con un robot que sube y baja todos los días de siete a ocho de la mañana haciendo un ruido de bicho. El seto lo corta un hombre cada quince días. No sé cómo se llama ese hombre. Le pago por transferencia desde hace veinticuatro meses.

Dentro hay ocho habitaciones y uso tres. La cocina es grande y de las buenas, con una isla de piedra y una placa de inducción que no he encendido nunca; funciona el microondas y funciona el frigorífico, y dentro del frigorífico hay leche, dos yogures y una lata. El microondas marca las 00:00 y parpadea desde el día que lo enchufaron porque nunca le he puesto la hora. En el salón hay un sofá de tres plazas y una mesa baja, y a dos metros del sofá empieza lo otro: la mesa de comedor para doce, las seis sillas de la izquierda y las seis de la derecha, dos aparadores y una lámpara de pie, todo envuelto en plástico de burbujas y cinta marrón desde el día de la mudanza. El plástico está mate por el polvo. Arriba hay cuatro dormitorios y uso el mío. En los otros tres hay somieres apoyados de canto contra la pared. En el descansillo hay once cajas de cartón que trajo la empresa de mudanzas y que rotuló una chica con un rotulador azul y una letra que no es la mía, y en la de arriba pone LIBROS Y VARIOS, y sigue cerrada.

Dejo el cuaderno de Rocío Berrocal Cantos encima de la isla de la cocina. Me siento en el sofá con el abrigo puesto. El robot de la piscina se pone en marcha a las siete y lo oigo desde dentro.

El sábado hago tres cosas y las tres son inútiles. Escribo la revocación entera, dos folios, con el texto que ella me dijo que no escribiera, y la dejo en borradores. Llamo a Elvira y no lo coge, y no vuelvo a llamar, porque es sábado y porque no la llamaba para nada bueno. Y busco en el portátil, durante una

hora y cuarenta minutos, si en el reglamento del consejo hay alguna manera de convocar sin que conste el motivo en el orden del día. La hay. No sirve.

No como. No es una decisión. Se me pasa la hora y luego se me pasa otra vez. A las siete de la tarde me tomo los dos yogures de pie delante del frigorífico abierto. Después salgo al jardín. Los limoneros están cargados. Nadie coge los limones. Se caen solos, se pudren en el césped y cada quince días viene el hombre del seto y los recoge con un rastrillo y se los lleva en un capazo. Eso lleva pasando dos años enteros. Nunca lo había mirado.

El domingo me levanto a las seis y me voy a la obra. Curro Salcedo está allí desde las siete con dos hombres y una hormigonera pequeña, terminando el vaso de la piscina de la azotea, y le digo que vengo a echar una mano y él me dice que no hace falta, y le digo que ya lo sé. Estoy nueve horas. Subo sacos. Me llevo por delante un rodapié y hay que cortar otro. A las dos comemos los cuatro sentados en el suelo del salón, y uno de los hombres cuenta un chiste larguísimo sobre un cuñado y una furgoneta y me río de verdad, y luego me acuerdo de por qué estoy allí y se me quita.

Curro Salcedo tiene cincuenta y dos años y lleva treinta en las obras. A las seis de la tarde, mientras recoge las herramientas, me pregunta una cosa.

— ¿Mañana viene Rocío?

— Berrocal ha cambiado de puesto.

Él dice ah. Y luego dice que la señalética de las plantas está a medias y que él necesita a alguien que decida, y yo le digo que

decide Ignacio Peñalver Salas, y él dice ah otra vez y se pone a enrollar una manguera.

El lunes es peor de lo que esperaba y no por lo que esperaba. La sexta funciona. Las cosas se hacen. En el ascensor la gente me da los buenos días exactamente igual que el viernes. Mi primo coge el proyecto a las nueve y a las once ya tiene un calendario nuevo y a la una lo ha mandado. Es bueno. Siempre ha sido bueno. Lo único que pasa es que a las cinco y veinte de la tarde hay un problema con la licencia de ocupación y Amalia Rus llama a tres personas y ninguna de las tres sabe si el vado de la calle del Cuartelillo se pidió en noviembre o no se pidió, y a las seis menos cuarto se resuelve porque alguien de la sexta se acuerda de que sí, de que hay un correo de noviembre, y ese alguien no está en el proyecto.

Me la cruzo una vez, delante de los ascensores, a las dos y diez. Lleva una carpeta y un móvil y va con Inma Requena.

— Berrocal.

— Álvaro.

Se abre el ascensor y entran las dos. Inma Requena aprieta el cuatro. Las puertas tardan lo que tardan siempre. Yo me quedo en el rellano y subo a pie por la escalera, que la tengo cronometrada.

El martes hago cuentas. Es lo único que sé hacer cuando no sé hacer nada. Me siento a las siete y media. No me levanto hasta las dos. Repaso el cierre de febrero de los once hoteles, línea a línea, y encuentro un error de nueve mil doscientos euros en el Peñalver Cabo Roldán. Lo mando por escrito. Nadie me lo había pedido. A las dos y media bajo a la calle y me como un bocadillo de pie en una barra de Carretería, con el codo en la

esquina de la barra y un hombre al lado leyendo el periódico deportivo en voz alta. Está bueno el bocadillo. Vuelvo.

A las cuatro entra Elvira Quesada Pino sin llamar. Deja encima de la mesa un documento grapado y se va. Es el protocolo interno de conflictos de interés, revisado, con dos párrafos nuevos y con la fecha de hoy en el pie. No me ha dicho ni una palabra.

Lo leo tres veces. Los dos párrafos nuevos están escritos en tercera persona, con mucho cuidado, y explican paso por paso lo que tiene que hacer un directivo en mi situación. Declararlo. Apartarse. Someterlo al órgano que corresponda. No mover a la otra persona.

Están escritos para que los lea alguien. Ese alguien soy yo. Elvira escribió ese código el verano pasado y se ha pasado el día de hoy redactando en corporativo una bofetada.

El miércoles por la tarde subo a casa de mi abuela, que está cinco minutos más arriba por el camino del Aljibe, en la casa donde se crió mi padre y donde no se ha cambiado un mueble desde el ochenta y seis. Carmela de la Riva tiene ochenta y un años, el bastón apoyado en la pared del recibidor y una asistenta a la que trata de usted. Me recibe en la galería con la manta en las piernas y la persiana bajada tres cuartos.

— Estás fatal — dice.

— Gracias.

— Siéntate ahí y no me toques el cojín.

Le cuento la mitad. Le cuento que hay una queja en el buzón ético, que el código obliga a declarar, que he movido a una persona de puesto para evitar el escándalo y que esa persona

era la que llevaba el hotel de verdad. Le cuento el correo de las siete y cuarenta y uno. No le cuento lo de la habitación ciento catorce ni lo de agosto.

— ¿Es la de las quejas? — dice-. ¿La bajita, la que le contestó a Ignacio en la comida de Navidad?

— Sí.

— Ah. Pues muy bien.

— ¿No vas a decir nada más?

— ¿De qué?

— De ella.

— Yo tengo ochenta y un años — dice-. Lo que yo opine de tu vida no le sirve ya a nadie, ni a ti. Además, eso lo sé desde diciembre.

— Tú no estuviste en la comida de Navidad.

— Me lo contó Mari Ángeles Portillo al día siguiente por teléfono. Hablamos por teléfono desde el noventa y cuatro, hijo. Los sábados.

Eso me deja sin nada que decir durante un rato largo. Marian lo sabía. Marian lo sabe desde diciembre. Marian mantiene una habitación hecha desde hace siete años y no se lo cuenta a nadie, y lo mío se lo cuenta a mi abuela un sábado por la mañana. Las dos mujeres que sostienen ese edificio llevan

treinta años de conversación telefónica y en esa conversación estoy yo.

Se queda callada un rato mirando la persiana. Fuera hay un gato de alguien en el muro de siempre.

— Abuela, tú tienes el treinta y uno por ciento — le digo-. Y los dos independientes te hacen caso a ti y no a mí. Si tú llamas mañana a tres personas y les dices que quieres a esa mujer al frente de la reapertura, está al frente de la reapertura el viernes y no hay consejo, ni acta, ni periódico.

— Ya.

— Es una llamada.

— Son tres llamadas — dice-. Y no.

Le pregunto por qué no. Se lo pregunto dos veces, y a la segunda se pone a hablar del hotel. Eso lo hace siempre que no quiere contestar. Me empieza a contar por novena vez desde septiembre lo del solar del sesenta y seis, y lo de la esquina de al lado, que estaba mejor situada y costaba el doble, y que ella dijo que no y por eso hay hotel. Se lo dejo contar entero. Esta vez añade que el solar lo eligió ella, y eso en nueve veces no lo había dicho.

Y cuando termina, no vuelve a la pregunta. Se pone a doblar el borde de la manta con dos dedos, muy despacio, y no me mira, y lo que dice no tiene ningún precio dentro.

— Varo, hijo mío — dice, y no me mira-. Tú a la gente le pagas. Tu padre igual, y mira qué solo se murió.

La galería tiene un reloj de pared que da los cuartos. Da uno. Ninguno de los dos dice nada durante los cuatro minutos

siguientes, y cuando me levanto para irme me pide que le baje la persiana del todo y se lo hago, y me dice que la próxima vez traiga algo de comer y no la cara esa.

Bajo los cinco minutos de cuesta andando. Entro en casa. El robot de la piscina no está funcionando porque son las ocho de la tarde. Saco de la cartera el sobre, que llevo encima desde el lunes, cuando lo saqué del cajón de arriba de mi mesa de la séptima y no fui capaz de volver a dejarlo donde estaba.

Es un sobre blanco alargado de los de antes, con mi nombre delante escrito a mano y con el nombre del colegio debajo y las señas del valle, y tiene una mancha marrón en la esquina de abajo que se hizo en el dos mil cuatro y no se sabe de qué. Pesa muy poco. Lleva veintidós años en cuatro cajones distintos, en tres pisos y en un despacho de la séptima planta, y sigue cerrado, entre otras cosas porque no sabe que existe, y lo abro de pie en la cocina con el pulgar, mal, rompiéndolo por el medio y no por la solapa, y saco lo que hay y me quedo con eso en una mano y con el sobre roto en la otra durante un rato que no soy capaz de medir, con la isla de piedra delante y el cuaderno de tapa dura de otra persona encima de la isla y el microondas parpadeando las doce en punto desde hace dos años, y luego lo dejo todo ahí, y me lavo las manos con jabón como si viniera de la calle, y son las ocho y veinte de la tarde de un miércoles de marzo y no hay en esta ciudad ni una sola persona a la que yo pueda llamar por teléfono para contarle esto.

26

Rocío

El lunes por la mañana tengo puerta.

Es lo primero que veo al salir del ascensor: han vaciado el archivo, que era el cuarto de en medio del pasillo corto, entre la pecera y el office, y han sacado las cuatro estanterías de las cajas de facturación y las han puesto en fila contra la pared de comercial, y dentro han metido una mesa, una silla nueva de las que giran y un perchero. En la puerta hay un papel plastificado con mi nombre en un cuerpo doce. Rocío Berrocal Cantos. Responsable de calidad. En ocho años en esta empresa

nadie había escrito mi nombre en una puerta y ha hecho falta que me echen de un sitio para que lo escriban.

Yoli me está esperando al lado del perchero con dos cafés de los de abajo, porque la máquina de la sexta sigue estropeada.

— No he dormido — dice.

— Ya somos dos.

— Rocío, lo del viernes…

— Déjalo.

— No lo dejo.

— Pues déjalo hasta el jueves y el jueves me lo dices entero — le digo, y cojo el café-. Es que si me lo dices ahora te perdono, y no quiero perdonarte todavía, que me hace falta estar enfadada esta semana.

Se ríe con los ojos llorosos, porque Yoli se ríe así, y se va a su mesa, y a las nueve y cuarto ya está contándole a Inma Requena algo que nadie le ha preguntado.

Y aquí viene la parte que no le he contado ni a Yoli ni a mi padre ni a la almohada: el puesto es bueno. El puesto es buenísimo. Yo llevo ocho años contestando cuatrocientas quejas al mes desde una silla rota y explicándole a la gente por qué el hotel ha hecho lo que ha hecho, y ahora, por primera vez, puedo cambiar lo que hace el hotel. El martes me leo las quejas de febrero de los once hoteles seguidas, cuatrocientas doce, y en dos horas tengo tres cosas que llevan cinco años rompiéndose siempre igual: el desayuno de Nerja, la limpieza de los sábados de Cabo Roldán y la letra pequeña de las reservas no reembolsables, que la escribió un abogado en el

dos mil catorce y que se entiende al revés. Escribo un informe de nueve páginas. Lo mando a las once de la noche. El miércoles a las ocho y media Elvira me contesta que sí a las tres cosas.

Tres cosas en un día. En ocho años no había conseguido tres cosas en un día.

Y me da igual. Me da exactamente igual, y no lo digo de boquilla: me da igual porque a la misma hora que yo mando ese informe hay un hombre en la calle del Cuartelillo colocando la señalética de la primera planta y colocándola mal, y yo lo sé porque me lo ha dicho Fali por un mensaje de tres líneas, y no puedo entrar en ese edificio ni con llave ni sin ella.

Marian sube a la sexta el miércoles a las once. Marian no sube nunca a la sexta. Marian lleva treinta y dos años en esta empresa y siete de gobernanta volante por diez hoteles con una maleta pequeña de ruedas, y las oficinas le parecen un sitio donde la gente se sienta a hablar de lo que hacen otros. Viene con la maleta, además. Directa del Peñalver Nerja.

Se planta en la puerta de mi despacho nuevo y lee el papel plastificado con la cara de quien lee una esquela.

— Bonito.

— Marian.

— ¿Puedo pasar o hay que pedir cita?

Pasa. No se sienta. Deja la maleta de pie contra la pared, con la mano encima del asa, y desde ahí me suelta lo que ha venido a

soltarme, que se ha traído desde Nerja en el autobús de las nueve.

— Llevo una pechá de años entrando yo sola en ese edificio — dice-. Y el viernes te fuiste tú.

— Yo no me fui, Marian. A mí me sacaron.

— A ti te sacaron de un papel. Del hotel te has ido tú. Llevas desde el sábado sin aparecer y el sábado había que decidir el color de la rejilla del pasillo de la primera y lo ha decidido un chaval de veinticuatro años con una foto en el móvil, y va a quedar de pena, y en octubre viene la revista esa y hace fotos y sale la rejilla.

— No tengo llaves.

— Yo tengo llaves.

Y se queda ahí, con la mano en el asa de la maleta y los pies juntos, y yo tengo treinta y dos años y ella cincuenta y ocho y en ese momento yo tengo doce.

— Marian, esto no lo puedo arreglar yo.

— Ya lo sé.

— Es un tema de organigrama, de código de conducta, de...

— Ya lo sé, Rocío — dice, y coge la maleta-. Esto no lo arreglo yo con un imperdible.

Y se va. Y yo me quedo mirando la puerta con mi nombre en un cuerpo doce, y me siento. Bueno: me tengo que sentar.

Luego me paso el resto del miércoles pensando en Marian, que en treinta y dos años aquí dentro tampoco ha pedido

nunca nada: no pidió que la devolvieran al Zambra cuando lo cerraron en el diecinueve y la mandaron de volante con una maleta de ruedas por diez hoteles y cuatro provincias, ni que le pagaran los kilómetros, ni el puesto de gobernanta del Malagueta cuando quedó libre en el veintiuno y se lo dieron a una de fuera. Y sin embargo entraba los martes en un edificio cerrado con su carro pequeño a hacerle la cama a nadie, y eso, mirado desde aquí, es la manera más silenciosa y más cara que he visto yo en mi vida de decirle a una empresa entera que un sitio no se ha muerto todavía.

El jueves Elvira me llama a la pecera, con la persiana torcida, y me suelta veinte minutos de los suyos. Que lo aterricemos. Que el nuevo puesto tiene un plan de desarrollo a doce meses y un itinerario. Que si quiero, me hace un ping en abril y lo revisamos. Yo la escucho y voy diciendo que sí, y por debajo de la mesa estoy contando los cuadrados de la moqueta, y ella lo sabe, porque Elvira lleva aquí más años que yo y no es tonta ni de lejos.

Y de pronto para. Cierra la carpeta. Mira el cristal, opaco pero no tanto, porque las siluetas se ven, y espera a que pase Fali con un carrito.

— Te lo digo sin el envoltorio — dice-. El código que se firmó en septiembre tiene un artículo, el noveno, que dice que cualquier persona afectada por una decisión tomada por alguien con un conflicto de interés puede pedir al consejo que la revise. Cualquier persona. No hace falta abogado ni sindicato ni permiso mío. Se escribe un correo a la secretaría

del consejo y el consejo tiene quince días para contestar por escrito.

— ¿Y eso lo puedo hacer yo?

— Eso lo puede hacer hasta el chico de las tarjetas.

— Elvira, ¿tú me estás diciendo que lo haga?

— Yo no te estoy diciendo nada — dice, y se levanta y se lleva la carpeta contra el pecho-. Yo soy directora de personas y llevo dieciocho años aquí y tengo una hipoteca. Escríbelo tú sola. No me lo enseñes antes. Y no lo escribas desde el ordenador de la empresa, que eso no es ilegal pero es una tontería.

El jueves por la noche voy a casa de mi padre con el pan. El Molinillo, segundo, la tele puesta desde las siete de la mañana y el sillón de él mirando a la pantalla y no a la mesa, y por eso en esta casa las frases se quedan por la mitad desde hace once años. Hay arroz. El arroz de mi padre es lo único que sabe hacer y lo hace mejor que en ningún sitio y lo hace

exactamente igual desde que murió mi madre, con las mismas cuatro cosas dentro y en el mismo orden.

— ¿Has visto lo de los autobuses? — dice-. Que este año van a desviar el tres y el once por el puente de la...

Y se va, porque en la tele están poniendo las tribunas de la Alameda y un hombre con un chaleco explicando el montaje.

— Papá.

— Cuarenta y dos años pasando yo por ahí. Y ahora resulta que el recorrido...

— Papá, me han cambiado de puesto.

— Ya me lo dijo Yoli el sábado.

Suelto el tenedor. Claro que se lo dijo Yoli el sábado. Yoli lleva llamando a mi padre todos los sábados desde hace cuatro años, y yo eso no lo sabía hasta ahora mismo, y en cualquier otro momento de mi vida esto sería un motivo de bronca y hoy no tengo sitio para más.

— Y me han subido el sueldo — le digo.

— Ah.

— Cuatrocientos treinta y seis euros.

— Eso está muy bien, hija. Con eso tú te puedes...

Y otra vez la tele.

Comemos. Recojo yo. Él se queda en el sillón y yo friego, y desde el fregadero se ve la nuca de mi padre y el bote de las horquillas de mi madre en el mueble, que sigue ahí porque

tirarlo sería una conversación. Y cuando estoy secándome las manos con el paño, sin venir a cuento y sin que yo le haya contado nada más, mi padre hace una cosa que no le he visto hacer en once años.

— Tú siempre has sido la que aguanta la puerta para que pase todo el mundo — dice, y baja la tele con el mando sin mirarlo-. Y luego te quedas fuera y dices que no querías entrar. Eso lo aprendiste de tu madre y yo os dejé.

Me quedo con el paño en la mano. En la tele hay un hombre con chaleco señalando un módulo de tribuna y no se le oye.

— Papá.

— El arroz te lo llevas tú, que a mí me sobra.

Y sube el volumen otra vez, y ya está, y no volvemos a hablar de nada en toda la noche, y a las once me voy con un táper de arroz y bajo los dos pisos y me siento en el portal a oscuras diez minutos antes de echar a andar.

Y en esos diez minutos, con el táper caliente encima de las rodillas y un vecino entrando con la bicicleta al hombro y dándome las buenas noches con toda la naturalidad del mundo, igual que si fueran las nueve de la mañana, no me pongo a pensar en mi madre ni en el ictus del once, las dos cosas en las que llevo pensando toda la vida cada vez que me pasa algo grande. Me pongo a pensar en la puerta. En la puerta de la frase, la que yo aguanto para que pase todo el mundo. Y en que mi padre lleva once años sentado en un sillón orientado hacia una pantalla y desde ese sillón me ha visto hacerlo todas y cada una de las veces, y ha estado callado todas y cada una de las veces, y esta noche, a las diez y media de un jueves de marzo, con un táper en la encimera y las

tribunas de la Alameda en el telediario local, ha decidido que ya estaba bien.

El viernes lo escribo. Me cojo la mañana, que en ocho años no me he cogido ni una, y lo escribo en mi casa, en el ordenador viejo, con la higuera del vecino metiéndose por la barandilla y el ventilador apagado porque estamos en marzo. Me sale de dos folios y luego lo dejo en uno. No pido que echen a nadie, no cuento nada de agosto, no digo la palabra relación ni la palabra pareja. Pido cuatro cosas. Las tres primeras son fáciles de escribir: que el consejo revise una decisión tomada el 5 de marzo a las 15:10 por una persona con un conflicto de interés, que se me diga por escrito quién dirige la reapertura del Hotel Zambra y por qué, y que si la respuesta es que no soy yo, conste el motivo en el acta.

Esas tres me salen en veinte minutos, porque llevo ocho años redactando escritos para gente cabreada y sé perfectamente cómo se pide una cosa por escrito sin que parezca que la estás pidiendo. Eso es un oficio y me lo he enseñado yo sola. Luego viene la cuarta. La cuarta la empiezo a las siete y la termino a las diez y veinte, y entre medias me levanto cuatro veces, me hago dos cafés que no me bebo, salgo a la terraza de metro y medio a que me dé el aire y la higuera del vecino me suelta una rama encima del hombro con toda la intención. La escribo de nueve maneras distintas. En una de ellas pone «podría valorarse la posibilidad de que quien suscribe asumiera», y la leo en voz alta en mi salón, sola, a las nueve y media de la mañana, y me da tanta vergüenza que me río yo sola con la boca cerrada. Al final la dejo en tres palabras.

Pido dirigirla yo.

El viernes a las siete y veinte me lo lee Yoli en la escalera de servicio, en el descansillo entre la sexta y la séptima, sentada

en un escalón con mi móvil en las dos manos y moviendo los labios.

— Está muy largo — dice.

— Es lo que hay.

— Y hay una coma después de considerando que no…

— Yoli.

Me devuelve el móvil. Le doy a enviar delante de ella, y la barrita esa gris cruza la pantalla, y ya está.

— Pues ya está — dice-. Ahora lo peor: a partir del lunes tienes que venir a trabajar todos los días a un sitio donde todo el mundo sabe que has escrito eso.

27

Álvaro

El orden del día tiene tres puntos y los he escrito yo. Uno: declaración de conflicto de interés del consejero delegado y examen del escrito presentado el 12 de marzo por doña Rocío Berrocal Cantos. Dos: dirección del proyecto de reapertura del Hotel Zambra. Tres: continuidad del consejero delegado.

El tercero lo añadí el domingo por la noche. Elvira Quesada Pino me llamó el lunes a las ocho y cuarto para preguntarme si estaba seguro. Le dije que sí. Me preguntó si lo había hablado con alguien. Le dije que no. Se quedó callada tres segundos y me dijo que entonces lo mandaba así.

Entre el viernes doce y hoy han pasado cinco días y en esos cinco días no he hablado con ella. El escrito entró en la secretaría del consejo el viernes a las siete y veinte de la tarde y Elvira me lo reenvió el sábado por la mañana con una línea

encima: acuse recibido, plazo quince días. Lo he leído catorce veces. Es un folio. Está mejor escrito que el mío.

El lunes por la mañana le llevé el cuaderno a Marian. Fui al hotel a las siete, la hora a la que allí no hay más que ella y el del andamio, y se lo di en la puerta de servicio. El domingo había comprado un paquete de gomas en una papelería de Carretería, de las anchas, y le había puesto una. La pinza de tender se la dejé dentro, en la página cuarenta y uno. Marian lo cogió con las dos manos. Lo miró por delante y por detrás. No me preguntó nada, ni quién, ni por qué, ni desde cuándo lo tenía yo. Se lo metió en el bolsillo del delantal, donde no cabía, y echó a andar hacia las escaleras, porque el ascensor de servicio sigue sin funcionar y lo arreglan el jueves.

La reunión es en la pecera, lo único de esta planta con una mesa para doce. La persiana veneciana sigue torcida. Pepe Nadales ha subido a las ocho con una escalera y ha estado

veinte minutos dándole al cordón. La ha dejado igual. Desde fuera se nos ve a todos de cintura para abajo.

Con voto somos los seis de siempre. Mi abuela ha venido sin bastón. El de Sevilla se conecta desde su cocina y la imagen le va y le viene. Elvira no vota: levanta el acta.

A las diez y cinco mi abuela dice que ella no preside este punto.

— Yo lo traje a este chico — dice-. Que lo presida el vicepresidente.

Nadie protesta. Nacho se cambia de silla. Se sienta en la cabecera y coge el orden del día como quien coge una herramienta que ha usado mucho, y me mira, y no dice nada.

— Punto uno — dice.

Me levanto. Me abrocho el botón de la americana. Tengo un folio y me lo he aprendido de memoria, pero lo leo igual, porque si lo digo de cabeza me lo voy a suavizar por el camino.

— Mantengo una relación personal con Rocío Berrocal Cantos, responsable de calidad del grupo. Empezó el dieciocho de agosto, dos semanas antes de mi incorporación, sin que ninguno de los dos supiera a qué se dedicaba el otro. Se reanudó el diecisiete de octubre, y a partir de esa fecha lo sabíamos los dos. No la he declarado hasta hoy. El cinco de marzo, a las quince y diez, firmé una modificación de estructura que la afectaba directamente. La firmé yo solo. No la consulté. El código de conducta de esta empresa lo pedí yo por escrito antes de entrar y lo firmé el primero el tres de

septiembre. Lo he incumplido en los dos artículos que importan. Eso es todo.

Y ahí hay unos segundos que se hacen largos. La consejera independiente escribe. El abogado se pasa la lengua por el labio de arriba y me mira sin ninguna curiosidad, como se mira un albarán. En la pantalla del aparador, el de Sevilla se ha quedado con la taza a media altura. Mi abuela mira la persiana torcida.

— ¿Alguna pregunta? — dice Nacho.

— Una — dice la consejera-. ¿La señora Berrocal tuvo algún beneficio profesional derivado de la relación?

— Sí. Yo la puse al frente del proyecto en octubre sin ponerla en el organigrama. Fue una decisión mía y ella me dijo por escrito que no quería que la moviera de sitio.

— ¿Y perjuicio?

— El cinco de marzo.

— Gracias.

Me siento. Elvira toma la palabra sin que se la den y lo primero que hace es cerrar el ordenador. Cierra el ordenador cuando va a decir algo que todavía no quiere escribir.

— Voy a hablar claro y no me lo tomen a mal — dice-. En el expediente hay catorce documentos. Trece están bien hechos. Uno de esos trece es un parte de alarma del ocho de octubre, a las veintitrés cincuenta y dos, con dos personas dentro de un hotel cerrado y los dos nombres escritos enteros. Lo redactó y lo firmó ella, pudiendo poner los cargos y sin que se lo pidiera nadie. Esa es la persona de la que estamos hablando. El del

cinco de marzo es la única decisión de toda esta empresa en seis meses que se toma sobre una persona sin preguntarle a esa persona. No hay entrevista, no hay conformidad, no hay firma de la interesada. Nada. Se enteró por un correo automático a las siete y cuarenta y uno de un viernes, en la calle, y en copia con once direcciones.

— Si mañana esa mujer decide reclamar, esta empresa pierde — sigue-. Y pierde con razón, y a mí me van a preguntar por qué lo cargué yo en el sistema y voy a tener que contestar la verdad: que me lo mandó mi jefe y que se lo advertí dos veces. Eso por el lado de fuera. Por el lado de dentro les digo otra cosa. Hay novecientas cuarenta personas en este grupo y el lunes por la mañana lo sabían todas. Si ustedes deciden hoy que aquí no ha pasado nada, la próxima queja no va a entrar por el buzón ético. Va a entrar por otro sitio. Y no la va a escribir ella.

El que lleva veinte años en el consejo se quita las gafas.

— ¿Eso es una amenaza, Elvira?

— Eso es un pronóstico — dice-. Yo llevo dieciocho años haciéndolos y no me equivoco casi nunca.

Y se calla, y abre el ordenador otra vez, y vuelve a escribir con la cara de siempre, y en esta sala hay cinco personas que acaban de entender que la directora de personas del Grupo Peñalver nunca ha sido una señora que dice ping.

Punto dos. Nacho lee el escrito de ella en voz alta, entero, y dura dos minutos y medio. No pide que echen a nadie. No

cuenta agosto. No dice la palabra relación. Pide tres cosas y luego pide una cuarta, y la cuarta son tres palabras.

— ¿Debate? — dice Nacho.

Habla primero el independiente antiguo, y lo que dice es razonable y me deja sin argumentos, porque no tengo ninguno y porque además no puedo hablar. Dice que faltan cuarenta y ocho horas para abrir un hotel de ciento diez habitaciones. Dice que cambiar de director de proyecto dos veces en doce días es una temeridad operativa. Dice que un consejo que revoca a un consejero delegado porque una empleada escribe un correo sienta un precedente que dentro de dos años nos va a explotar en la cara con otra persona y otro asunto. Y termina diciendo que no tiene nada contra esa señora y que por lo que ha leído es evidente que el hotel lo ha hecho ella. Vota que no.

La consejera vota que sí, y da una razón de tres líneas. Dice que el riesgo operativo de cambiar de director cuarenta y ocho horas antes es cero, porque la persona que va a dirigir es la que lo ha dirigido durante cinco meses y medio, y que el riesgo de no cambiarlo es una demanda. Vota que sí.

Mi abuela levanta un dedo. Tiene ochenta y un años y una manta en las piernas también aquí.

— En la escritura del sesenta y ocho estoy yo la segunda — dice-. La segunda. Y el solar lo elegí yo, y la esquina que quería mi marido hoy es un aparcamiento. No he vuelto a decir esto en cincuenta y tres años y no lo voy a repetir. Voto que sí.

El de Sevilla pide la palabra desde la pantalla y se le va la imagen a la mitad. Dice que él no conoce a la señora Berrocal, que no ha pisado esa obra ni un día y que no piensa votar a

favor de quitarle la firma a un Peñalver cuarenta y ocho horas antes de abrir un hotel. Dice también que lo lamenta y que quiere que conste que lo lamenta. Vota que no.

Dos y dos. Nacho deja el bolígrafo. Se echa hacia atrás en la silla de la cabecera y se toma su tiempo, y aquí es donde yo dejo de saber lo que va a pasar, porque mi primo lleva cuatro años ejerciendo de consejero delegado en funciones de esta empresa, y hace seis meses vine yo desde fuera con el mismo apellido y le quitaron el puesto sin una reunión, y hoy tiene el voto de calidad y lo sabe todo el mundo en esta sala.

— Antes de votar quiero decir dos cosas y quiero que las dos consten — dice-. La primera es que yo quería ese puesto. Lo quería y lo pedí y me lo negaron, y llevo desde septiembre fichando todas las mañanas en una empresa en la que mi primo firma lo que firmaba yo. Eso no se me ha pasado y no se me va a pasar. Que quede claro que lo que voy a votar no lo voto por él.

No se mueve un papel. La consejera ha dejado de escribir y tiene el bolígrafo levantado dos centímetros por encima del papel, y mi abuela, que se ha pasado la reunión mirando la persiana, se ha girado por fin hacia la cabecera de la mesa.

— La segunda es esta. En septiembre, en un chiringuito de Pedregalejo, le dije a Álvaro que un proyecto sin un director con firma se cae solo, y que yo no pienso firmar lo que decide otro. Se lo dije con la boca llena. Llevo doce días firmando lo que decidió otra. Doce días. He firmado un pedido de lencería que negoció ella en octubre, una señalética que diseñó ella en noviembre y un cuadro de precios de apertura que está calcado de una hoja de cálculo suya de enero, y en el acta de este consejo va a constar que la reapertura la dirigí yo. Eso no es un favor que yo le haga a ella. Eso es una mentira que me

como yo, y si el hotel sale bien no me la va a creer nadie, y si sale mal me la voy a comer entera. Así que no. Que firme quien decide.

Vota que sí. Y con el voto de calidad, la dirección del proyecto de reapertura del Hotel Zambra vuelve a Rocío Berrocal Cantos a las once y cuarenta de la mañana del diecisiete de marzo, cuarenta y siete horas antes de abrir.

— Y quiero una cosa a cambio, y también en el acta — dice Nacho, y me mira a mí-. A partir de hoy, cualquier modificación de estructura que afecte a más de dos personas la firma el consejo. No el consejero delegado. El consejo.

— Se aprueba — dice mi abuela desde su silla, sin ser la que preside, y nadie le lleva la contraria.

Punto tres. Yo salgo. Es lo que me toca y además lo pido. Me quedo cuarenta minutos de pie en el pasillo corto, entre el office con la máquina rota y la puerta del archivo, que ahora tiene un papel plastificado con un nombre y un cargo, y desde donde estoy se ven cinco pares de piernas por debajo de la persiana torcida y no se oye absolutamente nada, porque el tabique es de cristal doble y lo pusieron así en el catorce para que las reuniones no se oyeran desde comercial.

Cuarenta minutos es mucho rato. El pasillo corto mide lo justo para que se crucen dos personas sin girarse de lado, y me lo aprendo de punta a punta con los pies. Leo tres veces el papel de la puerta del archivo. Cuerpo doce, centrado, el logotipo pequeño arriba a la izquierda, y debajo del nombre el cargo que le puse yo. La puerta está cerrada porque hoy no ha venido: está en el hotel desde las siete y allí no hay cobertura en el sótano. Miro el folio pegado en la máquina de café, que lleva desde febrero y que alguien ha repasado con bolígrafo

para que se siga leyendo. Bajo a la calle. Subo otra vez. En cuarenta minutos da tiempo a pensar muchas cosas y yo pienso una sola, en bucle, como un imbécil: que si estos cinco votan que me vaya, mañana por la mañana no tengo ninguna razón para estar en esta ciudad. Y que esa frase, hace siete meses, no habría significado absolutamente nada.

A las doce y veinte me llaman. Sigo siendo consejero delegado. Con tres cosas escritas en el acta. Amonestación por escrito en mi expediente por incumplimiento del código de conducta. Revisión de mi continuidad en el consejo ordinario del veintiséis de mayo. Y la tercera me la lee Nacho despacio, mirándome, con una satisfacción que no disimula y que se ha ganado.

— La notificación a la interesada la manda la secretaría del consejo, por escrito, hoy antes de las dos. Tú no la llamas. No le mandas un mensaje, no le mandas un ramo, no te la encuentras por casualidad en la sexta. Hasta el viernes por la tarde, tú de esto no le dices ni una palabra.

— De acuerdo.

— ¿De acuerdo o me lo estás diciendo para que me calle?

— De acuerdo, Nacho.

Y cuando ya estamos recogiendo y la consejera está guardando el portátil en la funda, mi abuela dice desde la punta de la mesa, sin levantar la voz y como si estuviera hablando del tiempo, que en la placa de la entrada del hotel quiere el nombre entero de la que lo ha hecho, con los dos

apellidos, y que la placa la paga ella y que no admite discusión.

Se aprueba por unanimidad en catorce segundos y yo no voto, porque no puedo, y porque si pudiera tampoco sería mío ese voto.

Salgo el último. Nacho me alcanza en el rellano de los ascensores con la carpeta debajo del brazo y sin mirarme, y no se para, y pulsa el botón con el canto de la mano como hace siempre.

— Con todo el cariño, primo — dice-. El viernes te sientas atrás y te callas.

28

Rocío

El correo del consejo llega el miércoles a la una y cincuenta y tiene cuatro líneas, y son cuatro líneas de las que no dicen nada: que el consejo de administración, reunido en sesión extraordinaria, ha acordado asignar la dirección del proyecto de reapertura del Hotel Zambra a doña Rocío Berrocal Cantos con efectos inmediatos, y que se le comunica a los efectos oportunos. Firma la secretaría del consejo. Ni una palabra de por qué, ni de quién ha votado qué, ni de si alguien ha dicho algo.

Llamo a la secretaría a las dos y cuarto y una señora muy amable me explica que las actas no se facilitan hasta su aprobación en la sesión siguiente y que la siguiente es el veintiséis de mayo. Le doy las gracias. Cuelgo. Me quedo sentada en el bordillo de la calle del Cuartelillo con el móvil en la mano quince minutos, y en esos quince minutos no me llama nadie, y sobre todo no me llama él, la única persona de esta empresa que sabía lo que yo había escrito y por qué, y saco de ahí la conclusión que saca cualquiera y que además es

la conclusión razonable: que se ha lavado las manos, que ha dejado que decidieran otros y que ya está.

Y sigo sacando esa conclusión durante cuarenta y ocho horas, mientras abro un hotel.

Porque llevo desde el martes dieciséis entrando aquí a las siete de la mañana sin que me lo haya pedido la empresa, con las llaves de Marian, que me las puso en la mano en el vestíbulo el lunes por la tarde sin decir ni media palabra y se fue a la primera planta a discutir con un chaval de los toldos. He entrado tres días seguidos a un edificio en el que oficialmente yo no pintaba nada, he contestado catorce preguntas de Curro Salcedo, he movido dos plazos y he mandado seis correos desde mi cuenta personal, y el miércoles a la una y cincuenta un ordenador me dice que puedo hacer legalmente lo que llevo haciendo tres días de matute.

El jueves empieza a las cinco y cuarto de la mañana y termina el viernes. Termina el viernes a mediodía, para ser exactos, aunque el jueves a las cinco y cuarto yo eso todavía no lo sé.

Cinco y cuarto: viene el camión de la lencería de Antequera y no puede entrar. Desde ayer a las doce el Ayuntamiento tiene cortado el acceso por la Alameda para las tribunas, con las vallas puestas y un señor con chaleco que no discute, así que el camión tiene que dar toda la vuelta por el puerto, subir por Casas de Campos y descargar a doscientos metros. Novecientos veinte juegos de sábanas y todo lo demás, a doscientos metros y a pulso. Llamo a Nacho a las cinco y

media. En ocho años no había llamado nunca a un director a las cinco y media de la mañana para pedirle nada.

— Necesito seis personas hasta la una y las necesito ahora.

— ¿Seis?

— Ocho.

— ¿En qué quedamos?

— En ocho, Nacho.

Me manda nueve. Cuatro de recepción del Malagueta, tres de mantenimiento y dos de comercial que no habían cargado una caja en su vida y que a las once están sentados en el bordillo con las manos coloradas y una cara de felicidad absurda.

Siete y diez: el ascensor de servicio arranca. Lleva parado desde el dos mil diecinueve y el técnico lleva desde el lunes con la puerta abierta y la placa fuera, y a las siete y diez pulsa el botón, y sube, y baja, y hace un ruido de máquina antigua trabajando, y Marian, que ha subido siete años esa escalera con un carro, se queda mirándolo desde el vestíbulo con los brazos cruzados y sin decir una palabra.

Nueve y cuarenta: el terrazo. Lo sellaron el martes y el sellador necesita setenta y dos horas y nosotros tenemos que meter por ahí ciento veinte sillas, dos mesas de catering, el sonido, ochenta cajas y a doscientas personas el viernes por la tarde. Curro dice que si pasamos por encima se raya y se queda rayado para siempre. Yo digo que pongamos moqueta. Amalia dice que no hay moqueta hasta el lunes. Y Fali, que

lleva desde las seis sin sentarse, levanta la mano como en el colegio y dice que en el sótano hay cuatrocientos albornoces.

Y así es como el jueves a las diez de la mañana el vestíbulo del Hotel Zambra, con su terrazo original de mil novecientos sesenta y ocho y sus dos flores de mármol en el centro, queda cubierto de punta a punta por doscientos ochenta albornoces de rizo color mostaza puestos boca abajo y solapados como escamas, y por encima de los albornoces pasa todo: las sillas, las cajas, el sonido, dos carretillas y una señora del catering con tacones. Se lavan el viernes por la mañana en las lavadoras nuevas. Salen bien. No vuelve a hablar de ellos nadie.

Once y veinte: abro el cajón del mostrador de recepción buscando un bolígrafo y ahí está mi cuaderno.

Con una goma nueva. De las anchas. Y la pinza de tender dentro, marcando la cuarenta y uno.

Y al lado, sin estrenar, hay un libro de incidencias de recepción de tapa dura, el mismo formato, la misma tela, el mismo tamaño, uno de esos que se compran en la papelería de Carretería y que valen tres euros con veinte. No pregunto. No lo pregunto y no lo voy a preguntar, y me lo llevo a la primera planta y me siento en el suelo del pasillo con la espalda en la pared cinco minutos, sola, y luego me levanto y sigo.

Dos y media: prueba de agua caliente en las ciento diez habitaciones. Sale fría en la segunda planta entera y hay que vaciar el circuito.

Cuatro: llega la placa.

Viene en una caja de madera y la trae un hombre de un taller de Teatinos, y Marian y yo la abrimos en el office de recepción

con un destornillador, y es de latón, de treinta por veinte, y yo la miro cuatro segundos y me tengo que ir al almacén. Al almacén de los albornoces, que ya está vacío. Y ahí dentro, con la puerta cerrada y la luz apagada, lloro por primera vez desde el cinco de marzo, dos minutos y medio, de pie, con la frente en una estantería metálica, y luego me lavo la cara en el grifo del almacén y salgo y le digo a Marian que la coloquen el viernes a las nueve y no antes.

Ocho de la tarde: Yoli aparece con dos bolsas de comida para todo el mundo, por su cuenta y riesgo, y me arrincona detrás del mostrador.

— Te aviso y me callo — dice-. El catering ha mandado ciento cuarenta canapés de queso y tú pediste ochenta, e Inma dice que hay una del Cuaderno Hostelero que es intolerante y que lo va a poner.

— Que lo ponga.

— Rocío.

— Yoli, que ponga lo que quiera. Yo el viernes tengo ciento diez habitaciones y una banda ensayando debajo de la ciento catorce. Los canapés que se los coma Fali.

Diez de la noche: el casillero. Me pongo detrás del mostrador a colocar las tarjetas en los huecos, ciento diez huecos numerados en madera curva del sesenta y ocho, y voy metiéndolas de izquierda a derecha y de arriba abajo, y cuando llego a la primera planta me encuentro con que del ciento uno al ciento dieciocho están todas menos una, porque el hueco de la ciento catorce está vacío y en el sistema esa habitación aparece bloqueada indefinidamente y sin motivo, una cosa que en un hotel de ciento diez habitaciones el fin de semana más caro del año no se le ocurre hacer en su sano

juicio. Se lo pregunto a Marian por el interfono. Me contesta que ya hablaremos. Y no hablamos.

Y ahora que lo pienso, en cuarenta y ocho horas he pedido más cosas que en ocho años: nueve personas a Nacho a las cinco y media de la mañana, dos días de prórroga al de los toldos, que Elvira me apruebe las horas extra de tres camareras de pisos antes de que las hagan y no después, que el de la placa la traiga el jueves y no el viernes, y que mi padre no venga a la reapertura porque no voy a poder atenderle. Esa última se la pido por teléfono el jueves a las ocho de la tarde, con la tele de fondo, y me cuesta más trabajo que las otras cuatro juntas, y él me dice que bueno, que ya irá otro día cuando no haya tanto lío, y por primera vez en once años que mi padre me quite un peso de encima no me parece una puñalada.

Once y media de la noche: Curro Salcedo se va y me da la mano, que en tres meses de obra no me la había dado nunca, y ya con el casco debajo del brazo y a medio salir por la puerta de servicio me suelta, sin ninguna intención, la cosa que me va a tener despierta hasta las tres.

— El domingo del otro fin de semana estuvo aquí el jefe nueve horas — dice-. Subiendo sacos. Se cargó un rodapié.

— ¿Qué domingo?

— El siete. El de después de aquello. Se presentó a las siete de la mañana y no se fue hasta las seis. Y no dijo ni pío en todo el día. Ni pío.

Se va, y yo me quedo con el libro de incidencias abierto y el bolígrafo en la mano y sin apuntar nada durante un rato largo, porque el siete de marzo era el domingo de después de la habitación ciento catorce, y porque un hombre que sube

sacos nueve horas un domingo en un edificio en el que ya no trabaja la persona por la que los sube es un hombre del que yo no sé absolutamente nada.

El viernes, Viernes de Dolores, la ciudad amanece cortada.

A las ocho de la mañana ya hay tribunas montadas en toda la Alameda, con la madera clara y los números pintados, y hay familias enteras plantando sillas de camping en las esquinas para esta tarde, y hay dos bandas ensayando a la vez a cuatro calles de distancia, y por la calle del Cuartelillo pasea un chaval de doce años con un tambor colgado esperando a alguien que no llega. La ciudad huele a incienso desde antes de que salga nada. Marian sube a la primera a las nueve con un imperdible en la boca porque a la camarera de pisos nueva se le ha descosido el bolsillo del uniforme, se lo apaña en doce segundos sin quitárselo y le dice que se esté quieta y que ande aliquindoi con el carro en el pasillo de la ciento catorce, que la moqueta es nueva.

A las nueve y cuarto atornillan la placa a la derecha de la puerta, a la altura de los ojos, sobre el gresite ocre. Yo estoy dentro, en el mostrador, dándole el alta a un grupo de doce que llega a las once, y desde donde estoy se ve por el cristal la espalda del hombre del taller de Teatinos con el taladro, y no salgo. Sale Fali. Sale Marian. Sale una camarera de pisos que no me sé todavía el nombre. Yo me quedo dentro con la pantalla delante metiendo doce nombres a mano porque el fichero que nos han mandado viene con los apellidos en la casilla del nombre, y tardo veinte minutos, y cuando termino ya está puesta y ya no hay nadie mirándola, y sigo sin salir.

A las diez llegan los primeros clientes de verdad, dos alemanes de sesenta años con una maleta cada uno que han reservado hace cinco meses sin saber que el hotel llevaba siete

años cerrado, y Fali los registra él solo, temblando, y luego viene a decirme que les ha metido mal el régimen, que les ha puesto el desayuno cuando no lo llevaban, y que ya lo ha corregido y que no ha pasado nada.

A las once y media están las ciento nueve listas.

Y a las doce menos cuarto pasa una cosa que no significa nada y que me acompaña el resto del día: por la calle del Cuartelillo bajan cuatro hombres de trono con la camiseta del ensayo, sin trono, hablando de un partido, y uno de ellos se para delante de la puerta, mira la fachada de gresite entera de abajo arriba con las manos en los bolsillos y le dice a los otros tres que su madre trabajó ahí de camarera de pisos. Los otros tres siguen andando. Él se queda diez segundos más y luego echa a correr para alcanzarlos.

A las doce y cuarto entra por la puerta un señor de unos setenta años con una carpeta de plástico debajo del brazo, mira el vestíbulo, mira el casillero, mira las dos flores de mármol del suelo y se planta delante del mostrador.

— ¿Es aquí donde dan las sillas de la tribuna?

— No, señor. Eso es en la Agrupación.

— Ah. Me han dicho que aquí.

— Pues le han dicho mal.

— Bueno — dice, y se queda mirando el techo un momento-. Pues muy bonito les ha quedado.

Y se va por donde ha venido, con la carpeta de plástico debajo del brazo, y desde el mostrador lo veo pararse en el bordillo a esperar que pase una furgoneta de reparto marcha atrás, y

cruzar, y meterse por la calle de arriba camino de una Agrupación que le pilla a un cuarto de hora andando y en dirección contraria.

29

Álvaro

Dejo el coche en Muelle Heredia y subo andando, porque a partir de las cinco de la tarde el centro de esta ciudad no es de los coches. Hay vallas en la Alameda y tribunas llenas hasta arriba. Hay gente con silla plegable ocupando esquinas desde las tres. Huele a incienso, a azahar y a fritanga de puesto, y no hay manera de separar un olor del otro, y por la calle del Cuartelillo bajan dos hombres de trono con la faja puesta y un bocadillo en la mano. Tardo once minutos en hacer siete.

Me he levantado a las cinco y media sin tener nada que hacer. Es la primera vez desde el uno de septiembre. La reapertura no es mía. El plan de sala no es mío. La lista de invitados no es mía. A las nueve he subido a la sexta y he firmado cuatro cosas y ninguna de las cuatro cambia nada. A las once he contestado a un proveedor de Estepona. A la una he comido de pie en la cocina. A las tres me he cambiado de camisa dos veces, y eso

no lo he hecho en mi vida, y lo he hecho porque no tenía otra cosa que hacer con las manos.

El acta del consejo la firmé ayer. Tiene tres párrafos que me nombran. Amonestación por escrito por incumplimiento del código de conducta, con constancia en el expediente. Revisión de mi continuidad como consejero delegado el veintiséis de mayo. Y, desde el diecisiete de marzo, cualquier modificación de estructura que afecte a más de dos personas la firma el consejo y no yo. Ese tercero es el que me va a estorbar durante diez años. Y es el único de los tres que habría votado yo.

La puerta del Zambra está abierta de par en par por primera vez desde el dos mil diecinueve. En el gresite ocre de la derecha hay una placa de latón de treinta por veinte con cuatro renglones y no la miro al entrar. Entro como entra todo el mundo, por el medio, y no me dice nadie dónde me tengo que sentar, porque no hay plano de sala, porque el plano de sala lo hacía siempre Rocío Berrocal Cantos y esta vez tenía otras cosas que hacer.

Hay unas doscientas personas. Ciento veinte sillas en el vestíbulo, en filas de diez, encaradas al mostrador de recepción, y detrás de las sillas la gente de pie: el gremio, doce o catorce hoteleros de la ciudad con la chaqueta al hombro, tres de la Diputación, el hombre del taller de Teatinos, dos de una agencia mayorista y el padre de Pepe Nadales, que tiene noventa y un años y ha venido en taxi. La prensa está a la izquierda. Costa Directo, el Cuaderno Hostelero y una chica de Radio Boquerón con una pértiga. Al fondo del todo, contra la

pared del salón, hay cuatro sillas sueltas que ha puesto alguien por si acaso. Me siento en la de la punta.

Mi abuela está en primera fila. Se ha puesto el broche. La lleva Elvira Quesada Pino del brazo y le ha traído un cojín de casa.

A las seis y cinco Ignacio Peñalver Salas coge el micrófono. En diecinueve años lo he oído hablar en público muchas veces.

— Buenas tardes — dice-. Yo aquí hoy no pinto gran cosa, así que voy a tardar medio minuto. Este hotel abrió en el sesenta y ocho y lo cerramos en el diecinueve, y desde entonces esta empresa se ha pasado siete años diciendo que lo iba a abrir. La reapertura la ha dirigido Rocío. La ha dirigido entera. Yo he firmado papeles doce días y eso no es dirigir nada. Ella os cuenta el resto.

Y le da el micrófono y se aparta y se pone al lado de la columna con las manos cruzadas por delante, y nadie en esta sala le encuentra nada raro a lo que acaba de pasar, porque solo cinco personas de las doscientas saben lo que acaba de pasar.

Ella sale de detrás del mostrador. Lleva un vestido verde oscuro y unas zapatillas blancas, porque lleva desde las cinco y cuarto de ayer de pie, y trae un papel doblado en cuatro. Lo abre. Lo mira. Lo vuelve a doblar y se lo mete en la mano izquierda y no lo lee.

— Buenas tardes. Voy a decir cuatro cosas y luego hay cerveza.

Se ríe media sala.

— Este hotel ha estado cerrado dos mil setecientos ochenta y ocho días. Tiene ciento diez habitaciones, siete plantas y una

piscina de doce metros en la azotea que hasta noviembre tenía dos dedos de agua verde. Hemos cambiado novecientos veinte juegos de sábanas, ciento diez colchones, la instalación eléctrica de tres plantas y el ascensor de servicio, que arrancó ayer a las siete y diez de la mañana después de siete años parado. La fachada es la misma. El terrazo del suelo que están ustedes pisando es el original del sesenta y ocho y lo hemos pulido, no lo hemos cambiado, y les pido por favor que no arrastren las sillas.

Se ríe otra vez media sala, y esta vez la otra media también.

— La segunda cosa. Ahí detrás, al lado de la columna, está Marian, la gobernanta de este hotel desde que entró aquí con veintiséis años. Durante los siete años que hemos tenido esto cerrado, ella ha entrado los martes con su llave y ha mantenido hecha la habitación ciento catorce. Los martes. Siete años. No se lo pidió nadie y no se lo pagó nadie y no se lo preguntó nadie, y hoy la ciento catorce es la única habitación de este edificio que no está a la venta, y mañana tampoco.

En la fila cuatro hay una señora que se lleva la mano a la boca. Marian mira al suelo con la cara de alguien a quien le están haciendo algo espantoso.

— La tercera. Este edificio lo abrieron en el sesenta y ocho dos personas y una de las dos está sentada en la primera fila con un broche que le he visto tres veces y que cada vez me gusta más.

Mi abuela levanta una mano quince centímetros y la vuelve a bajar. No dice lo que costó el broche. No dice lo que costó nada.

— Y la cuarta — dice ella, y aquí para un segundo, y se cambia el papel doblado de mano-. La cuarta es que llevo ocho años

en esta empresa arreglando cosas que se rompían en once hoteles a la vez, y las arreglaba por teléfono y no salía en ningún papel, y a mí eso me parecía bien porque no sabía que se pudiera hacer de otra manera. Este es el primer sitio en el que he trabajado donde mi nombre está escrito en la puerta. Está en una placa que hay ahí fuera, a la derecha, encima del gresite. Tiene mis dos apellidos. Salgan a verla cuando terminemos, porque yo llevo desde ayer sin salir por esa puerta y todavía no la he mirado.

Rocío.

Eso es lo que hay en mi cabeza, ahí, en la silla suelta de la última fila, contra la pared del salón, con doscientas personas delante y el sonido de una banda entrando por la puerta abierta desde dos calles más allá. Nada más. Ni el resto. Rocío, y ya está.

Aplauden. Aplauden mucho más de lo que se aplaude en estas cosas, y luego se levanta todo el mundo a la vez y el vestíbulo se convierte en lo que se convierten estos sitios, doscientas personas de pie con una copa buscando a alguien conocido, y

Fali sale de la nada con dos bandejas y una camisa que le queda enorme.

Un chico de Costa Directo me pilla al lado de la columna. Tiene veintitantos y una grabadora en el móvil.

— Álvaro, ¿unas palabras? Del plazo. Se decía en octubre que no llegaban.

— Hemos llegado.

— ¿Y cómo se llega?

— Eso pregúnteselo a Rocío — le digo-. Yo he firmado cheques. Ella ha abierto el hotel.

Se va contento. Es la primera vez en seis meses y medio que digo su nombre delante de alguien de esta empresa, y en esta sala hay ciento ochenta personas que no se han enterado de nada y unas veinte que sí, y las veinte están mirando para otro lado con muchísima educación.

Mi abuela me hace una seña con la mano desde la primera fila. Voy. Se ha quedado sentada porque levantarse con doscientas personas de pie es una tontería a los ochenta y uno.

— ¿Tú vas a hacer algo o vas a estar ahí atrás toda la tarde? — dice.

— Voy a estar aquí atrás toda la tarde.

— Bueno. Pues tráeme un vino.

Le traigo un vino. Elvira me quita el vaso de la mano y se lo da ella, porque a mi abuela no se le puede dar nada en la mano

izquierda desde la caída de enero, y eso lo sabe Elvira y no lo sé yo.

Marian me pone en la mano una copa que no le he pedido. No dice nada. Se va. En la fila dos hay un hotelero de Fuengirola dormido con la boca abierta y una copa en equilibrio encima de la rodilla. Nadie lo despierta. Su mujer le hace una foto y luego le hace otra.

Y así se pasan cuarenta minutos. Yo no cruzo el vestíbulo. Ella está en el centro, con seis personas alrededor todo el rato y un hotelero de Torremolinos que no la suelta, y contesta y se ríe y señala el techo y explica lo del terrazo por cuarta vez, y desde aquí no oigo nada de lo que dice y no me hace ninguna falta.

A las siete menos diez salgo un momento a la acera. Todavía hay poca gente en la puerta. La placa está a la derecha, a la altura de los ojos, atornillada al gresite con cuatro tacos. Es de latón y tiene cuatro renglones.

HOTEL ZAMBRA

Abierto en 1968 por Antonio Peñalver y Carmela de la Riva

Reabierto el 19 de marzo

Dirección del proyecto de rehabilitación: Rocío Berrocal Cantos

La ha pagado mi abuela. La ha elegido mi abuela. El texto lo redactó Elvira Quesada Pino en catorce minutos el jueves por la mañana y yo no lo he visto hasta ahora mismo, porque no podía verlo, porque hay un acuerdo escrito que dice que yo no toco nada que la afecte a ella. No he puesto ni una coma. Paso el pulgar por el renglón de abajo, por los dos apellidos, y en la

ese del final hay una rebaba pequeña que el hombre de Teatinos no ha limado bien. Se nota con el dedo y no se ve. Vuelvo a entrar.

A las siete menos veinte hay que ir terminando, porque a las siete y media cortan la calle de arriba y la gente quiere colocarse. La sala se va vaciando por la puerta grande y en la acera se forma un tapón de doscientas personas mirando la placa, una cosa que no había previsto ni yo y que a Marian la pone nerviosa porque está la puerta llena.

Me levanto. No me abrocho el botón.

Salgo el último por costumbre, con la americana ya en el brazo porque dentro hacen veintiséis grados con doscientas personas. En la acera queda poca gente. Y ella viene desde la puerta hacia la calle con cuatro personas detrás y una copa vacía en la mano, hablando con el del taller de Teatinos sobre los tacos de la pared.

Pasa por delante de mí sin pararse. Me mete el papel doblado en cuatro en el bolsillo de la americana que llevo en el brazo, con dos dedos, sin mirarme, sin decir nada, y sigue andando y sigue hablando de los tacos.

Se lo guardo.

30

Rocío

A las once de la noche Marian se va a su casa, y antes de irse deja encima del mostrador, delante de mí, la tarjeta de la ciento catorce, la única que no ha entrado en el casillero, y no dice nada, y coge su bolso y se va andando hacia Casas de Campos con los zapatos planos que se pone para volver.

A la una menos veinte cierro el turno con Fali. Ciento ocho habitaciones ocupadas, dos incidencias, una de ellas un señor de Bilbao que quería una cama supletoria a las once y media de la noche en Viernes de Dolores. Las apunto en el libro nuevo con la letra que tengo desde los quince años. Le digo a Fali que se vaya a dormir tres horas al despacho de dirección, que hay un sofá, y me dice que qué va, que él aguanta, y a los veinte minutos está frito con la boca abierta y una manta de avión por encima.

Y entonces le escribo. Un mensaje de tres caracteres. Exactamente lo mismo que me hizo él a mí el cinco de marzo,

pero al revés, aunque eso él no lo sabe y yo tampoco lo había pensado hasta ahora mismo.

114.

Tarda dieciséis minutos. Sube por las escaleras porque el de clientes hace ruido y a esta hora hay gente durmiendo en la primera, y cuando abro la puerta está ahí con la camisa por fuera y sin americana, y trae una bolsa de papel de la panadería de guardia de Casas de Campos con dos bollos, porque desde luego no se le ha ocurrido otra cosa que traer a la una de la mañana.

— Es lo único que había abierto.

— Pasa.

La habitación está como estaba el cinco de marzo por la noche, con la butaca verde en el rincón y la lámpara de la mesilla y el balcón entornado, y no está como estaba, porque ahora hay ciento ocho habitaciones ocupadas debajo y encima

y al lado, y un edificio lleno de gente hace un ruido de fondo que un edificio vacío no hace. Eso lo he aprendido esta noche.

Nos sentamos. Él en la butaca y yo en el borde de la cama, igual que la última vez, en el mismo sitio y con la misma luz, y ninguno de los dos lo dice.

— ¿Qué pasó el diecisiete? — le digo.

— El consejo votó.

— Álvaro.

— ¿Qué?

— Que eso ya lo sé. Que llevo dos días con un correo de cuatro líneas y una señora muy amable de la secretaría diciéndome que el acta se aprueba el veintiséis de mayo. Que qué pasó.

Y entonces le pasa algo que no le había pasado nunca delante de mí: empieza tres veces. Empieza, se para, dice que no es fácil de contar, empieza otra vez por el final, se lía, y al cuarto intento lo cuenta en orden y en cuatro minutos y sin una sola palabra de más, y yo lo escucho entero sin abrir la boca, con las manos debajo de los muslos.

Que declaró la relación por escrito y de pie, con las dos fechas. Que se apartó de todo lo que me afectara y que por eso el correo me lo mandó la secretaría. Que el punto tres del orden del día lo puso él el domingo por la noche y que el punto tres

era si seguía o no seguía. Que su abuela votó que sí y dijo por qué. Que quedó dos y dos y que desempataba Nacho.

— Nacho — digo.

— Nacho.

— ¿Y qué dijo?

— Que él no firma lo que decide otro. Y que llevaba doce días firmando lo que decidiste tú.

Me levanto. Voy al balcón y lo abro entero y entra el aire de marzo y no entra nada más, porque a esta hora ya no hay bandas y solo se oye, muy lejos, hacia el río, un tambor solo que alguien no ha guardado todavía.

— ¿Y lo de la placa?

— Tu abuela.

— Mi abuela no. La tuya.

— Mi abuela — dice-. Lo propuso al final, cuando estábamos recogiendo, y dijo que la pagaba ella y que no admitía discusión. Yo no voté. Yo no he tocado nada de eso, Rocío. No he podido y no he querido.

— ¿Y por qué no me lo has dicho en dos días?

— Porque me lo prohibió el consejo.

Y ahí me tengo que sentar otra vez, en el borde de la cama, porque en seis meses y medio este hombre no me había dado nunca una razón para no haber hecho una cosa, y menos esta razón, que consiste en que se lo prohibieron. Y me cabrea. Me

cabrea muchísimo durante unos ocho segundos y luego se me pasa, y no me lo esperaba.

— Menuda semana llevas — le digo.

— Sí.

— Yo te iba a decir tres cosas y me las he preparado y ahora no sirve ninguna.

— Dilas igual.

— No.

— Rocío, dilas igual, que las llevas encima desde el cinco de marzo y si no las dices esta noche no las vas a decir nunca y yo me voy a pasar diez años adivinando cuáles eran.

Y tiene razón otra vez, el tío, y me está empezando a cansar.

— La primera es esta — le digo-. Cuando me quieras arreglar algo, me lo preguntas antes. Antes, no después de tenerlo pensado y con los números hechos. Y ya sé que va a ser más lento y ya sé que a veces vas a tener razón tú y lo vamos a hacer peor y más tarde por hacerlo hablando. Me da igual.

Prefiero equivocarme contigo delante que acertar por correo automático.

— Hecho.

— No digas hecho tan rápido, que eso es lo mismo de siempre en otra postura.

Se ríe. Es la primera vez que se ríe desde que ha entrado.

— Entonces la segunda — dice.

— La segunda es que el veintiséis de mayo, cuando el consejo te revise, me lo cuentas antes. Antes, Álvaro. La semana de antes.

— De acuerdo.

— ¿Y tú?

— ¿Yo qué?

— Que tú también tendrás algo — le digo-. No me hagas sacártelo con sacacorchos, que llevo cuarenta y ocho horas de pie.

Se queda callado un momento. Se pasa la lengua por dentro del labio, por el sitio donde tiene la muela partida desde hace

tres años. Lo hace cuando está buscando la manera de decir algo corto.

— Pídeme cosas — dice-. Eso es lo mío. No quiero adivinarte más, porque adivino fatal y porque cada vez que adivino la lío. Pídeme una ahora.

— ¿Ahora?

— Ahora.

— El domingo comes en casa de mi padre.

— Allí estaré.

— Y no friegas.

— ¿Cómo que no friego?

— Que no friegas, Álvaro. Que en febrero te pusiste a fregar y mi padre se quedó en el sillón sin saber dónde meterse y luego estuvo dos semanas diciéndome que en su casa no friega una visita, y no terminaba la frase, pero yo sé cómo acababa.

Y se ríe otra vez, y esta vez me río yo, y llevo cuarenta y ocho horas de pie y dos semanas sin dormir bien y me río tanto y tan mal que me tengo que tapar la boca con las dos manos porque en la ciento once hay una pareja de Vitoria que se levanta a las siete.

Cuando paro, él ya no está en la butaca. Está de pie, delante de mí, a medio metro, y no me ha tocado todavía.

— Quítate los zapatos — le digo.

Se los quita. Yo me quito las zapatillas y me quedo de rodillas en la cama para llegarle a la altura de la cara, y le desabrocho

la camisa desde arriba, botón a botón, sin ninguna prisa, porque por primera vez en siete meses no hay nadie esperando en ningún sitio, no hay un ascensor que pueda abrirse, no hay un turno que empiece, no hay una puerta de cristal esmerilado con siluetas pasando por detrás. Hay una habitación con la llave en el bolsillo de mi pantalón y un edificio entero que es mío hasta el lunes.

— Estás muy seria — dice.

— Estoy concentrada.

Estoy concentrada y estoy muerta de miedo, y de las dos cosas solo pienso enseñarle una.

Le saco la camisa de los pantalones y se la bajo por los brazos y la dejo en la butaca, doblada, porque soy incapaz de dejar la ropa tirada aunque me esté quemando. Él me mira hacerlo. Le pongo las dos manos en el pecho y noto lo que lleva ahí desde que ha entrado por la puerta, que va bastante más rápido que su cara.

Me besa. Me besa sin cogerme la cara, con las manos quietas a los lados, y eso dura poco porque le cojo yo las manos y me las

pongo donde las quiero, y a partir de ahí la cosa deja de ser educada.

El vestido verde tiene una cremallera lateral que se atasca a la altura de la cintura, y se atasca, y él tira, y no sale.

— Espera.

— Está enganchada la tela.

— Que esperes, hombre, que este vestido me ha costado sesenta euros.

Lo sacamos entre los dos, riéndonos, y en algún momento del proceso yo tengo el vestido por la cabeza y los brazos atrapados dentro y él se está aprovechando descaradamente de la situación con la boca en un sitio en el que no tendría que estar todavía, y cuando por fin salgo con el pelo hecho un desastre lo tengo de rodillas en el suelo delante de mí, agarrándome por detrás de los muslos.

— Túmbate — dice.

— No.

— Rocío.

— Que no. Que hoy mando yo, que llevo dos días mandando y le he cogido el gusto.

Lo tumbo yo a él. Le desabrocho el pantalón, se lo bajo, y me siento encima con las rodillas a los lados de sus caderas, y no hago nada durante unos segundos, solo mirarlo, porque quiero verle la cara ahora que hay luz encendida y nadie a quien darle explicaciones. En Antequera fue a oscuras. En el despacho fue con los cuatro focos dados y él pidiéndome que

los apagara. En su casa fue con una lámpara. Aquí está la luz de arriba dada, la de la mesilla y la del baño, y esta noche no pienso apagar ninguna.

— ¿Qué miras?

— A ti. Cállate.

Lo beso despacio, y le muerdo el labio de abajo, y bajo por el cuello y por el pecho y le hago con la boca lo que le llevo haciendo desde octubre, pero por primera vez con tiempo, sin oreja puesta en la puerta y sin calcular cuánto tarda alguien en subir seis plantas. Se le va la mano a mi pelo y se le cierra, y no dice nada durante un rato largo. Lo hago como me da la gana. Con la mano y con la boca y parando cuando quiero parar, y cada vez que paro él levanta la cabeza de la almohada y la vuelve a dejar caer, y a la tercera se le escapa una palabra que no le he oído decir en siete meses ni en una reunión ni en una discusión ni en un aparcamiento. Luego dice mi nombre dos veces y la segunda le sale rota.

— Para — dice-. Rocío, para, que…

— Ya.

Me levanto y me quito lo que me queda y él se incorpora sobre un codo y me dice que espere, así, un segundo, y me mira como se mira una cosa que has estado a punto de perder. Y luego me coge de la muñeca y tira y me tumba, y esta vez me

dejo, y baja él, y a partir de ahí el que tiene tiempo es él y lo usa entero.

Y en mitad de eso se para. Levanta la cabeza y me mira desde ahí abajo con una tranquilidad que pienso hacerle pagar en algún momento de los próximos cuarenta años.

— Pídemelo.

— Serás cabrón.

— Pídemelo.

— Álvaro, te juro que...

— Entonces espero — dice, y apoya la mejilla en la parte de dentro de mi rodilla y se queda quieto.

Y espera. No hace absolutamente nada. Respira ahí, y me tiene sujeta por encima de las caderas con el antebrazo, y yo aguanto once segundos, que los cuento porque soy así, y a los once me rindo y se lo pido, y se lo pido con todas las letras y bastante peor dicho de lo que lo estoy contando ahora.

— Muy bien — dice.

Y vuelve.

No es rápido. No tiene ninguna intención de que sea rápido. Me sujeta con un antebrazo por encima de las caderas cada vez que intento levantarme de la cama, y me hace esperar dos veces, y a la tercera le digo algo que no pienso repetir en voz alta delante de nadie más y él se ríe contra mi muslo y sigue, y

me corro con las dos manos en el cabecero de una cama que Marian ha hecho todos los martes durante siete años.

Cuando puedo hablar, digo lo primero que se me ocurre y es una tontería.

— Se va a oír en la ciento trece.

— La ciento trece está vacía. La bloqueé yo el miércoles a las nueve de la mañana, antes del consejo, y es la última cosa que he firmado en este hotel.

— Serás…

— Ven aquí.

Vengo. Me pongo encima otra vez y ahora sí, y entra despacio y yo bajo despacio y los dos nos quedamos quietos un segundo en el sitio donde ya no hay nada que negociar. Y lo hacemos así, de frente, sin prisa, con las rodillas clavadas en el colchón y las manos de él en mi cintura sin apretar, mirándonos, en la postura más difícil de todas porque no hay dónde esconder la cara. Y hablamos. Hablamos todo el rato, tonterías y cosas serias mezcladas, que si más despacio, que si así no, que si me pesas, que si te callas, que si esto lo tenías pensado, que si desde el jueves. Él tiene la mano abierta en mi espalda y la sube y la baja siguiendo la columna, y en algún momento

cierra los ojos y yo le digo que los abra, y los abre, y no los vuelve a cerrar.

Y en mitad de eso, sin ceremonia, sin sentarse, sin cogerme la cara, con la mano abierta en mi espalda y la voz de alguien que está diciendo la hora, lo dice.

— Te quiero, Rocío Berrocal Cantos — dice, con los dos apellidos.

Y yo no digo yo también. No lo digo porque no me sale y porque además no es verdad que sea lo mismo, y porque llevo ocho años apuntando cosas que pasan en libros de tapa dura y hay una sola manera en que yo sé decir que una cosa ha ocurrido de verdad.

— Anótalo — le digo-. Con la hora.

Se ríe con la cara metida en mi cuello y se le va el ritmo del todo y ya no lo recupera, y nos vamos los dos a la vez o casi, y el casi es mío y no se lo voy a contar nunca.

Después nos quedamos así, sin separarnos, respirando fatal, y en algún momento me dice al oído que son las tres y cuarenta de la madrugada, y yo le digo que no, que son las tres y treinta y ocho, porque tengo el reloj del móvil boca arriba en la mesilla y el suyo va adelantado desde noviembre, y él dice que le da igual y que lo apunte como quiera, y luego nos quedamos callados un rato larguísimo escuchando ese tambor solo que sigue sonando en alguna parte hacia el río, y yo pienso en la lista de mañana, que empieza a las siete con el desayuno de ciento ocho habitaciones y un catering que ha mandado ciento cuarenta canapés de queso, y en que el lunes hay que llamar al de los toldos, y en que a mi padre le tengo que decir el domingo que este es el que fregó los platos en febrero, y en que hay una placa de latón ahí abajo, atornillada al gresite,

con mis dos apellidos escritos en un sitio del que no la va a poder quitar nadie, y que no he mirado todavía, y que no pienso mirar hasta mañana por la mañana, sola, con el sol dándole de frente y la calle todavía sin gente.

31

Epílogo

A Fali le nace una hija el lunes ocho de noviembre a las siete y veinte de la tarde, tres kilos doscientos, en el hospital de arriba, y lo sabemos porque nos manda a los dos un mensaje con una foto de un gorrito y una lista de datos que parece un parte de incidencias, con la hora, el peso, la talla y el nombre de la comadrona.

Y por eso el martes nueve, a la una y media de la madrugada, estamos Álvaro y yo detrás del mostrador de recepción del Hotel Zambra cubriendo un turno de noche que en teoría no cubre ninguno de los dos.

Está lloviendo. Lleva lloviendo desde el veintinueve de octubre con dos días de descanso, tal y como hace aquí la lluvia todos los años en cuanto se acaba el verano de verdad, y noviembre en esta ciudad es el mes en el que los canalones se enteran de todo lo que no se hizo en agosto. Hay cuarenta y una habitaciones ocupadas de ciento diez. Cuarenta y dos, que se me olvida la ciento cuatro, que entró sin reserva a las once y media. Y cuarenta y dos, para un martes de noviembre, es un

número que a mí me deja dormir tranquila y que a comercial le parece una tragedia nacional.

El turno lo tenía que hacer Inma Requena, pero Inma lleva desde el jueves con la garganta, así que le dije a Marian que lo hacía yo, y Marian me dijo que ni hablar, que la directora de un hotel no hace noches, y yo le dije que la directora de este hotel hace lo que le da la gana, y ella me contestó que eso mismo decía la anterior y que a la anterior la echaron. Luego me dejó las llaves del cuarto de mantenimiento encima de la mesa sin que se lo pidiera.

Álvaro no se apuntó. Se ofreció, mejor dicho, que en él es otra cosa y a estas alturas ya sé distinguirla. A las ocho de la tarde, por teléfono, diciendo que tenía que revisar unos números y que los podía revisar aquí igual que en su casa, y en la hora y media que llevamos aquí no ha abierto el portátil ni una vez.

A las dos y cuarto entra un matrimonio de Zaragoza con un vuelo desviado, cabreadísimos y educadísimos a la vez, una combinación que solo se consigue después de siete horas en un aeropuerto. Los registro yo. Él les sube las dos maletas a la tercera porque el ascensor de clientes cabe justo y no quiere que suban apretados, y cuando baja me dice que ese ascensor es el mismo modelo que el del Peñalver Malagueta, el que se aprobó reformar en el comité del quince de septiembre del año pasado y del que no se ha vuelto a hablar en catorce meses. Le digo que lo apunte. Dice que ya lo apuntó en marzo.

A las dos y cuarenta hace café. Lo hace en la cafetera del office de recepción, que funciona, porque este hotel lo he montado yo y en este hotel la cafetera funciona. Me lo trae en una taza de las de desayuno y se sienta en el taburete alto de al lado del mostrador, y desde ahí se ve la puerta, la lluvia cayendo en diagonal en la calle del Cuartelillo y las dos flores de mármol

del terrazo, que llevan ahí desde el sesenta y ocho y que a estas horas, con la luz de noche, se ven mejor que de día.

— La ciento catorce está vendida — dice.

— Desde junio.

— Ya lo sé.

— Pues no sé por qué lo dices.

— Por decir algo.

Pasan dos minutos largos con la lluvia y nada más.

— Lo del sobre — dice-. El nombre lo escribió ella.

— ¿A mano?

— A mano. No lo rotuló la secretaría.

— Pues ya está.

Marian la volvió a meter en el inventario el diez de junio sin avisar a nadie, un jueves, y lo único que hizo fue mandarme un mensaje de tres palabras a las siete y media de la mañana. Ya está vendible. No lo hablamos. No lo ha comentado nadie en cinco meses y nadie lo va a comentar nunca, y así es exactamente como tiene que ser.

Los martes duerme él en Lagunillas, en un tercero sin ascensor de cincuenta y cuatro metros con una higuera que en noviembre tira ramas en vez de hojas, y los viernes duermo yo en el camino del Aljibe, en una casa de doscientos ochenta metros de la que seguimos usando tres sitios y medio. El medio es el porche. De las once cajas del descansillo hemos abierto una, en agosto, una tarde de esas en las que no hay

absolutamente nada que hacer, y era la que ponía LIBROS Y VARIOS, y dentro había libros y varios. Las otras diez siguen cerradas y por mí se pueden quedar diez años más.

No vivimos juntos. Nos lo preguntó Yoli en septiembre, en una comida, delante de doce personas y con la naturalidad de quien pregunta la hora, y contestamos los dos a la vez cosas distintas, y hubo que dejarlo. Y mi padre baja al hotel a comer al salón el primer domingo de cada mes, con su camisa buena, y no termina ni una sola frase en toda la comida, y Álvaro, que ya le ha cogido el aire, le termina dos o tres a lo largo de la tarde y acierta casi siempre, y las que falla mi padre se las deja pasar.

A las tres y cinco Fali nos manda otro mensaje con otra foto. La niña tiene los ojos cerrados y una manta amarilla, y él sale al fondo, desenfocado, con la misma cara de susto que tenía el diecinueve de marzo cuando registró él solo a los dos alemanes. Álvaro se queda mirando la foto un rato largo y luego deja el móvil boca abajo y se bebe el café de un trago, y no dice nada, y yo tampoco le pregunto nada, porque hay cosas que este hombre necesita ir contando a su ritmo y en mayo aprendí que si se lo saco antes de tiempo lo estropeo.

Lo del veintiséis de mayo, por cierto, salió bien. Salió bien y me lo contó el veintiuno, cinco días antes, en la cocina de mi casa y con un táper de arroz de mi padre entre los dos, y tardó cuatro minutos y le costó Dios y ayuda, y luego el consejo lo confirmó por unanimidad y le levantó lo del expediente y le dejó puesta la otra cosa, la de que los cambios de organigrama los firma el consejo. Esa se queda para siempre. Él dice que le estorba tres veces al año y que las tres veces le viene bien.

A las tres y diez baja la señora de Zaragoza en albornoz a preguntar si tenemos secador de pelo en las habitaciones. Lo

tenemos, en el cajón de arriba del escritorio, dentro de una bolsa de tela gris. Se lo digo. Me da las gracias, se queda dos segundos mirando el vestíbulo vacío con las luces de noche y me dice que ella estuvo aquí en el noventa y cuatro, en un viaje de fin de curso, y que se acordaba de las flores del suelo y no se acordaba de nada más. Y se vuelve a subir.

A las tres y veinte suena el teléfono del mostrador y en la pantalla pone 114.

— Hotel Zambra, buenas noches.

— Buenas noches, perdone la hora. Mire, hay un ruido.

— ¿Qué clase de ruido?

— Un golpeteo. En la pared del baño. Cada poco. Llevo hora y media y pensaba que pararía.

Cuelgo y miro a Álvaro, y Álvaro ya se ha levantado del taburete y ya se ha ido al cuarto de mantenimiento, y vuelve con la llave inglesa grande y una linterna de las de cabeza que se pone en la frente y con la que está absolutamente ridículo.

— Es el bajante — dice-. Con la lluvia se llena y golpea la abrazadera de la primera. Curro lo dijo en enero.

— Curro dijo que había que poner una goma.

— Y se puso.

— Pues entonces no lo dijo bien.

— Ya lo sé — dice, y coge las escaleras-. Se lo digo el jueves.

Sube. Yo me quedo abajo con el libro de incidencias abierto, apunto la llamada, la hora y el número, y luego me quedo un

rato mirando el casillero de ciento diez huecos y la lluvia. A las tres y media baja un chaval en chanclas a preguntarme si a esta hora se puede subir a la Alcazaba. Le digo que no, que abre a las nueve, y que además está lloviendo. Me dice que gracias y que qué bonito el suelo, y se va escaleras arriba de dos en dos.

A las tres y media y pico me pongo a colocar en el casillero las tarjetas de las cuatro llegadas de mañana, una cosa que podría hacer perfectamente Fali el jueves y que hago yo porque me gusta hacerla, y las voy repartiendo por orden de planta en los ciento diez huecos de madera curva del sesenta y ocho, con el número grabado a fuego, y cuando paso por el ciento catorce sigo de largo sin detenerme, como llevo haciendo desde junio y como pienso hacer el resto de mi vida laboral.

Arriba, en la primera planta, se oye a un hombre de metro ochenta y siete darle a una abrazadera con una llave inglesa y pararse cada poco a comprobar si ha servido de algo. Le da tres veces. Espera. Le da dos más. Espera. Y a la cuarta tanda le oigo decir, en un pasillo alfombrado y a través de un tabique de 1968, una palabra que en la recepción de un hotel no se puede decir delante de nadie, y me tengo que morder por dentro para no reírme en voz alta, porque en la ciento doce hay un señor que se levanta a las cinco y media a coger un tren y que ya me ha bajado una vez esta noche a preguntar por el desayuno.

A las tres y treinta y nueve para el ruido.

El de la 114 baja en zapatillas a las cuatro menos veinte a decir que ya no se oye nada, y Álvaro, que sigue con la llave inglesa en la mano y una mancha de óxido en el puño de la camisa, le pide el nombre completo para apuntarlo en el parte, y yo cojo el bolígrafo, le tacho los dos apellidos y escribo debajo, con mi

letra de siempre: habitación 114, ruido en el bajante, resuelto a las 03:41.
